

RICARDO M. ROJAS

RESISTENCIA NO VIOLENTA A REGÍMENES AUTORITARIOS DE BASE DEMOCRÁTICA



VOLUNTAD - LIBERTAD - JUSTITIA



Unión Editorial

Monografías

RICARDO MANUEL ROJAS

RESISTENCIA NO VIOLENTA A REGÍMENES AUTORITARIOS DE BASE DEMOCRÁTICA



Unión Editorial

© 2015 RICARDO MANUEL ROJAS

© 2015 UNIÓN EDITORIAL, S.A.

c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid

Tel.: 913 500 228 • Fax: 911 812 212

Correo: info@unioneditorial.net

www.unioneditorial.es

Anexo: *De la Dictadura a la Democracia*, de Gene Sharp

Título original: *From Dictatorship to Democracy*

Traducción al español de Caridad Inda

The Albert Einstein Institution,

Boston, MA, 2011

ISBN (página libro): 978-84-7209-666-0

Compuesto por JPM GRAPHIC

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de los propietarios del *Copyright*.

Índice

PRÓLOGO, por Carlos Sabino

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1. LA RESISTENCIA NO VIOLENTA A LAS DICTADURAS TRADICIONALES

1. Las fuentes del poder del dictador
2. El punto de partida, la identificación de las debilidades del régimen
3. El control de las instituciones
4. La dinámica de la resistencia no violenta
5. La planificación estratégica
6. La planificación de las estrategias de campaña
7. La negociación con el dictador
8. La erosión del poder del dictador
9. El manejo de la transición

CAPÍTULO 2. LOS REGÍMENES AUTORITARIOS DE BASE DEMOCRÁTICA

1. ¿Por qué son frecuentemente tolerados los gobiernos autoritarios de base democrática?
2. La naturaleza de los fenómenos sociales
3. ¿Qué es y qué no es una Democracia?
 - a) Gobiernos democráticos
 - b) Decisiones democráticas
 - c) Gobernantes democráticos
4. ¿Cuándo un gobierno democrático se vuelve autoritario?

CAPÍTULO 3. CRITERIOS PARA ELABORAR UNA ESTRATEGIA FRENTE A GOBIERNOS AUTORITARIOS DE BASE DEMOCRÁTICA

1. Dificultades a enfrentar

2. Objetivos de la estrategia general

CAPÍTULO 4. LA PREVENCIÓN DEL AUTORITARISMO DE BASE DEMOCRÁTICA

1. La distribución del poder político y económico estatal dentro del territorio

2. Garantizar la independencia de los poderes del Estado

3. El control del presupuesto nacional y la política monetaria

4. Fortalecimiento de las instituciones públicas y privadas destinadas a controlar al gobierno

5. Libertad para la formación y desarrollo de instituciones privadas de todo tipo que actúen con independencia del gobierno

6. Defensa de la libertad de prensa, de expresión y opinión, incluyendo todos los medios por los que se manifiestan y difunden

7. El control de los sistemas electorales y de los comicios

CAPÍTULO 5. EL INCREMENTO DEL PODER Y LA OBEDIENCIA AL GOBIERNO

1. Situación del ciudadano

2. Los agentes del gobierno

3. La situación de la fuerzas armadas y de seguridad

CAPÍTULO 6. BASES PARA ELABORAR LA ESTRATEGIA GENERAL

1. Presión sobre los colaboradores del régimen

2. La acción sobre las instituciones gubernamentales y privadas

3. La estrategia judicial

4. La acción sobre los partidos políticos de la oposición

5. El uso de los medios de difusión y las redes sociales

6. La supervisión del proceso electoral

7. El control de las calles

8. La estrategia internacional

9. La quita de respaldo económico: la rebelión fiscal

10. La transición hacia la república

CAPÍTULO 7. CONCLUSIÓN

ANEXO:

De la Dictadura a la Democracia.

Un Sistema Conceptual para la Liberación,
por Gene Sharp

PRÓLOGO

por Carlos Sabino

El volumen que tengo el gusto de presentar al lector contiene dos trabajos diferentes, cada uno de indudable valor: por una parte está el ya clásico *De la Dictadura a la Democracia, un sistema conceptual para la liberación*, de Gene Sharp, que estudia las formas de lucha no violenta que pueden utilizarse para acabar con las dictaduras; y, por otra, el libro de Ricardo Manuel Rojas, *Resistencia no violenta a regímenes autoritarios de base democrática*. Ambos, me parece, poseen singular interés para todos los que amamos la libertad y deseamos un mundo en que desaparezcan las dictaduras, los regímenes que desde el poder político oprimen a los ciudadanos y les impiden expresarse, intervenir en los asuntos públicos y perseguir sus legítimos fines personales.

Sharp parte de analizar, en términos generales, los métodos de lucha que resultan más eficaces para combatir las dictaduras y descarta, contra lo que intuitivamente se podría afirmar, los métodos violentos y directos: los golpes de estado y la resistencia armada, nos dice, tienen la enorme desventaja de plantear la lucha justamente en el terreno en que la dictadura posee mayores ventajas, el de la fuerza. La proposición es irrefutable, pues obviamente todos los tiranos construyen a su alrededor un aparato de defensa que se basa, precisamente, en el uso abierto o solapado de la violencia. También nos muestra la casi práctica imposibilidad de derrotar a una dictadura por medio de conversaciones o de elecciones, pues quienes detentan el poder generalmente no están dispuestos a cederlo, y las elecciones, en un régimen que no respeta la libertad, son procesos que pueden manipularse con gran facilidad.

¿Qué queda entonces? El libro de Gene Sharp propone la resistencia no armada, no violenta, que incluye la voluntad firme de

oponerse a las dictaduras mediante lo que él llama el desafío político, la lucha constante por una variedad de métodos que pueden ir construyendo una oposición ante la que los dictadores, por fin, tendrán que rendirse. No se trata de un pacifismo vacío, nos aclara, sino de ir acorralando a los tiranos mediante acciones que reduzcan su poder y lo erosionen, de tal modo que se vean obligados a abandonar su posición de mando.

Ricardo M. Rojas, por otra parte, asume la mayor parte de estas ideas y construye un valioso análisis para un caso concreto, el que se ha convertido en la mayor amenaza para la libertad en estas primeras décadas del siglo **xxi**: el de los regímenes que surgen a partir de procesos electorales legítimos que otorgan el poder a quienes, más tarde, utilizando toda clase de recursos, se van convirtiendo en dictadores. Estos regímenes, aunque dictatoriales, exhiben sin embargo una máscara democrática con la que tratan de legitimarse. Esta perversión de los sistemas democráticos que los transforma, desde adentro, en regímenes dictatoriales, ha sido estudiada en teoría desde hace mucho tiempo. Pero las circunstancias concretas del presente han vuelto a plantear con cierta premura la necesidad de conocer a fondo dichos procesos y de construir modelos de acción que puedan revertirlos. A esta tarea, importante especialmente en la América Latina, se dedica con éxito el autor de este trabajo.

Rojas aborda el tema desarrollando de partida un sólido análisis teórico: presenta y discute ideas sobre la dinámica de los fenómenos sociales, el carácter y el contenido de lo que confusamente se llama democracia y describe con exactitud lo que lleva a convertir en dictaduras a sistemas que, por sus debilidades, se muestran impotentes ante gobernantes que desean todo el poder para sí. Lo que el autor define como regímenes de *base* democrática podrían ser conceptualizados, más exactamente a mi juicio, como regímenes de *origen* democrático, aunque Ricardo Rojas, en su acertado análisis, no deja dudas respecto a su contenido y su carácter.

De particular interés es el capítulo que el autor dedica a la prevención, a las medidas y acciones que pueden impedir el desarrollo de este tipo de procesos, elaborado sobre lo que podríamos llamar la detección temprana de los gérmenes dictatoriales y el modo de combatirlos. Estudia también la estrategia de seguir incorporando a su estudio modelos económicos que facilitan la comprensión del lector y concluye con un listado de acciones y recomendaciones que serán muy valiosas, creemos, para quienes acometen la difícil tarea de oponerse a estas insidiosas dictaduras.

Permita el lector de este prólogo que avance algunas reservas hacia el trabajo de Sharp: creo que ese autor generaliza a veces en exceso sobre el carácter de las dictaduras, que pueden ser —y han sido, de hecho— muy variadas en su forma de actuar, en los fines que persiguen y en los apoyos o recursos que poseen. Los métodos de lucha que propone pueden ser muy eficaces en algunos casos pero, en otros, muy limitados en sus posibilidades. Pienso que, a este respecto, las situaciones varían enormemente: no es lo mismo enfrentar a un Pinochet que a un Hitler, a la dictadura teocrática de los iraníes o a Somoza, porque las bases ideológicas de cada uno de esos regímenes han sido muy diferentes, lo que ha determinado su variable capacidad de respuesta ante la oposición.

Hay otro punto que ambos autores no destacan, a mi juicio, de un modo suficiente: la solidez de la convicción antidictatorial que deben poseer quienes encabezan la lucha por un cambio de régimen. Si el liderazgo es débil, si no comprende en profundidad a qué enemigo se está enfrentando, sus posibilidades de éxito son exiguas, como —en mi opinión— lo ha demostrado el caso de Venezuela, arquetípico de las dictaduras que analiza Ricardo M. Rojas. Ambos autores resaltan, con justeza, la importancia de una adecuada planificación; pero debe tenerse en cuenta que solo una dirección lúcida y consciente de la situación que enfrenta es capaz de tener la firmeza, pero a la vez la flexibilidad, de conducir una lucha que siempre presentará aristas imprevisibles y tendrá que responder ante eventos que es muy difícil atisbar de antemano.

Valgan estas observaciones para destacar que este libro es fecundo en despertar reflexiones, útil para los tiempos que vivimos y una herramienta importante para quienes luchamos por la libertad. Felicito a Ricardo por su excelente y sistemático trabajo que, estoy seguro, impresionará a sus lectores y nos llevará a todos a seguir profundizando en algunos perturbadores fenómenos políticos del presente.

Guatemala, 2014

INTRODUCCIÓN

El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente.

JOHN EMERICH EDWARD
DALBERG-ACTON

En las últimas décadas, en América Latina y en otras regiones del mundo se vienen desarrollando formas de autoritarismo particularmente nocivas, porque revisten a esos gobiernos con una pátina de legitimidad popular que los robustece y contribuye a su subsistencia en el tiempo.

Las tradicionales dictaduras integradas generalmente por grupos armados provenientes de estamentos militares, han ido mutando hacia gobiernos autoritarios que, legitimados originalmente en un proceso electoral limpio que respeta reglas preestablecidas en una Constitución, van incrementando paulatinamente su poder a través de la deformación y perversión de las instituciones republicanas, el manejo sin control de los recursos fiscales y las trampas que todo ello permite introducir en los procesos electorales.

De este modo, la invocación de la «democracia» como voz desnuda, desvinculada de los principios republicanos que efectivamente garantizan las libertades individuales, termina convirtiendo a esos gobiernos en nuevas versiones de dictadura, cuyo fundamento formal no es ya la amenaza armada de un ejército conducido por un grupo minoritario poderoso, sino la legitimación inicial dada por la mayoría en un proceso político. En general, estos gobiernos no recurren a la violencia de manera directa, sino que lo hacen a través de mecanismos inicialmente legales, pero utilizados de modo distorsionado e ilegítimo.

La vieja antinomia entre dictadura y democracia se ha reeditado más modernamente dentro de gobiernos democráticos, pero esta vez entre república y autoritarismo.

No es poco frecuente que este avance sobre la legalidad se produzca apelando a los altos índices de pobreza como excusa para buscar la concentración de poder en el gobernante que, invocando su intención de ayudar a los necesitados, invariablemente termina organizando un gobierno autoritario y corrupto. En otros casos, serán consignas nacionalistas o la invención de un enemigo interno o externo las que buscarán producir idéntico efecto.

La conocida afirmación de Lord Acton que encabeza esta introducción, se comprueba con claridad en aquellos lugares donde gobernantes con poderes limitados, lenta pero persistentemente buscan incrementar ese poder, hasta convertirse en autoritarios y corruptos. A este tipo de gobiernos me referiré en este trabajo con la denominación de *regímenes autoritarios de base democrática*.

Respecto de las dictaduras tradicionales, su supervivencia como tales depende del juego de fuerzas entre el grupo en el poder y la resistencia ciudadana. En la medida en que amplios sectores de la comunidad, por variados motivos, decidan no cuestionar la legitimidad de ese gobierno y obedecer sus órdenes, sus probabilidades de subsistencia se incrementan. Cuando por otras razones se suceden actos de oposición —violenta o pacífica—, ese poder mantenido exclusivamente por la fuerza de las armas tiende a erosionarse hasta que en algún momento se produce su caída.

En el caso de los regímenes autoritarios de base democrática, el problema se vuelve más complejo, en tanto su legitimidad de origen es invocada permanentemente para restar entidad a quienes se oponen a ellos. En ese contexto, el conflicto no es tan claro, no es blanco contra negro, sino que al gobierno que invoca una legalidad cuestionada se opone un grupo o conjunto de personas cuya aptitud para cuestionar al gobierno, precisamente, es también objetada.

La oposición ciudadana a una dictadura tradicional supuso históricamente enfrentar a la fuerza del gobierno una fuerza contraria

que termina por derrocarla. Pero la resistencia violenta a las dictaduras suele producir graves consecuencias en pérdida de vidas humanas, destrucción de propiedad, caos institucional. Por su parte, este tipo de oposiciones violentas tienen el problema de que normalmente las voluntades en contra del gobierno se van juntando paulatinamente, lo que le da una gran ventaja al dictador para ir acabando con los opositores en la medida en que aparecen. Además, cuando una dictadura es derrocada por un grupo de fuerza organizado, existen serias probabilidades de que dicho grupo simplemente aspire a reemplazar a la dictadura anterior en igualdad de condiciones.

El gobierno detenta, por definición, el monopolio del uso legal de la fuerza y la contribución compulsiva de los habitantes, de modo que enfrentarlo en ese campo, además de costoso en los términos antes mencionados, suele ser ineficiente.

Por esos motivos, en los últimos tiempos se ha cristalizado la idea de que ciertas formas de resistencia no violenta permiten socavar las bases de un gobierno dictatorial con mayor eficiencia que el enfrentamiento armado, hasta llegar a un punto en que un movimiento de fuerza limitado puede terminar por derrocarlo, o cae solo por su propio desgaste. Pero para ello, será necesario contar con un alto nivel de organización, desarrollo y puesta en marcha de una estrategia central y varias estrategias localizadas para alcanzar objetivos parciales, tácticas y métodos de avance en las direcciones elegidas.

La idea central es que, si se pueden identificar las fuentes del poder de la dictadura, tales como su legitimidad, apoyo popular o institucional, financiamiento económico, manejo de fuerzas armadas, etc., será más sencillo derrocarla. Todas las fuentes de poder dependen de la obediencia o cooperación de las personas e instituciones, de modo que si se socava ese apoyo, finalmente el régimen cae.

Los ejemplos de enfrentamiento no violento o resistencia pacífica a dictaduras han sido muchos en el último siglo, y pueden recordarse como experiencias exitosas más recientes los casos de

Túnez, Egipto, o el que al momento de escribir estas líneas se observa en Venezuela. Toda vez que el fundamento final de una dictadura es la fuerza, las ventajas de elaborar estrategias para enfrentarla en otros campos que no sea el armado se pueden advertir con cierta facilidad.

La idea de una «resistencia no violenta» resulta coherente con la visión de una sociedad basada en las libertades individuales y el respeto a los derechos. Cuando se responde con violencia a la violencia, ello no solo genera consecuencias negativas en cuanto a la pérdida de vidas y destrucción de propiedad, sino que además promueve líneas de pensamiento y acción basadas en el uso de la fuerza. Esas líneas de acción rápidamente pueden ser desvinculadas de su justificación como uso de la fuerza en defensa propia, para pasar a convertirse en uso de la fuerza de signo positivo, para imponer conductas a los demás.

El núcleo de la organización de una sociedad libre es la no agresión. El enfrentamiento a una dictadura mediante la fuerza genera un estado de cosas que contribuye a que la eventual organización que sustituya a la dictadura contenga incorporado el mismo germen de la violencia.

Por el contrario, al mismo tiempo que permite enfrentar a la dictadura con mayores chances de éxito minimizando los daños, la resistencia no violenta descarta modos de acción basados en la agresión, lo que ayudará en el futuro a construir instituciones pacíficas sólidas que permitan la rápida reconstrucción de las relaciones sociales voluntarias, una vez que caiga el dictador.

La violencia tiende a recrudecer el conflicto entre quienes resisten a la dictadura y muchos de sus agentes, a quienes en realidad se debería disuadir para que abandonen su apoyo al dictador. Cuando una manifestación popular culmina en un enfrentamiento armado entre manifestantes y policías en el que se producen bajas entre la policía, es probable que esto genere una mayor cohesión interna en la fuerza, y resentimiento en contra de los opositores, a quienes visualizan como enemigos. Por el contrario, si en una manifestación pacífica la primera línea de los manifestantes intenta explicar a los

policías que su apoyo al dictador va en contra de los intereses, derechos e integridad física suya y de su propia familia, probablemente se termine minando la voluntad de los agentes y serán más proclives a ceder en su respuesta violenta. Ello se ha podido comprobar recurrentemente en los episodios ocurridos en los países antes mencionados.

Es que la relación de medios y fines es esencial en estos casos. Recurrir a medios violentos con el fin de erradicar la violencia normalmente no parece razonable. Por el contrario, los medios deben ser coherentes con los fines, para que el resultado final no sea solo la sustitución de una dictadura por otra. Además, como no se trata de una lucha por el poder, sino contra el poder, precisamente para reestablecer las libertades individuales, la argumentación en pos de disuadir a los habitantes es una herramienta muy útil en un terreno donde los luchadores por la libertad tienen una ventaja, ya que esa argumentación no podría ser utilizada por el dictador para justificar su autoridad.

Los mismos principios invocados para preferir las estrategias de resistencia no violenta a dictaduras armadas son aplicables a los regímenes autoritarios de base democrática. Y se justifican probablemente mucho más en este caso, desde que el fundamento del gobierno no es ya el uso o amenaza de uso de la fuerza, sino su legitimidad política, lo que haría ver a una oposición armada como una actividad sediciosa o rebelde.

Este trabajo tiene como objeto, precisamente, examinar los postulados iniciales para la elaboración de estrategias no violentas tendientes a resistir a regímenes autoritarios de base democrática. Del mismo modo que ocurre con la resistencia a dictaduras tradicionales, cada país, en cada momento y circunstancias, requerirá de estrategias y tácticas específicas. Sin embargo, se pueden elaborar algunos principios generales en esa dirección, en especial en lo que se refiere a identificar los temas y áreas a discutir al momento de preparar los cursos de acción.

En ese entendimiento, no se desarrollarán aquí métodos o tácticas concretas —más allá de algunas sugerencias generales—, pues esa

será la labor de quienes implementen una estrategia para un conflicto determinado. Pero sí se intentará mostrar cuáles son los elementos fundamentales que deberá evaluar el estratega que se enfrente con un régimen autoritario de base democrática, al momento de comenzar su tarea.

Es importante advertir, en este sentido, que cuando un gobierno legítimo encara el camino hacia el autoritarismo, normalmente lo hará siguiendo un plan de acción muy bien elaborado, a través del cual irá eliminando una a una las defensas que la Constitución intenta oponer para evitarlo. Si del otro lado se encuentra con una ciudadanía distraída y sin anticuerpos contra el autoritarismo, el trabajo del gobernante se verá facilitado enormemente.

La idea de Jefferson de que «el precio de la libertad es su eterna vigilancia» cobra particular relevancia en sistemas democráticos que fácilmente pueden convertirse en autoritarios si dicha vigilancia se relaja.^[1] Por eso, no resulta difícil advertir que la primera labor, en ese sentido, será preventiva más que reactiva.

A modo de introducción al tema, en capítulo siguiente haré una breve reseña de las ideas generales desarrolladas por el profesor Gene Sharp respecto de la resistencia no violenta a dictaduras tradicionales. A partir de esa reseña, intentaré en los capítulos siguientes avanzar sobre la aplicación de esos principios al enfrentamiento con un régimen autoritario de base democrática.

CAPÍTULO 1

LA RESISTENCIA NO VIOLENTA A LAS DICTADURAS TRADICIONALES

El tirano tiene poder para actuar solo donde no existe fuerza para resistir.

KRISHNALAL SHRIDHARANI

Históricamente, los regímenes dictatoriales mantenidos por la fuerza solo terminaban cuando se producía un acto de fuerza superior, ya sea de otro grupo de poder, o del grueso de la comunidad. La idea de que la fuerza solo puede ser combatida con una fuerza superior de signo contrario parece haber perdurado durante buena parte de la historia.

Sin embargo, muchas experiencias vividas en el último siglo han mostrado que el uso de estrategias no violentas puede ser más eficiente, por varios motivos, que el uso de la fuerza.

El profesor Gene Sharp desarrolló una extensa bibliografía vinculada con la acción no violenta para enfrentar dictaduras y restablecer democracias republicanas. A partir de su obra *The Politics of Nonviolent Action*, publicada en tres volúmenes desde 1973, se ocupó particularmente de este tema, y sus ideas han sido seguidas por los luchadores contra dictaduras en todo el mundo, siendo una influencia decisiva en procesos llevados a cabo en países como Birmania, Serbia, Irán, Ucrania, Georgia, Túnez, Egipto, por mencionar solo algunos.

Señala Sharp que en el último siglo la acción no violenta alcanzó una importancia inusitada. Gracias a ella se han logrado abolir viejas prácticas políticas, se derogaron leyes, paralizaron imperios, bloquearon tomas de poder y derribaron dictaduras. La lucha no

violenta se ha usado como arma de poder tanto contra regímenes nazis como contra comunistas. No obstante, no se ha prestado mucha atención al desarrollo de la técnica en sí, sino que ha sido empleada a veces espontánea, a veces intuitivamente, por personas sin experiencia, sin estrategia, tácticas ni métodos adecuados.[2]

Su trabajo parte del postulado de que la resistencia armada contra una dictadura es normalmente la estrategia más ineficiente, pues al depositar la confianza en los medios violentos, se ha escogido precisamente el modo de lucha en el cual los opresores casi siempre tienen superioridad. Los dictadores pueden aplicar la violencia irresistiblemente.[3]

Esto es así, incluso cuando no se opte por un enfrentamiento armado tradicional de dos ejércitos, sino por la guerra de guerrillas: aun cuando resulte victoriosa, la lucha de guerrillas tiene, a largo plazo, considerables consecuencias negativas en lo estructural. Inicialmente, el régimen atacado se vuelve más dictatorial y agresivo como resultado de sus contramedidas. Si en definitiva gana la guerrilla, el nuevo régimen que de ella provenga será con frecuencia tan autoritario como el anterior, debido al impacto centralizador de las fuerzas militares al expandirse y por el debilitamiento o la destrucción durante la lucha de los grupos e instituciones independientes de la sociedad —cuerpos estos que son vitales para establecer y mantener después una sociedad democrática—. [4]

Los golpes militares contra las dictaduras tampoco se muestran como una opción razonable desde que dejan intacta la distribución negativa del poder entre la población y la élite de control del gobierno y sus fuerzas armadas. Lo más probable es que la supresión de personas o camarillas de las posiciones del gobierno dé pie a que otro grupo semejante ocupe su lugar.

Lo que hace fuerte a las dictaduras es la distribución interna del poder. La población es demasiado débil para enfrentar sus abusos. La riqueza y el poder están concentrados en muy pocas manos, y por ello Sharp concluye que terminar con una dictadura depende, en definitiva, de la capacidad de las personas para liberarse a sí mismas. Por lo tanto, se requiere buscar una solución eficiente que

surja de la propia gente. Los objetivos fundamentales, en este sentido, al decir del autor, son los siguientes:

- 1) Fortalecer la determinación de luchar en la población, su confianza en sí misma y en sus aptitudes para resistir.
- 2) Fortalecer a los grupos sociales e instituciones independientes.
- 3) Crear una poderosa fuerza de resistencia interna.
- 4) Desarrollar un amplio y concienzudo plan estratégico global para la liberación y ejecutarlo con destreza.[\[5\]](#)

La premisa política básica de la acción no violenta indica que, cuando la gente se rehúsa a cooperar, se niega a prestar ayuda y persiste en esta desobediencia, le está negando a su adversario el apoyo y cooperación humana básicos que cualquier gobierno o sistema jerárquico requiere. Si lo hace suficiente cantidad de gente y por un tiempo suficientemente largo, ese gobierno o sistema jerárquico perderá el poder.[\[6\]](#)

1. Las fuentes del poder del dictador

El poder del gobernante depende íntimamente de la obediencia y cooperación de la población. Todo gobierno requiere de autoridad, y la clave de la obediencia habitual está en la mente: si no hay lealtad, y si ella no es forzada, la obediencia no se hace habitual. En esencia, la autoridad requiere del reconocimiento voluntario.[\[7\]](#)

Es claro que los dictadores necesitan de la ayuda de los gobernados, sin la cual no pueden ni disponer de las fuentes de poder, ni conservarlas. Necesitan autoridad, recursos humanos y materiales, conocimiento, habilidades y mecanismos de sanción, todo lo cual depende de la aceptación del régimen, del sometimiento y obediencia de la población y de la cooperación que le brindan muchas personas e instituciones.

Pero esas fuentes no están garantizadas; por eso, mediante la fuerza, la amenaza, la persuasión y el dinero, la dictadura intenta mantener el sometimiento y cooperación de las personas con el régimen.

Por lo tanto, el grado de libertad o tiranía que existe bajo cualquier gobierno es en gran medida un reflejo de la relativa determinación de los súbditos a ser libres, y de la voluntad y capacidad de estos de ofrecer resistencia a los esfuerzos que el gobierno haga por esclavizarlos.[8] La pérdida de autoridad pone en marcha la desintegración del poder del gobernante. Su poder disminuye en la medida en que se niega su autoridad.[9]

Para lograr esto, hace falta un primer elemento psicológico que es un cambio de actitud, como prerequisite al cambio en los patrones de obediencia y cooperación. De acuerdo con Sharp, ello requiere:

- 1) Cambio psicológico de sumisión pasiva a autorrespeto y valor.
- 2) Reconocimiento de los ciudadanos de que su ayuda hace posible la permanencia del régimen.
- 3) Forjar la determinación de retirar la obediencia y cooperación.
[10]

El poder totalitario solo es fuerte cuando no tiene que ejercerse con mucha frecuencia, cuando logra que la gente, por miedo o acostumbramiento, no lo desafíe. Pero si es desafiado permanentemente, y eso obliga al uso habitual de la violencia contra la población, es probable que el régimen comience a tambalearse.

Como el gobierno es operado por personas, en la medida en que mayor cantidad de auxiliares desafíe a la autoridad o no cumpla sus órdenes, ese poder disminuye. Cada persona, además, evaluará su propia reacción frente a las eventuales amenazas con sanciones en caso de no cumplir las órdenes, lo que incluye a la posición que adopten quienes deban hacer efectivas esas sanciones.

Por lo tanto, tres de los factores más importantes para determinar hasta qué grado estará o no controlado el poder del gobierno son: 1) el *deseo* relativo por parte de la población de imponerle límites al poder del gobierno; 2) la *fuerza* relativa de las organizaciones e instituciones independientes para quitarle al gobierno los recursos que necesita; 3) la relativa *capacidad* de la población para negarle al gobierno su consentimiento y apoyo.[11]

2. El punto de partida, la identificación de las debilidades del régimen

Señala Sharp que, a pesar de la apariencia de fuerza, toda dictadura tiene sus debilidades, ineficiencia interna, rivalidades personales, funcionamientos institucionales defectuosos y conflictos entre organizaciones y departamentos.[\[12\]](#)

El autor menciona algunas de estas debilidades que pueden detectarse. Por ejemplo: la posibilidad de la ciudadanía de restringir o negar la cooperación; la erosión producida por la rutina; la escasez de personal y recursos adecuados; el temor de los subordinados por el crecimiento de la oposición; la erosión de la ideología, sus mitos y símbolos; el deterioro de la competitividad y eficiencia de la burocracia; los conflictos institucionales internos y las rivalidades y hostilidades personales; la resistencia de intelectuales y estudiantes a los fundamentos ideológicos del régimen; la apatía u hostilidad creciente de la ciudadanía; las diferencias regionales, de clase o nacionalidad; la disputa por la jerarquía dentro del régimen; errores de juicio, de política o de acción en la conducción del régimen, etc.

Identificar estas debilidades es fundamental al momento de elaborar una estrategia para enfrentar la dictadura.

3. El control de las instituciones

Existen innumerables instituciones no gubernamentales, que incluyen, desde la familia y grupos vecinales, hasta organizaciones religiosas, culturales, clubes, sindicatos, organizaciones estudiantiles, agrupaciones vecinales, partidos políticos, empresas periodísticas, sociedades literarias, universidades, academias científicas, etc. Estas instituciones pueden convertirse en fuentes de resistencia a los avances de una dictadura, de tal manera que si la autonomía y libertad de estas instituciones es suprimida por los dictadores, la población quedará más indefensa.

Por lo tanto, un campo de batalla fundamental entre la dictadura y la población, estará centrado alrededor de la independencia y facultades de acción de estas instituciones civiles. Mantener su

independencia es esencial, no solo porque constituyen una barrera frente a los avances del dictador, sino porque en el futuro serán una base estructural indispensable para reorganizar la sociedad libre que sustituya a la dictadura.

Por ello, si la dictadura ha tenido éxito en destruir o controlar los cuerpos independientes de la sociedad, será importante para la resistencia crear nuevos grupos sociales o instituciones independientes, o tratar de recuperar el control de los supervivientes o parcialmente controlados.[\[13\]](#)

4. La dinámica de la resistencia no violenta

Sharp explica que la resistencia no violenta supone una técnica mucho más variada y compleja que la violenta. En ella se emplean armas políticas, económicas, sociales y psicológicas aplicadas por la población y las instituciones. Acción no violenta es un término genérico que abarca docenas de métodos específicos de protesta, no cooperación e intervención. En todos los casos, los activistas no violentos se enfrentan al conflicto haciendo —o rehusándose a hacer— ciertas cosas sin usar la violencia física. Como técnica, por lo tanto, la acción no violenta no es inacción. No es una manera de evitar o desentenderse del conflicto, sino un modo de encararlo.[\[14\]](#)

La dictadura puede gobernar mientras reciba el constante refuerzo de las fuentes de poder que necesita. El desafío de la lucha no violenta es evitar que el régimen pueda tener acceso a esas fuentes de poder.

Sharp identificó en su trabajo cerca de doscientos métodos de acción no violenta, a los que se podrían agregar muchos más. Los clasificó en tres grandes categorías: 1) *protesta y persuasión*, que son mayormente manifestaciones simbólicas que incluyen desfiles, marchas y vigiliass (54 métodos); 2) *no cooperación*, que a su vez se divide en tres subcategorías: a) no cooperación social (16 métodos), b) no cooperación económica, incluyendo boicot (26 métodos) y huelgas (23 métodos), y c) no cooperación política (38 métodos); 3) *intervención no violenta*, mediante procedimientos psicológicos,

sociales, económicos o políticos tales como el ayuno, la ocupación no violenta y el gobierno paralelo (41 métodos).[\[15\]](#)

Estos métodos incluyen protestas y manifestaciones, quita de colaboración o sustento al gobierno, tomas simbólicas de lugares públicos, reuniones y protestas públicas, difusión de propuestas alternativas, presión sobre los funcionarios, boicot económico, etc.

La lucha no violenta presupone perder el miedo y un mayor control sobre sí mismo. En todas las etapas del conflicto se requerirá mantener un comportamiento intachable en la acción. Será necesaria la participación de un gran número de personas para efectuar cambios sustanciales, y esa cantidad de participantes confiables solo se puede obtener conservando el más alto nivel de comportamiento.[\[16\]](#)

Por lo tanto, concluye Sharp que la lucha no violenta es una compleja técnica de acción social, que comprende una multitud de métodos, una serie de mecanismos de cambio y unos requisitos conductuales específicos, que requieren preparación, planificación y ejecución por participantes que los comprendan cabalmente.

A diferencia de la lucha violenta, la resistencia no violenta no acarrea el peligro de convertirse en un instrumento para la represión bajo el mando de una élite que luego pueda volverse contra la población y para restablecer y mantener una dictadura. Por el contrario, la lucha no violenta le da a la población armas para la resistencia, que podrá usar para defender sus libertades tanto contra los dictadores actuales, como contra los potenciales futuros.

5. La planificación estratégica

La resistencia no violenta requiere indispensablemente de una planificación estratégica. Muchas veces la falta de planificación ha dejado decisiones cruciales al azar, permitiendo que el régimen aplaste a una oposición que se hallaba a un paso de alcanzar sus objetivos. Otras, la falta de una planificación de la transición posterior a la caída del régimen permitió el surgimiento de una nueva dictadura[\[17\]](#).

Tal planificación supone calcular un curso de acción que hará factible pasar de una situación presente a un futuro deseado, que en este caso es la terminación de la dictadura y el restablecimiento de las libertades.

Sin planificación, las acciones de la resistencia no violenta quedarían limitadas a reaccionar frente a las iniciativas de la dictadura. Se dispersarían las fuerzas, las acciones no serían efectivas, se dilapidaría la energía en asuntos sin importancia, y los esfuerzos no alcanzarían a registrar consecuencias positivas. Ello le daría a la dictadura la ventaja de establecer las reglas, y así llevar a la oposición al terreno donde puede combatirla con mayor facilidad.

En pos de la elaboración de una estrategia, Sharp desarrolla cuatro conceptos:

1) La *gran estrategia*, que se refiere a la coordinación y dirección de todos los recursos apropiados y disponibles de un grupo que busca alcanzar sus objetivos. Define todas las demás campañas, movimientos, acciones, etc., que en su conjunto llevarán a la población hacia la consecución de su objetivo principal y preponderante.

Ello incluye escoger, entre las técnicas de acción más apropiadas, cuál ha de emplearse en la contienda, y planificar qué presiones e influencias han de aplicarse sobre los adversarios. La gran estrategia permite elaborar un organigrama básico para la selección de las estrategias menores, con las que se ha de desarrollar la lucha.

2) La *estrategia de campaña* es la concepción de cómo alcanzar los objetivos en conflicto de la mejor manera, operando en el ámbito de la gran estrategia escogida. Analiza si se ha de avanzar o no, cuándo y cómo, así como el modo de lograr la mayor efectividad al perseguir ciertos fines. Se vincula también con la evaluación de cómo usar del mejor modo los triunfos obtenidos.

3) Las *tácticas* se desarrollan para llevar a cabo la estrategia, y se refieren al mejor uso de las propias fuerzas para obtener la máxima ventaja. Las tácticas siempre tienen que ver con la lucha concreta, mientras que la estrategia incluye consideraciones más amplias.

4) El *método o procedimiento* se refiere a las armas específicas o medios de acción por los cuáles se buscan resultados específicos.

En consecuencia, Sharp entiende que el desarrollo de un plan estratégico responsable y efectivo para una lucha no violenta depende de la selección y formulación minuciosa de la gran estrategia, las estrategias de campaña, las tácticas y los métodos.

Para formular una estrategia, es necesario evaluar las particularidades propias del gobierno dictatorial al que se enfrenta y el ámbito en el que se desarrollará la lucha. Las estrategias solo pueden elaborarse en el contexto de la lucha particular y sus antecedentes.

En este sentido, se deben evaluar varios factores al momento de elaborar la estrategia, entre los cuales se pueden mencionar los siguientes:

1) Plantear los objetivos y la importancia de la causa, esto es, el verdadero propósito de la lucha.

2) Se deberán escoger medios de lucha idóneos, evaluando las ventajas y limitaciones de varias técnicas alternativas.

3) Los medios de lucha que se escojan deberán contribuir a cambiar la distribución del poder efectivo en la sociedad, para evitar el surgimiento de una nueva camarilla que reemplace a la anterior.

4) Se deberá calcular qué papel han de jugar la resistencia interna y las presiones externas en la desintegración de la dictadura. El nivel que pueda alcanzar la ayuda externa dependerá de cuánto pueda ser estimulada por la lucha interna.

Es bueno recordar que cada lucha por derribar un régimen de fuerza y establecer un sistema libre tendrá que ser diferente. Nunca habrá dos situaciones exactamente iguales. Cada dictadura tiene características individuales y variarán las capacidades de la población que busca liberarse.[\[18\]](#)

6. La planificación de las estrategias de campaña

Los estrategas que planifican la gran estrategia y las campañas mayores deberán luego desarrollar estrategias particulares para orientar las principales campañas enfocadas a socavar el poder del dictador. Estas estrategias incorporarán una serie de movimientos tácticos que aspiran a infligir golpes decisivos contra el régimen. Las tácticas y métodos de acción específicos deben escogerse cuidadosamente para que contribuyan a alcanzar los objetivos de cada estrategia particular.

Al planificar las estrategias y la lucha a largo plazo, se deberán tener en consideración innumerables factores: los métodos específicos o armas políticas, los planes tácticos menores, la evaluación de los asuntos económicos, la estructura de liderazgo y comunicación, la difusión de la resistencia a la población, a las fuerzas del dictador, la reacción de la prensa internacional, el fortalecimiento de la confianza en la población sobre el desarrollo del conflicto, la evaluación de la clase de ayuda exterior deseable para apoyar la campaña, etc.

Resulta esencial la difusión de la idea de no cooperación con el régimen entre la población en general. Una vez que asimila el concepto de no cooperación, la gente podrá entender la relevancia que tendrán en el futuro los llamados a practicar acciones específicas en este sentido. De la misma manera, podrán improvisar miles de formas específicas de no cooperación en situaciones nuevas por cuenta propia.[\[19\]](#)

Por otra parte, los planificadores deberán calcular las posibles respuestas y grado de represión con que el régimen reciba su acción. Será preciso determinar cómo enfrentar esas respuestas violentas, contraatacarlas o evitar su posible incremento. Por eso, entre los cálculos a realizar para la elaboración de una estrategia, estará el de las potenciales víctimas que la resistencia pueda provocar.

Finalmente, el desarrollo de la estrategia se topará normalmente con nuevas situaciones o cambios en la conducta del dictador, que requerirán ajustes o adaptaciones tácticas y de los objetivos intermedios, que no deben confundirse con los objetivos de la gran estrategia, que permanecerán inalterados.

Señala Sharp que, en los momentos iniciales de la lucha, las campañas separadas con distintos objetivos específicos pueden ser muy útiles. Estas campañas selectivas pueden hacerse una tras otra, y ocasionalmente dos o tres pueden ocurrir simultáneamente.[\[20\]](#)

Ello ayuda a asegurar una serie de victorias, buenas para levantar la moral, y que contribuyen a que se produzcan cambios en las relaciones de poder que resulten ventajosos para una lucha a largo plazo. Estas estrategias selectivas deberán concentrarse inicialmente en cuestiones sociales, económicas o políticas.

Los estrategas deberían evaluar y monitorear constantemente la conducta y respuesta de los funcionarios de la dictadura, incluyendo su camarilla gobernante, y especialmente sus fuerzas armadas. Deberán calcular el grado de lealtad a la dictadura de los militares, tanto de los soldados como de los oficiales, para evaluar qué influencia se puede tener sobre ellos. Lo que lleva a desarrollar una estrategia especial de comunicación con las tropas militares, policiales y funcionarios del dictador.

Como señala Sharp, los estrategas del desafío deben recordar que va a ser extraordinariamente difícil, si no imposible, dismantlar la dictadura si la policía, la burocracia y las fuerzas armadas se mantienen plenamente leales y obedientes en el cumplimiento de sus órdenes.[\[21\]](#)

No se le debe pedir a los soldados y oficiales que se amotinen inmediatamente; en lugar de ello, donde sea posible la comunicación, debe aclarárseles que hay múltiples formas de «desobediencia disimulada» que sí pueden ser practicadas desde el principio, como el retraso en la emisión y recepción de las órdenes, fallas en su cumplimiento, la pérdida de documentación, licencias médicas, etc.

7. La negociación con el dictador

Explica Sharp que, especialmente cuando la dictadura lleva mucho tiempo, existe una predisposición de los grupos opositores a negociar. Pero ello puede conducir a peligros que es necesario

evaluar. Cuando la dictadura es fuerte, pero existe una resistencia irritante, quizá los dictadores deseen neutralizar esa resistencia bajo la forma de «hacer la paz». Cuando la resistencia se vuelve poderosa y peligra la subsistencia del régimen, los dictadores pueden verse movidos a negociar con el objeto de mantener su capacidad de control o sus riquezas.[\[22\]](#) En estos casos, la negociación puede ser una mala estrategia.

El contenido de la negociación estará dado por la capacidad de poder de cada una de las partes. Como en cada negociación hay concesiones recíprocas, habrá que prestar atención a lo que cada parte esté dispuesta a ceder para llegar al acuerdo.

Lo importante es que, una vez establecidas las demandas, estas no deben variar en lo sustancial. Negociación no es sustituto de lucha. Siempre hay que considerar la probabilidad de que no conduzca a ninguna solución, por ello es prerrequisito de cualquier negociación que exista una creíble disposición a proseguir la lucha.[\[23\]](#)

No hay que perder de vista tampoco que muchas veces una dictadura puede promover una tregua o acuerdo de paz tan solo para ganar tiempo o disminuir la resistencia, sobre la base de promesas que luego no cumplirá. Esto produce un desmoronamiento de la resistencia popular que venía ejerciendo un contrapeso y control, lo que permite que los tiranos puedan avanzar con mayor fuerza.[\[24\]](#) Por eso, cualquier negociación deberá exigir no solo promesas, sino anticipos de cumplimiento, y no ceder ante exigencias previas para negociar.

Es bueno no olvidar que, en general, el fin de la dictadura no lo determina un acuerdo o negociación, sino el uso de acertados métodos de resistencia que culminen con el desmantelamiento del régimen.[\[25\]](#) El posterior acuerdo normalmente tendrá que ver con la negociación de los términos de la rendición.

8. La erosión del poder del dictador

El dictador basa su autoridad en la obediencia de la gente. Por lo tanto, la desaprobación moral al régimen debe ser expresada mediante acciones que permitan a la dictadura percibir una amenaza a su existencia. La estrategia fundamental se orienta hacia el retiro de la cooperación y la obediencia para negarle al régimen el acceso a otras fuentes de poder.

En segundo lugar, se debe actuar sobre los recursos humanos de la dictadura, aquellos que ayuden y cooperen con el régimen especialmente aportando tecnologías o conocimientos especializados.

En tercer lugar, se debe operar sobre los recursos materiales que sustentan al régimen. Toda vez que en general la dictadura tiene un control férreo del sistema económico, la propiedad, los recursos naturales, servicios públicos, actividad financiera, etc., las huelgas, boicots, la autonomía creciente de algunos sectores económicos, las comunicaciones y el transporte privados, debilitarán al régimen.

Sin la constante reposición de los recursos de poder necesarios, la dictadura se debilitará y finalmente se desintegrará.

Paralelamente a esta labor de erosión del poder del dictador, en esta etapa de resistencia selectiva los estrategas deberán fortalecer y favorecer el crecimiento de las instituciones autónomas, sean económicas, culturales y de todo tipo, que permitirán la subsistencia de la sociedad con independencia del gobierno dictatorial.

Señala Sharp que, con el tiempo, esta combinación de resistencia y construcción de instituciones puede conducir a una libertad *de facto*.[\[26\]](#)

Aun cuando la dictadura todavía ocupe posiciones gubernamentales, los estrategas puede organizar un «gobierno paralelo», que funcionaría como rival, y al que la población y las instituciones reconocerían en lugar del de la dictadura, pudiendo convertirse en un gobierno de transición hacia una organización libre.

9. El manejo de la transición

Parte de la estrategia debe estar enfocada a conseguir que pueda concluirse de la mejor manera una lucha victoriosa, a fin de impedir el surgimiento de una nueva dictadura.

No se trata simplemente de mantener el viejo gobierno con autoridades nuevas. Hace falta calcular qué sectores de la vieja estructura tienen que ser expulsados completamente, y cuáles pueden ser mantenidos, sometidos a una fuerte revisión. Se debe evitar una situación de caos que aliente el establecimiento de un nuevo régimen de fuerza.

Ello supone la elaboración de planes para la institucionalización del país a través de un mecanismo que garantice plenamente las libertades personales.

Cualquier intento de rebrote de una dictadura deberá ser neutralizado de inmediato por medio de dos acciones: negándoles legitimidad y resistiendo sus actividades mediante la no cooperación y el desafío político.

Finalmente, para el caso de que no se contara con algún régimen constitucional que respete las libertades que hubiese sido temporalmente suspendido por el dictador, Sharp desarrolla algunas ideas sobre de cómo se debería elaborar la carta constitucional que reemplace a la dictadura.

De su trabajo, Sharp extrae tres enseñanzas:

- 1) Es posible liberarse de dictaduras;
- 2) una reflexión cuidadosa y una planificación estratégica muy meticulosa son indispensables para lograr la liberación; y
- 3) se necesitará vigilancia, mucho trabajo y una lucha disciplinada, a veces pagando un precio muy alto.

La conclusión de ello es que «la libertad no es gratis», y que por lo tanto, evitar la pérdida de la libertad es una inversión muy beneficiosa.

Esta breve reseña de los puntos principales de la lucha no violenta contra dictaduras resume los trabajos del profesor Sharp a través de

la Albert Einstein Institution creada por él, que fueron aplicados en forma exitosa en el enfrentamiento a muchas dictaduras en las últimas décadas.

En los capítulos siguientes intentaré mostrar que los mismos principios son aplicables a aquellos regímenes que, sin entrar formalmente dentro de la categoría de dictaduras, encarnan un mayor o menor apartamiento de la legalidad, a través de un proceso de captación y concentración de poder que, si no se interrumpe a tiempo, finalmente terminará convirtiéndose en una dictadura del tipo tradicional.

CAPÍTULO 2

LOS RÉGIMENES AUTORITARIOS DE BASE DEMOCRÁTICA

¿Es la democracia, tal como la conocemos, el último logro posible en materia de gobierno? ¿No podemos dar un paso más hacia el reconocimiento y organización de los derechos del hombre?

HENRY DAVID THOREAU

A los efectos de este trabajo, entiendo por «**régimen autoritario de base democrática**» aquel gobierno originariamente legítimo, constituido según las reglas establecidas en una constitución válida, mediante un proceso electoral genuino y limpio, pero que posteriormente desarrolla maniobras ilegítimas tendientes a acumular un poder político, económico o militar espurio, superior al autorizado por la Constitución vigente al momento de su surgimiento en beneficio de los miembros del gobierno o de algún grupo, o mantenerse en el control del gobierno más allá de los plazos constitucionales existentes al momento de su elección.

De tal modo, el régimen es democrático por su origen (elección popular) y por actuar a través de instituciones constitucionales legítimas, que han sido creadas con el propósito de afianzar un orden republicano y limitar el poder. El objetivo de su acción es precisamente cambiar ese orden y neutralizar las limitaciones al poder, hasta que, eventualmente, se convierta en dictadura. Además, intentará mantener su legitimación electoral de origen a través de comicios periódicos, sobre los cuáles podrá influir de distintas formas para asegurar su triunfo.

Las maniobras tendientes a alcanzar ese fin podrán consistir, entre otras, en:

— Concentrar «de facto» en el Poder Ejecutivo funciones que deberían ejercer los demás poderes y órganos extra-poder del Estado.

— Anular o entorpecer la labor de los organismos públicos de control de los actos gubernamentales.

— Minar la independencia del Poder Judicial.

— Producir modificaciones constitucionales y legales tendientes a eliminar cualquier traba que impida la acumulación de funciones y poder administrativo, político o económico, así como la reelección indefinida del gobernante o el acceso al gobierno de sus familiares directos.

— Asumir el manejo total de los recursos económicos del Estado, desviándolos hacia la construcción del propio poder político y económico del grupo gobernante.

— Eliminar la oposición política mediante maniobras económicas, políticas, etc.

— Generar la dependencia económica hacia el gobierno central, por parte de las administraciones municipales y provinciales.

— Generar apoyo político al grupo gobernante, a partir del uso ilegal de fondos públicos.

— Elaborar acuerdos espurios con grupos económicos fuertes, distribuyendo entre ellos monopolios artificiales de los principales servicios a cambio de apoyo económico, sea personal o para mantener al grupo en el poder.

— Concentrar un férreo poder de control y dirección de las fuerzas armadas y de seguridad, para que sirvan prioritariamente como instrumento de ejecución y protección a las órdenes del grupo gobernante.

— Restringir y anular el funcionamiento de instituciones privadas de investigación, control, asesoramiento y otras actividades vinculadas con el monitoreo de las acciones del gobierno.

— Restringir fuertemente la libertad de expresión, manifestación pública, el acceso a redes sociales, las formas de petición a las

autoridades y todo otro mecanismo de oposición o control ciudadano al gobierno.

- Restringir fuertemente o eliminar la libertad de prensa y opinión, tanto en su faz individual como en la empresarial.

- Producir modificaciones al sistema electoral y actos de fraude directo o indirecto en los futuros comicios con el propósito de mantener el control del Estado, renovando su supuesta legitimidad de origen en elecciones subsiguientes.

Este poder ilegítimo podrá ser utilizado por el régimen para que sus integrantes y asociados se enriquezcan ilegalmente, para que permanezcan en el control del gobierno más allá de los tiempos estipulados por la Constitución vigente al momento de su designación, para realizar acciones políticas y administrativas no autorizadas por la ley, para favorecer a ciertos grupos económicos amigos, etc.

Normalmente, la transformación de un gobierno legítimo en autoritario no ocurre abruptamente, sino que es el resultado de una serie de acciones que se adoptan en distintas áreas, en ocasiones de manera reservada o apenas perceptible para la gente. En la medida en que algunas de esas acciones resultan exitosas, los anticuerpos que la república elabora contra la concentración de poder se van debilitando, lo que facilita la adopción de nuevas medidas similares, hasta que el set completo de transformación es implementado y el gobierno originalmente constitucional y republicano deviene en dictadura.

El momento en el cual podrá considerarse que el gobierno legítimo se ha vuelto autoritario será cuando los intereses del Estado encarnados por el gobierno sean considerados superiores a los de los habitantes, y los derechos de estos últimos comiencen a ser violados en nombre de aquellos intereses.

1. ¿Por qué son frecuentemente tolerados los gobiernos autoritarios de base democrática?

Un primer punto a tener en cuenta al momento de examinar a los gobiernos en general, es que sus jefes no tienen poder *per se*. Más allá de los justificativos doctrinarios o legales que puedan invocar para sostener su derecho a gobernar, su poder de hecho depende de que los habitantes estén dispuestos a reconocer su autoridad.

Esta autoridad habitualmente no es cuestionada, en la medida en que el gobierno no produzca perjuicios excesivos sobre los gobernados. Como ya puntualizaba Necker a fines del siglo XVIII, «semejante subordinación no puede menos que sorprender a los hombres capaces de reflexión. Esta obediencia de un gran número a un pequeño grupo es un hecho singular, una idea casi misteriosa».

[27]

Sharp enumera una serie de motivos por los cuáles las personas pueden estar dispuestas a aceptar las decisiones del gobierno. Entre ellos menciona el hábito de obedecer a la autoridad, el miedo a las sanciones en caso de desobediencia, el reconocimiento de una obligación moral a obedecer, el interés personal en hacer lo que el gobierno pide, la identificación psicológica con el gobernante, la indiferencia a las decisiones del gobierno, y la falta de confianza en sí mismo. [28]

Los gobiernos democráticos y constitucionales cuentan con mayor aceptación inicial, pues lo que legitima su autoridad es una elección general y no un acto de fuerza. Sin embargo, luego de esa elección, será el comportamiento posterior del gobierno lo que permitirá mantener o no esa aceptación inicial. Aunque resulte obvio, no está de más recordar que una elección democrática no inviste por un gobierno de un poder absoluto sobre los ciudadanos, sino que por el contrario, se supone que los gobernantes son empleados de quienes los eligen.

Sin embargo, existen varios postulados que han contribuido de manera notoria a que se produzca la admisión generalizada y hasta la exigencia popular de una concentración de poder en manos del gobierno. Por supuesto que muchos de quienes invocan estos postulados no piensan que de ese modo estén contribuyendo a generar dictaduras, sino más bien todo lo contrario. No obstante, la

aceptación de esas premisas puede ser considerada el caldo de cultivo para la creación de regímenes autoritarios de base democrática.

Entre estos postulados se pueden mencionar los siguientes:

1) La sociedad debe ser organizada y reglamentada por alguna autoridad.

Existe una creencia popular muy afianzada, en el sentido de que una sociedad, por ser un grupo complejo, debe ser organizada, regulada y dirigida por una mente única que la ordena y le da una dirección clara. Ello parece tornar inevitable que exista un mecanismo para entregar el poder de regular y dirigir a alguna persona o grupo de personas. Eso explica que las instituciones republicanas, fundamentalmente la división y recíproco control de los órganos del gobierno, acabe cediendo frente a la sumisa aceptación de que quien ejerza el ejecutivo tendrá un poder no solo irrefrenable, sino además necesario.[\[29\]](#)

2) El poder reside en el pueblo, y este lo ejerce eligiendo democráticamente gobernantes.

La idea de planificación central parte de considerar a la sociedad como entidad única, autónoma, con sus propias necesidades, fines y curso de acción. A esa simplificación de millones de personas en un único organismo se lo denomina «Pueblo» o «Nación».

Veremos en el siguiente punto que esta simplificación es errónea. Pero mientras se la continúe sosteniendo, esta abstracción de un «Pueblo» convertido en un ente o persona individual, solo podría expresarse a través de una persona física concreta. De modo que no hace falta mucho para deducir de allí que una persona de carne y hueso deberá decir qué es lo que el pueblo quiere, necesita o decide.

Una consecuencia de la idea de que se necesita una planificación y dirección central de la sociedad, es que deberá legitimarse algún mecanismo para elegir al director. La decisión democrática se ha decantado como la más legítima en estos tiempos, porque en ella

existe, en principio, amplia participación ciudadana y decisiones por elección mayoritaria.[\[30\]](#)

3) El gobierno ejerce legítimamente el «poder», a través de directivas o políticas impuestas a los gobernados.

Por supuesto que el poder de decisión de la gente es limitado. Resulta incompatible exigir que un órgano central dirija a la sociedad, y al mismo tiempo hacer descansar ese poder en millones de personas con ideas e intereses diversos y contrapuestos. Por lo tanto, en este esquema ampliamente aceptado, una vez elegido democráticamente el gobernante —expresión de la voluntad popular—, se deposita en él el poder para tomar las decisiones que resulten a su juicio necesarias o convenientes para regular la sociedad.

4) Nada está por encima de la voluntad del pueblo. Ni siquiera la constitución.

Si se acepta que la sociedad debe ser regulada y dirigida, que entonces hace falta un director, que la votación democrática es la forma legítima de elegirlo, y que ese director ha de tener poder suficiente para implementar las medidas que considere necesarias, debe deducirse lógicamente que esa manifestación de voluntad de las personas al elegir un presidente no debería ser limitada por cuestiones formales, tales como restricciones constitucionales o legales.

Por ejemplo, frente a cláusulas constitucionales que impiden la reelección indefinida de un presidente o la postulación de un pariente directo del presidente en ejercicio, se invoca que lo único y excluyente es la voluntad popular, y por lo tanto, si la gente decidiese votar indefinidamente a un candidato, las formalidades constitucionales deberían ceder, pues de lo contrario la propia Constitución estaría contra el «Pueblo».

Como se examinará más adelante, esas limitaciones constitucionales tienen una explicación clara: un presidente en ejercicio de su mando, que además ha logrado generar una red de poder e influencia aprovechando dineros públicos y facultades decisorias amplias, corre siempre con ventaja respecto de cualquier

otro postulante al cargo, y darle la posibilidad de competir por su reelección generará incentivos para que se dedique más a la construcción de poder electoral que a cumplir con sus obligaciones constitucionales.

Por lo demás, en el entendimiento de que el gobierno solo es un mecanismo para implementar una serie de servicios en beneficio de los habitantes, la figura del administrador no se muestra tan esencial como para pensar que alguien pueda resultar «indispensable» en ese empleo. Por ello, las ventajas de evitar la reelección del presidente parecen superar a las de permitir la continuidad indefinida de un eventual buen administrador.

5) Conclusión: los mandatarios son superiores a los mandantes.

Resulta curioso escuchar, en las presentaciones oficiales, cómo un locutor informa el ingreso al recinto del «primer mandatario», cargando esa denominación de una gran cuota de solemnidad. Sin embargo, pocos advierten en ese momento que el «mandatario» es la persona que realiza un trabajo por encargo y en las condiciones pactadas con un «mandante», quien es el verdadero dueño del negocio.

Se termina aceptando que la circunstancia de haber sido investido con su cargo por la decisión mayoritaria en una elección popular confiere a esa persona poderes especiales y ha de ser pasible de una consideración superior al resto de los ciudadanos.[\[31\]](#)

Estas premisas colectivistas en las que se asienta el poder del gobernante constituirán un caldo de cultivo determinante en el camino hacia la acumulación y consolidación del poder político y económico en sus manos.

2. La naturaleza de los fenómenos sociales

No obstante la aceptación popular de algunos de los postulados antes mencionados, un análisis de ellos permite rápidamente descubrir su inexactitud. Por una parte, y aunque a primera vista parezca contraintuitivo, las estructuras sociales complejas no pueden

ser reguladas con éxito; y cuanto más complejas sean esas estructuras, cuanta mayor cantidad de individuos y relaciones involucren, en mayor medida el intento de regulación estará condenado al fracaso.

En primer lugar, las personas actúan en forma voluntaria, cada una de ellas guiada por un propósito y siguiendo un curso de acción destinado a alcanzar un fin que cada una de ellas se ha propuesto. Normalmente esos fines parten de la base de que cada persona intentará pasar de una situación menos satisfactoria a una más satisfactoria, en el contexto de los valores que cada cual ha decidido sostener.[\[32\]](#)

En segundo lugar, en procura de sus propios fines, las personas actúan sobre la base de un conocimiento limitado y disperso, acumulado en forma variable entre todas ellas.[\[33\]](#)

Por ese motivo, Hayek señaló que el principal problema con que se enfrenta el hombre en un proceso social complejo es la escasez y dispersión del conocimiento. Es decir, no solo la capacidad de adquirir conocimiento y la comprensión humana sobre el desarrollo de los procesos sociales es limitada, sino que además está dispersa entre las personas. Por eso habla Hayek del problema de la «división del conocimiento», como igualmente importante al de la «división del trabajo», aunque menos estudiado.[\[34\]](#)

En tercer lugar, cada persona procura sus fines en un mundo con recursos limitados. El principio de escasez hace que constantemente los individuos cooperen o compitan por la producción y obtención de esos recursos, en un proceso de interacción gobernado por la exteriorización de las valoraciones individuales (precios) que se denomina *mercado*.

La interacción consensuada entre las personas contribuye fuertemente a incrementar la creación de riqueza y por lo tanto el bienestar de las personas. La base de esta cooperación, como sostuviera Adam Smith, es la división del trabajo, que es producto del intercambio libre y voluntario que se genera cuando cada persona busca su propio bienestar. Esta división del trabajo se establece

espontáneamente, por obra del sistema de precios, a partir de las ventajas competitivas de las distintas personas (cada uno hará lo que esté en condiciones de hacer mejor, más rápido o más barato, respecto de los demás).

La cooperación social se funda en la circunstancia de que la inteligencia humana es capaz de reconocer que la labor realizada bajo el signo de la división del trabajo resulta más fecunda que la practicada bajo un régimen de aislamiento.[\[35\]](#)

En la medida en que se garantice la posibilidad de intercambios consensuados, cada persona, que es el mejor juez de sus propias preferencias, buscará a través de este tipo de tratos lo que considera mejor para sí, tomando decisiones a través de este proceso de mercado.

Por el contrario, la interacción forzada como consecuencia de la decisión impuesta por una persona o un grupo, solo podría responder al fin dispuesto por esa persona o grupo, y no a los muchos fines individuales de quienes actúan. En este contexto, tratar a los hombres por la fuerza es tan poco práctico como tratar con la naturaleza por la persuasión.[\[36\]](#) Además, el más brillante, aplicado y honesto equipo de gobierno en el que se pudiera pensar tendrá un conocimiento casi nulo de las circunstancias particulares de millones de transacciones que se producen permanentemente en la comunidad, y que por el contrario son bastante bien conocidas, en términos relativos, por los involucrados en ellas.

Al examinar esta forma de comportamiento libre y voluntario en procura de los propios fines, vemos que a nivel de grupo tienen mucha trascendencia las consecuencias no buscadas de los actos personales. En procura de sus propias metas, se generan muchas veces resultados que no fueron buscados por los actores, pero que influyen en la forma en que se comportarán los demás. Estas consecuencias, por su naturaleza, no pueden ser previstas o pronosticadas con exactitud por nadie, son producto de la conducta espontánea, subjetiva y cambiante de muchísimas personas. Pero a su vez, al producirse, generarán nuevas pautas que orientarán la conducta futura de las mismas personas.[\[37\]](#)

Tales circunstancias han sido la base de estudio de los fenómenos sociales, que por estas razones son bien distintos de los naturales. El hecho de que las acciones personales puedan tener consecuencias no buscadas y trasciendan el interés y hasta el conocimiento de los actores, hace que los fenómenos sociales deban ser considerados fenómenos complejos.

Dichos fenómenos estarán formados por la interacción de personas cuya conducta no es predecible, en circunstancias siempre cambiantes. Por ello, un fenómeno similar tampoco se repetirá necesariamente en el futuro. Señaló Hayek, en este sentido, que aun los acontecimientos singulares dependen de tantas circunstancias concretas que jamás podremos realmente estar en condiciones de averiguarlas todas; por ello, no solo los ideales de predicción y de control están mucho más allá de nuestro alcance, sino también es ilusoria la esperanza de poder descubrir a través de la observación, conexiones regulares entre los distintos acontecimientos.[\[38\]](#)

Para tomar un ejemplo básico, los precios que están a disposición de las personas, a partir de los cuales pueden tomar sus decisiones futuras vinculadas con gastos o inversiones, no son el producto de una imposición de autoridad o persona alguna, sino de una cantidad muy difícil de precisar de decisiones individuales, cambiantes, adoptadas sobre la base de distintos objetivos y expectativas, por personas que no tenían la menor idea de que tal comportamiento contribuyera a establecer un precio. Cuando una autoridad pretende sustituir este proceso por un mandato coactivo de modificar el precio por motivos políticos, desconoce la esencia básica de los fenómenos complejos. Suponer que un gobierno puede determinar por medio de una orden el precio de un producto es en realidad tan absurdo como suponer que un médico puede determinar por medio de una orden la fiebre de un paciente.

En tal sentido, Hayek sostuvo que el concepto de «ley», entendido como una regla que vincula un fenómeno con otro según el principio de causalidad, tiene escasa aplicación en la teoría de los fenómenos sociales: «aunque poseamos teorías relativas a estructuras sociales,

dudo que conozcamos “leyes” a las que los fenómenos sociales obedezcan». [\[39\]](#)

Por otra parte, los fenómenos sociales son fenómenos dinámicos. Las decisiones personales se modifican en la medida en que las preferencias y conductas personales cambian, la tecnología evoluciona, existen variables que escapan a la previsión como el clima en el largo plazo, se incrementa el conocimiento focalizado, etc.

Por ese motivo, resulta estéril sacar una fotografía de la sociedad en un momento determinado y pensar que esa sociedad permanecerá así inmutable en el futuro. Sin embargo, es precisamente esto lo que hacen diariamente los legisladores en todo el mundo, cuando quieren establecer «marcos regulatorios» a través de legislaciones, partiendo de la base de cómo son las cosas en el momento en que se reúnen a legislar.

La sociedad, en definitiva, es un proceso de decisiones individuales permanentes, imprevisibles y volubles, a través de las cuáles las personas actúan, producen, consumen, contratan, acuerdan, ahorran, invierten, se casan, tienen hijos, etc. Nada de eso puede ser previsto y conducido por una mente única, a no ser que pretenda hacerlo utilizando la fuerza; y aun así, los resultados de sus decisiones serían desastrosos para la mayor parte de las personas.

La función del gobierno, en este contexto, a lo sumo sería la de establecer un marco de protección de los derechos, respeto de los contratos y libertad de acción, que permita a cada persona buscar su propia felicidad mediante acuerdos voluntarios y resolver de manera objetiva los conflictos.

Comprender estas circunstancias es muy importante, pues permite abandonar rápidamente la idea, tan extendida en nuestro tiempo y aceptada generalmente como una racionalización, de que la complejidad y dinamismo de los procesos sociales justifica que sea precisamente una autoridad única la que los planifique y dirija. Esta racionalización, a su vez, es lo que justifica la concentración de

poder en una autoridad, que frecuentemente conduce al establecimiento de un régimen autoritario.

Por el contrario, es de la esencia de un sistema republicano basado en el reconocimiento y protección de los derechos que el gobierno tenga como fin básico la eliminación del uso de la fuerza física o fraude en las relaciones entre las personas, brindando fundamentalmente servicios de seguridad personal y resolución de conflictos.

3. ¿Qué es y qué no es una Democracia?

La palabra democracia es utilizada frecuentemente con sentido impreciso. Se la suele identificar con un «buen» gobierno, como una forma de gobierno donde se respeta el derecho de la gente a opinar, a tomar decisiones. Se extiende su significado a un sistema donde el gobierno no abusa de su poder, se preocupa por los problemas de la gente, los gobernantes alternan con cierta frecuencia en sus cargos. Cuando se quiere hablar de un gobierno limitado, opuesto a una dictadura, se habla de Democracia.

Finalmente, al darle tantos sentidos a la palabra, se la termina vaciando de contenido concreto. Así, algunas feroces dictaduras, como la antigua Alemania comunista, tenía la denominación oficial de República Democrática Alemana, o la actual Corea del Norte es la República Popular Democrática de Corea, por poner solo dos ejemplos.

Es que la palabra «democracia» tiene buena prensa (nadie osaría oponerse a ella), y por eso siempre es bueno ser considerado «democrático».

Por tal motivo, es importante investigar de qué se está hablando cuando se utiliza este vocablo, pues dentro de sus tantos significados se esconden formas de gobierno autoritarias.

En general, la democracia es asociada con el gobierno elegido por todos, donde las personas tienen derecho a decidir y a opinar sobre los asuntos públicos, y también a peticionar. Se puede examinar su

significado con referencia a los gobiernos, a los gobernantes y a sus decisiones.

a) Gobiernos democráticos

Etimológicamente, la democracia es el gobierno del pueblo. En la práctica, se funda en la idea de que respecto de ciertas decisiones que incluyen a toda una comunidad —y que por lo tanto no pueden ser adoptadas por acuerdos individuales entre interesados concretos—, todos los habitantes deberían poder participar de alguna manera y manifestar su voz y voto.

Por ser extensión de los derechos individuales, que deben ser gozados por todos los individuos en las mismas condiciones, los derechos políticos, vinculados con la participación en la toma de decisiones comunes, deberían ser ejercidos en un pie de igualdad por los ciudadanos. Por ello, el liberalismo clásico, fundamentalmente a partir de John Locke, desarrolló la idea del gobierno como un pacto de autodefensa de los individuos, quienes integran el gobierno civil con el propósito de ver protegidos sus derechos.[\[40\]](#)

El problema de esta visión clásica del gobierno es que parte del presupuesto irreal de que fue establecido por un ente unificado (el «Pueblo», la «Comunidad») que expresó en bloque el consentimiento unánime de todos los habitantes del lugar, de otorgarle a ciertas personas un poder para decidir en el futuro sobre aspectos esenciales de su vida cotidiana.[\[41\]](#)

Ello ocasiona un primer problema de legitimidad: en realidad, ese «Pueblo» es simplemente una abstracción, no es un ente con existencia real, sino que por el contrario, bajo esa denominación se pretende unificar a un conjunto de muchísimas personas con valores, intereses y opiniones distintas y frecuentemente contrapuestas. Se produce entonces un dilema: o se puede acreditar de alguna manera que, al menos en su origen, el gobierno ha sido el resultado de la voluntad unánime de quienes habitan un territorio, o

se debe aceptar que el gobierno es la imposición de la voluntad de un grupo —mayoritario o no— sobre el resto.

El segundo problema será cómo justificar que esa supuesta unanimidad de origen se extienda a las generaciones siguientes, a personas que aún no nacieron cuando la Constitución fue aprobada.

Durante el siglo xx, James Buchanan hizo un importante esfuerzo intelectual para tratar de justificar la unanimidad de origen, no en los hechos —porque tal cosa es imposible de verificar—, sino al menos desde un análisis económico teórico.

Para Buchanan existe un punto en el cual la jungla hobbesiana, donde luchan todos contra todos, deja de ser rentable y puede ser económicamente conveniente para todos la pacificación social, sobre la base de un acuerdo de convivencia basado en el reconocimiento del derecho de propiedad. El punto de partida de este acuerdo es lo que él denomina la «distribución natural», que es un equilibrio conceptual alcanzado el cual ni a unos les interesa matar o robar una unidad añadida del bien que se disputa, ni a los demás les interesa defender una unidad más de dicho bien, y en consecuencia, se puede pensar en una asignación de derechos que deja a todos satisfechos.[\[42\]](#)

A diferencia de Locke, para quien el contrato social era una solución ideal para proteger los derechos a la cual los individuos llegaban consciente y voluntariamente, deseosos de mejorar su vida, el artificio desarrollado por Buchanan parte de la idea conceptual de que en el estado de naturaleza la situación es tan mala que el acuerdo es la mejor solución, aun en las peores condiciones individuales en que pueda estar cada uno después de él.[\[43\]](#)

Pero esto solo no basta para garantizar la paz. Si bien en teoría todos se beneficiarían con la creación del gobierno de la ley que proteja los derechos, alguno o algunos pueden beneficiarse más si el resto respeta la ley y los derechos y ellos no. En la medida en que el pacto sea voluntario, siempre está latente la posibilidad de salirse de él y tratar de aprovechar las limitaciones voluntarias aceptadas por los demás, en una situación semejante a la del «dilema del

prisionero», que podría expresarse como un «dilema del contrato»: luego de un intercambio de promesas onerosas, cuando una de las partes cumple con lo prometido, a la otra le resulta conveniente no cumplir, pues ya ha obtenido los beneficios resultantes del cumplimiento del otro y ya no puede derivarse ningún beneficio adicional de su propio cumplimiento. En términos estrictamente económicos, en esas condiciones perderá si cumple lo prometido. [44]

Esta circunstancia justificó en Buchanan la inclusión de una cláusula coercitiva dentro del contrato original, y se llega a la constitución de un Estado, destinado a garantizar el respeto de los derechos mediante el uso de la fuerza.

La necesidad de utilizar la coerción para hacer cumplir el pacto evidentemente supone el abandono de la regla de la unanimidad consensuada, y la posibilidad de coaccionar a quienes no lo cumplen, con lo cual los individuos pierden libertad. Esta situación no se atempera por el hecho de que las decisiones las tome la mayoría, pues como el propio Buchanan admitió: «En conjunto, el 51% de la población votante no parece ser muy preferible al 49%». [45]

No obstante ello, hoy en día se considera un «gobierno democrático» a aquel que es el producto de un consenso generalizado de generaciones pasadas, presentes y presumiblemente futuras de esa abstracción denominada «Pueblo», que le confieren legitimidad para imponer conductas coactivamente.

b) Decisiones democráticas

A partir de la premisa de que el gobierno es el resultado de la voluntad del «Pueblo», se supone que las decisiones que involucran a los asuntos públicos deben ser adoptadas de tal modo que garanticen la mayor participación posible de ese pueblo y se busquen las soluciones que mejor cubran sus necesidades e intereses.

Vimos que una vez justificada teóricamente la unanimidad de origen del gobierno civil, no es posible fundar las decisiones de dicho

gobierno en tal unanimidad, motivo por el cual la regla de la mayoría aparece como el método más razonable que se ha deducido para tomarlas.

Pero basar las decisiones comunes en la votación mayoritaria trae varios problemas:

a) Si existe una mayoría, necesariamente existirán una o varias minorías. Incluso es posible que todas las minorías juntas superen en número a la mayoría. En consecuencia, habría que reconocer circunstancialmente a algunas personas la potestad de decidir sobre otras que pueden estar en total desacuerdo con esa decisión. Si a ello se suma la tendencia a considerar que todos los asuntos de importancia deben ser asuntos públicos que requieren la intervención y decisión del gobierno, se advierte un fuerte punto de tensión con la idea lockeana del gobierno como garantía de protección de derechos individuales. Por el contrario, comienza a suceder que el supuesto ejercicio de los derechos de unos, se produce a expensas de los derechos de otros.

b) Muchas veces resulta difícil determinar cuál es esa mayoría, aun para temas concretos. Mucho se ha escrito sobre los problemas involucrados en las decisiones colectivas, especialmente a partir de los trabajos de Kenneth Arrow y su «teorema de la imposibilidad», también conocido como «paradoja de Arrow», que muestra la dificultad o incluso imposibilidad de establecer reglas que permitan tomar decisiones políticas sobre la base de algún set de criterios razonables. [\[46\]](#)

El modo en que el asunto a decidir sea presentado, el orden o agenda de votación de los distintos aspectos a ser resueltos, los incentivos planteados coyunturalmente, pueden generar, incluso, diversas mayorías contextuales, que sumadas concluyan en una decisión que no refleje la voluntad de quienes votaron cada tramo.

Esto es particularmente importante si se reconoce que la sociedad no es un todo homogéneo, sino una gran cantidad de individuos cuyos intereses se entrelazan, coinciden en algunos casos y se oponen en otros, y los motivos por los cuales pueden alcanzar una

mayoría circunstancial de opiniones son de lo más variados. Es que, como explicó Mises, cada individuo forma parte de diversas organizaciones sociales, en cada una de las cuáles se comporta de manera distinta e incluso en algunos casos tiene intereses antagónicos.[\[47\]](#)

Ello produce dos problemas: 1) tal decisión puntual puede no tener el alcance que se le quiere dar; puede expresar en algunos casos la circunstancial opción por el mal menor, o que la preferencia personal no esté entre las propuestas a elección; 2) las preferencias individuales son volubles y, por lo tanto, pueden cambiar a los pocos días, mientras que la decisión del gobierno puede tender a extenderse indefinidamente en el tiempo, a pesar de haber perdido aceptación mayoritaria.

c) Una sociedad en la cual cada decisión colectiva tuviese que someterse a algún tipo de votación popular sería insostenible. Cada individuo está inmerso en la resolución de sus propios problemas, busca su propio bienestar y acuerda libre y voluntariamente con los demás, intercambios que le permiten perseguir sus objetivos.

Si a ello tuviese que sumar la constante preocupación por asuntos comunes, desde una declaración de guerra hasta la reparación de una calle, su vida se convertiría en un calvario.

d) Como vimos en el punto anterior, las sociedades avanzan superando la natural ignorancia del hombre sobre la mayoría de los temas, a partir de la optimización del conocimiento disperso que el proceso de mercado favorece. De este modo, cada uno toma decisiones vinculadas con la esfera de sus intereses y en áreas en las que dispone de mejor conocimiento e información.

El mercado resolvió estos problemas de falta de información, especialmente en la medida en que las sociedades se fueron haciendo cada vez más complejas, a través de la división del trabajo, el sistema de precios y el aprovechamiento de las ventajas comparativas. Problemas tales como una enfermedad cardíaca o la construcción de un edificio no se resuelven habitualmente a través de la discusión y decisión mayoritaria con los vecinos, sino

contratando al mejor médico y arquitecto que se puedan pagar. Lo mismo puede valer para cualquier otro asunto respecto del cual se pretenda como indispensable la intervención del gobierno.

e) Las decisiones individuales adoptadas en un proceso de intercambio tienen dos características fundamentales: 1) se llevan a cabo en forma libre y voluntaria, sin ejercer coacción sobre ninguno de los contratantes; 2) a través de ellas se internalizan costes y beneficios, es decir, los contratantes absorben las pérdidas por sus malas decisiones y aprovechan las buenas.

Las decisiones colectivas adoptadas por el gobierno no poseen estas características. Por una parte, como vimos, el cumplimiento es obligatorio e impuesto aun a quienes no están de acuerdo con ellas. Por otra, estas decisiones producen una redistribución de costes y beneficios que divide a los individuos en ganadores y perdedores por cada acción de gobierno. Esta última circunstancia será la base de la aparición de *free riders* y *rent seekers*, que intentarán que los actos del gobierno los favorezcan y evitarán verse perjudicados por ellos.

[48]

f) Finalmente —y esto tiene relación directa con el objeto de este trabajo—, someter el goce de los derechos a la decisión mayoritaria coloca a todas las personas en una situación de constante incertidumbre, pues quien hoy está tranquilo porque se considera amparado por determinada decisión mayoritaria puede mañana ser minoría y ver cómo sus derechos resultan lesionados. [49]

Esta situación genera incentivos en los gobernantes para digitar tanto la agenda de discusión como el resultado mismo de esa discusión, y de ese modo mantener el control del gobierno sobre la población. La acción de gobierno se transforma entonces en una acción de captar apoyo y controlar voluntades.

Por ello, la idea de la toma de «decisiones democráticas» se enfrenta con inconvenientes cualquiera que fuese la forma en que se la entienda: si se afirma que las decisiones son «democráticas» porque son el producto de una deliberación más o menos espontánea de todos o la mayoría de los individuos, se trata de una idea

romántica imposible de aplicar a no ser en comunidades demasiado pequeñas. Si la idea de una decisión «democrática» es la adoptada por alguien a quien la gente, mediante un proceso electoral, eligió para tal fin, es altamente peligrosa por la concentración de poder que supone.

c) Gobernantes democráticos

De lo sostenido en el punto anterior se deduce que la idea de una democracia directa, del «Pueblo» tomando decisiones por sí mismo respecto de los asuntos públicos, es tan romántica como impracticable, especialmente en sociedades complejas y de gran población.

En cambio, se impone la noción de democracia indirecta, es decir, la gente eligiendo autoridades que se encargarán de tomar las decisiones operativas. En tal contexto, la democracia se expresa fundamentalmente en el ejercicio de los derechos políticos a elegir y ser elegidos en alguno de los cargos directivos del gobierno.

Esto significa que las decisiones cotidianas vinculadas con el manejo de los asuntos públicos que frecuentemente involucran el ejercicio de derechos individuales son tomadas con cierta independencia por los mandatarios. En la medida en que las funciones de esos gobiernos estén expresamente limitadas por una Constitución, y existan mecanismos para evitar las extralimitaciones, los derechos se ven resguardados medianamente. Pero si se considera que la elección democrática supone entregar un poder ilimitado al gobernante, este rápidamente puede convertirse en dictador.

Existe una tendencia a pensar que democracia es sinónimo automático de mayor libertad individual, porque supone la participación de cada individuo en la elección del gobernante. Pero esta circunstancia no elimina el peligro de violación de derechos, en la medida en que esas autoridades elegidas por mayoría no vean sus atribuciones limitadas por una norma superior, incluso, a esa propia

mayoría, como es una Constitución. Desde Aristóteles se ha señalado que la democracia puede degenerar en demagogia y de ahí en tiranía.

Dado que el gobierno cuenta con importantes cantidades de dinero, el control de las Fuerzas Armadas y el poder de legislar, es muy probable que ese gobernante elegido quizá de modo legítimo una primera vez, tenga fuertes incentivos para acumular poder, saltar por encima de las limitaciones constitucionales y conservar su manejo del gobierno todo el tiempo que le sea posible. [\[50\]](#)

4. ¿Cuándo un gobierno democrático se vuelve autoritario?

De lo dicho en los puntos anteriores se desprende que el gobierno — en caso de que se justifique su existencia— debería limitarse a organizar la protección de los derechos de los individuos, para que estos resuelvan sus propios asuntos y tomen decisiones a través de intercambios libres y voluntarios. El gobierno, en todo caso, debería ocuparse de que se excluya la coacción en esos intercambios, que se cumplan los contratos, se indemnicen los daños y se resuelvan las disputas.

En tal contexto, la «democracia», en cualquiera de los sentidos que acabamos de ver, no parece ser relevante a la hora de evitar que alguna persona o grupo de personas, y por supuesto el propio gobierno, utilicen la fuerza para impedir el libre ejercicio de los derechos individuales.

Una sociedad libre está organizada, prioritariamente, alrededor de la noción de república, no de democracia. La idea de república está directamente vinculada con la creación de instituciones y procedimientos que garanticen la limitación del poder y el reconocimiento y protección de los derechos de los ciudadanos, que son anteriores y superiores a la propia existencia del gobierno.

El sistema republicano intenta sustituir al gobierno dependiente de la arbitraria voluntad de una persona o grupo —independientemente de cuál haya sido el mecanismo de selección— por una serie de instituciones, reglas y procedimientos que están por encima de esas personas, que señalan taxativamente sus funciones, que establecen

los límites de sus atribuciones, que obligan a su recíproco control y que suponen mecanismos de selección y elección diferenciados, todo lo cual contribuye a evitar contubernios y acuerdos espurios tendientes a abusar de sus funciones.

La idea central es que el gobierno se justifica solo en tanto agencia destinada a proteger derechos y resolver conflictos, reconociendo la preexistencia y supremacía de los derechos individuales.

A su vez, todos los mecanismos de limitación del poder permiten potenciar otras formas de mayor participación ciudadana en la toma de decisiones en asuntos comunes, fundamentalmente a través de la transparencia en la transmisión de la información de los actos del gobierno, el ejercicio del derecho de peticionar a las autoridades, etc.[\[51\]](#)

Entre los principios vinculados con la limitación y control del poder que surgen del sistema republicano de gobierno se pueden mencionar: la división y recíproco control del poder a través de distintas agencias; la creación de órganos de control extra-poder independientes funcional y financieramente; las limitaciones de quien detenta el poder ejecutivo, tales como la periodicidad de las funciones, las limitaciones para ser candidato, la prohibición de la reelección, los impedimentos de los parientes directos para ser candidatos, la imposibilidad de acumular cargos públicos; la responsabilidad administrativa, civil, penal y política de los funcionarios por sus actos públicos; la publicidad de los actos del gobierno y el derecho de petición de los ciudadanos para que brinden información y respondan por dichos actos.

Estos y otros principios republicanos son combinados con la descentralización de funciones, del gobierno nacional a los gobiernos provinciales y sobre todo municipales, en términos administrativos, políticos y financieros.

En este contexto, la participación ciudadana en los asuntos públicos, está contenida en el carácter representativo de gobierno, esto es, en el derecho a elegir empleados y postularse para los

cargos públicos, sumado al derecho individual de pedir explicaciones, controlar la marcha de los asuntos públicos, denunciar a los funcionarios que se apartan de sus obligaciones, etc.

Pero las funciones de aquellos agentes públicos están previamente establecidas en una Constitución y no pueden extenderse o limitarse por decisión de la mayoría circunstancial en un momento dado, o de un gobierno que se atribuya la representación de esa mayoría. Por eso, es fundamental comprender que en las elecciones que se producen en una república no se eligen «gobernantes» a quienes se extiende un cheque en blanco para tomar decisiones, sino «empleados» que deben cumplir con ciertos trabajos puntuales bajo condiciones preestablecidas.

La Constitución es una valla, un límite de contención frente al avance del poder sobre los derechos individuales, y no importa que quien pretenda dicho avance lo haga por el mero empleo de las armas, en su exclusivo nombre o interés o invocando el consentimiento de millones de personas. La propia Constitución establece mecanismos de reforma que pueden ser accionados si se produce un consenso lo suficientemente fuerte y manifestado de un modo lo suficientemente claro y transparente como para generar las mayorías especiales establecidas por ella para que esto ocurra.

Pero en tanto ello no suceda, la Constitución está por encima de cualquier persona, incluso del gobernante que haya ganado una elección con mayoría abrumadora, y opera como un freno inestimable de sus intentos por avanzar sobre las libertades individuales.

Se ha visto frecuentemente cómo determinados presidentes cuyos mandatos están limitados por la Constitución han intentado o bien modificar esta Carta para tener la ocasión de extender su poder, o bien hacer interpretaciones caprichosas de ella, pretendiendo atribuciones que no les otorga. En la mayoría de estos casos se ha invocado la democracia como argumento. Se ha sostenido que si la mayoría de la ciudadanía está dispuesta a que dicho presidente continúe en el poder, o le dio un extenso voto de confianza para que

avance en su gestión de gobierno, la Constitución no puede oponerse a la voluntad popular.

Pero lo cierto es que la carta fundamental intenta crear un gobierno de leyes, de instituciones y procedimientos de interacción, no de hombres, y los límites a las atribuciones presidenciales tienen por finalidad evitar que los gobernantes utilicen las ventajas y recursos que administran gracias a su cargo para generar privilegios y perpetuarse en el poder.[\[52\]](#)

En tal escenario, un gobierno constitucional y democrático podrá convertirse en autoritario en el momento en que el grupo de personas que controla el poder ejecutivo se exceda en la toma de decisiones respecto de las facultades que expresamente la Constitución le otorga y encare acciones tendientes a abusar del poder y desviar recursos públicos en beneficio propio o de un grupo, o permanecer en el gobierno más allá de lo que la Constitución autoriza, o bien intentar su modificación en pos de mantener su autoridad.

Dicha conducta no se hará normalmente con el propósito manifiesto de convertirse en dictador o abusar del poder, sino todo lo contrario: se invocará la decisión democrática avalada por la mayoría en las urnas para justificar este avance sobre los límites constitucionales. Probablemente no sea el propio presidente, sino sus colaboradores y adláteres quienes señalen la necesidad de continuar con una gestión que se acabaría irremediablemente si cambia el líder.

Pero esto último será una mentira: ninguna persona ha sido nunca indispensable para que una sociedad pueda funcionar y los individuos puedan prosperar, ni los gobiernos ni los gobernantes crean riqueza o producen bienestar; las personas lo hacen. Administrar los medios para garantizar el libre intercambio y la protección de derechos de un trabajo para el cual normalmente se pueden encontrar muchas personas capacitadas.

Por lo común, este proceso de acumulación de poder no se produce de un día para otro, sino que es el fruto de una serie de

acciones, muchas de las cuales pasan inicialmente inadvertidas y no son vistas como atentados a la Constitución. En este sentido, si no se ha hecho un buen trabajo preventivo para evitar las maniobras de concentración y abuso del poder por parte del Ejecutivo, será más fácil para el presidente avanzar sobre las instituciones y los derechos individuales a través de un plan bien orquestado para anular uno por uno los controles y límites dispuestos a su acción.

El avance del gobierno sobre las libertades normalmente es lento, sigiloso, difícilmente perceptible en el día a día por los ciudadanos. Ciertas decisiones que implican un incremento indebido del poder pueden ser toleradas cuando se las examina en forma aislada, pero muchas veces establecer conexiones entre distintas decisiones de ese tipo permite advertir las verdaderas intenciones del gobernante.

Ello dificulta la tarea de consensuar un punto exacto en el cual el gobierno se convierte en autoritario. Para algunas personas ya el primer avance no legítimo por sobre las limitaciones republicanas lo volverá autoritario. Otros estarán más dispuestos a tolerar algunos abusos; y algunos recién aceptarán que tales abusos se producen cuando ya sea demasiado tarde.

Pero lo cierto es que ese es el camino que un gobernante emprenderá si su intención es acumular poder en provecho propio sin desatar un conflicto violento, y será de extrema importancia no dejarse engañar por las excusas que se invoquen para justificar ese avance.

CAPÍTULO 3

CRITERIOS PARA ELABORAR UNA ESTRATEGIA FRENTE A GOBIERNOS AUTORITARIOS DE BASE DEMOCRÁTICA

Resuelve no servir más y serás inmediatamente libre. No digo que levantes tu mano contra el tirano para derribarlo, sino simplemente que no le apoyes más; luego verás como, igual que un gran Coloso cuyo pedestal ha desaparecido, cae por su propio peso y se rompe en pedazos.

ÉTIENNE DE LA BOÉTIE

1. Dificultades a enfrentar

Los principios de la resistencia no violenta a dictaduras son perfectamente aplicables a los regímenes autoritarios de base democrática. Sin embargo, existen diferencias entre una y otra forma de autoritarismo que requieren una explicación adicional.

El profesor Sharp acuñó la expresión «political jiu-jitsu»[\[53\]](#) para referirse a aquella situación en que ciertas tácticas de resistencia no violenta generan reacciones en el dictador que, finalmente, fortalecen al oponente. Como en el judo, uno aprovecha la fuerza o el empuje del rival para voltearlo.

En las dictaduras tradicionales mantenidas por medio del uso efectivo o la amenaza del uso de la fuerza física esta noción es muy gráfica: el gobierno es una maquinaria armada y poderosa a la cual hay que enfrentar en notable desventaja, y en ese contexto una estrategia razonable es aprovechar esa fuerza del oponente en su contra.

Cuando el gobierno reacciona violentamente, produce con frecuencia mayor descontento en la población en general, resta apoyo en su favor e incrementa la simpatía y adhesiones hacia la resistencia. Ello genera precisamente el efecto de sumar opositores, que es lo que llevará en definitiva al dictador a perder fuerza y finalmente a caer.

En el caso de los regímenes autoritarios de base democrática, se da la particularidad de que dicha fuerza puede ser aprovechada no solo por los opositores, sino también por quienes concentran el poder en sus manos. Como el origen democrático y constitucional del gobierno le confiere legitimidad en sus inicios, las acciones que tienden a impugnar o denunciar sus actividades espurias serán a su vez denunciadas por el régimen como oposiciones al gobierno legítimo, a la Democracia, a la Constitución.

De este modo, cuando se cuestione la actitud complaciente y dependiente de ciertos jueces, se responderá que se está en contra de un poder judicial democrático; cuando se impugne una ley del Congreso que atenta contra derechos fundamentales, se dirá que se opone a la decisión democrática de la mayoría expresada en el parlamento. Si el Ejecutivo desmantela organismos de control con la excusa de que requiere de una estructura más eficiente para ejercer su plan de gobierno, quienes lo traten de autoritario serán a su vez acusados de impedir el progreso según la decisión democrática expresada en las urnas. Críticas puntuales a decisiones de personas concretas serán interpretadas como ataques a las instituciones constitucionales.

No se debe olvidar que mientras la generalidad de las personas está inmersa en sus propios asuntos y no tiene en principio motivos para desconfiar de las intenciones del gobernante que fue elegido por la mayoría, este podrá implementar un elaborado y minucioso plan para acumular subrepticamente poder político, administrativo y económico.

En esta actitud destructiva y engañosa de los gobiernos democráticos que devienen en autoritarios existen varios elementos que están de su lado y pueden utilizar en su beneficio:

1) Como el origen del gobierno es legítimo, y su avance sobre las libertades de la población es progresivo, las alertas tempranas que algunas personas activan frente a determinadas medidas autoritarias no serán percibidas de inmediato por la mayoría como atentados, y a quienes las profieren se los considerará agoreros o desestabilizadores.

Como el experimento de la rana en la olla, si se echa la rana en una olla con agua hirviendo, tratará de saltar de ella de inmediato; pero si se la echa en agua fría y se la va calentando paulatinamente, para cuando advierta el peligro ya será demasiado tarde.

La percepción de las personas varía de una en una, así como su mayor o menor aversión a la pérdida de libertad. Por eso, muchas veces, al igual que la rana, cuando el avance sobre las libertades llega al punto en que existe consenso en su existencia, ya el gobernante ha acumulado poder suficiente como para anular la resistencia. Hasta entonces, la energía de los opositores es aprovechada por el régimen, como una toma de judo, para derribarlos al calificarlos como desestabilizadores o antidemocráticos y así restarles credibilidad y apoyo.

Ello permitirá al gobierno avanzar de modo sigiloso sobre algunas áreas o tomar ciertas decisiones que no se conocerán de inmediato, mientras la mayoría de los actos del gobierno se desarrollan con total normalidad.

2) Los avances sobre las libertades de un gobierno originalmente legítimo no se producen simultáneamente en todas las instituciones públicas, en todos los poderes del Estado, en sus órganos de control y en órganos descentralizados. Normalmente, ello no es necesario, pues basta con controlar determinadas oficinas ejecutivas y de recaudación fiscal para lograr el control operativo del gobierno.

Por ello, el gobierno puede operar sobre un puñado de oficinas cuya labor no es conocida, pero que manejan decisiones estratégicas en lo que se refiere al ejercicio del poder político y el manejo de los fondos públicos, sin que los habitantes en general adviertan nada irregular en la marcha del gobierno.

3) Por un prejuicio ideológico fuertemente arraigado, la iniciativa privada será interpretada como posiciones individualistas o contrarias a los intereses del pueblo, de modo que solo se dará cabida a la iniciativa generada dentro de las propias instituciones públicas. Entonces, con el manejo discrecional de los fondos públicos y acceso directo a los medios de comunicación, sumado a un avance sobre aquellas áreas estratégicas, el grupo en el gobierno podrá pretender que se discuten y acuerdan medidas que en realidad son tomadas por ellos en soledad.

Las críticas que puedan producirse a esas decisiones desde instituciones privadas independientes serán vistas como antidemocráticas o que responden a los intereses de ciertos grupos económicos poderosos, por obra de los argumentos mencionados en el punto anterior: el gobierno elegido por el pueblo es la representación última de toda la sociedad y cualquier crítica de un sector a una decisión de ese gobierno será considerada un atentado directo contra la democracia.

4) Como vimos, mientras una dictadura tradicional produce la ruptura completa con el régimen constitucional imperante, un gobierno autoritario de base democrática supone mantener inalterable en buena medida el esquema constitucional, produciendo modificaciones tan solo en aquellas áreas que son importantes para acumular poder político y económico. En los demás asuntos que no se vinculan con su interés directo, el gobernante autoritario tendrá incentivos para que las cosas funcionen bien, lo que será bueno para mantener su imagen, conservar la adhesión de la gente y sostener el engaño. Por ejemplo, que no se incremente el nivel de criminalidad, que se construyan caminos, que no haya desocupación, serán metas deseables. Esto es, que la gente esté contenta, mientras también él lo está.

Por ese motivo, cuando alguien critica una medida tendiente a acumular poder personal, el gobierno tratará engañosamente se hacerlo pasar por una crítica hacia una acción de gobierno que ha tenido aspectos exitosos. La distinción entre la marcha institucional general del país y las decisiones del gobernante para acumular

poder en su propio provecho se desdibuja hasta un punto que frecuentemente el gobernante podrá desviar los ataques hacia su persona, como ataques hacia un logro en algún área del gobierno.

Nuevamente, los esfuerzos de ciertas personas por hacer notar esos desvíos de poder serán utilizados, a través de este engaño, como una toma de judo en su contra.

5) Los incentivos de los funcionarios varían, pues al no tratarse de un gobierno ilegítimo en su origen, algunos podrán aprovechar las ventajas de mantenerse fieles a los intereses del grupo gobernante, sin pagar en el futuro los costes de pertenecer a una dictadura.

Por lo tanto, muchos intentarán conservar los privilegios propios de su empleo, exteriorizando lo menos posible su apoyo, y justificarán dicho apoyo en la legitimidad de origen del gobierno que le dio el trabajo. Es más fácil para un funcionario de la segunda o tercera líneas explicar su pertenencia a un gobierno de origen democrático y constitucional que a una dictadura armada, no obstante que en ambos casos cumpla la misma función.

6) Existe una distinta percepción ciudadana respecto de la naturaleza del gobierno. En una dictadura tradicional, mantenida por la fuerza, las personas no tienen dificultad en advertir que se trata de un gobierno ilegítimo, y a partir de esa percepción decidirán si están dispuestos a correr los riesgos de enfrentarse o no a dicho gobierno.

En el caso de los regímenes autoritarios de base democrática la percepción de ilegitimidad no es tan evidente. Por lo tanto, así como respecto de una dictadura tradicional la cuestión fundamental para iniciar la lucha es la pérdida del miedo, respecto de un régimen autoritario de base democrática el punto de partida es la percepción de que el gobierno ha perdido su legitimidad de origen.

Ante la admisión objetiva de que se está frente a una dictadura, la decisión personal de enfrentarla o no será tomada por cada persona siguiendo sus propios valores, y quizá con la guía de las señales que pueda recibir del ambiente respecto de los riesgos de tomar esa decisión. Pero en el caso de un régimen autoritario de base

democrática, el ejercicio mental es doble: cada persona tendrá que evaluar, en primer lugar, si se está o no ante un régimen autoritario y luego si se justifica o no enfrentarse a él.

Esto obliga a que quienes estén dispuestos a evitar que el gobierno avance sobre las libertades individuales sean muy claros al explicar en cada acto por qué ese gobierno que fue elegido de acuerdo con el procedimiento constitucional ha dejado de ser legítimo. Del otro lado, normalmente tendrá un aparato publicitado sostenido con fondos públicos para desactivar las críticas y denostar a los críticos.

7) Una dificultad conceptual será la percepción que la gente tenga sobre la diferencia entre lo legal y lo legítimo. Una serie de decisiones del gobernante serán legales, en el sentido de que contendrán las formalidades institucionales requeridas (tales como ser sancionada a través de una ley del Congreso, o un decreto refrendado por los Ministros correspondientes, etc.), pero ello no convierte a la decisión en legítima, si su objeto excede las facultades que la Constitución le otorga.

Entender que un presidente elegido democráticamente tiene muchos límites a su acción de gobierno requiere de un esfuerzo de abstracción y análisis respecto de cuál es el objetivo y justificación del gobierno y en qué radica la supremacía de los derechos individuales. Muchas personas no están inicialmente dispuestas a hacer ese esfuerzo y prefieren aceptar que el presidente, por el hecho de haber ganado una elección, puede actuar en forma más o menos discrecional.

8) Cuando se enfrenta una dictadura tradicional, no será difícil que quienes están dispuestos a enfrentarla se vinculen entre sí y terminen organizándose de alguna manera eficiente. El profesor Sharp llama la atención en sus escritos sobre la importancia esencial de la organización y coordinación de las actividades, el desarrollo programado de distintas etapas de la estrategia, la distribución de roles, etc.

En el caso de la resistencia no violenta a un régimen autoritario de base democrática, posiblemente se dificulte poder consensuar una estrategia común entre los opositores que, como se dijo, tienen percepciones diferentes sobre el alcance e intenciones del gobernante o sobre la inminencia o no del peligro para las libertades individuales.

2. Objetivos de la estrategia general

No obstante las dificultades que supone la resistencia no violenta a un gobierno autoritario de base democrática, también se pueden apreciar algunas ventajas, comenzando por el hecho de que los actos no violentos de oposición política producidos en el marco de instituciones republicanas es más difícil de combatir por el gobierno que un enfrentamiento armado.

En la lucha armada, el gobierno generalmente tiene ventajas debido a que maneja el ejército, la logística administrativa y los recursos económicos. Pero la resistencia no violenta implica una multiplicidad de estrategias, tácticas y métodos que terminan por desgastar al gobernante. Y muchas veces los mismos recursos utilizados de modo diferente tienen un efecto superior.

Esta resistencia no debería tener como finalidad exclusiva el derrocamiento de un gobierno autoritario. Por el contrario, se la puede concebir como un ejercicio permanente de protección de la libertad, que incluya varios objetivos:

- 1) Evitar que un gobierno constitucional y legítimo se torne autoritario. Para ello deberá velar, en épocas de normalidad, por la buena marcha y fortalecimiento de las instituciones republicanas y aquellas otras instituciones públicas y privadas que sirven de colchón o límite al poder del ejecutivo.

- 2) Combatir todos los avances del gobierno que intenten neutralizar los organismos de control o acumular poder de manera ilegítima, con mayor intensidad en la medida en que se intensifique la búsqueda del poder.

3) Al mismo tiempo que se combate al gobierno ilegítimo, buscar el surgimiento y fortalecimiento de instituciones intermedias que contribuyan a reforzar las relaciones entre las personas y neutralizar los intentos de abuso del poder estatal.

4) Finalmente, si todo ello no permite evitar la concentración de poder y la conversión del gobierno en una dictadura armada, la resistencia no violenta se transformará en estrategia de lucha contra él.

A partir de estos objetivos, será necesario elaborar estrategias particulares subordinadas a la general, acciones que se disparen automáticamente cuando el gobierno avance en su acumulación de poder en una dirección determinada, tácticas y métodos particulares para cada una de las áreas en las que el gobierno intente avanzar en forma ilegítima; coordinar grupos para cada una de estas actividades, etc.

Será esencial determinar quién y de qué modo encarará la conducción y elaboración de esa estrategia. En esa labor, probablemente haya un trabajo previo de consensuar una acción conjunta entre algunos partidos políticos que se opongan a los avances antirepublicanos y organizaciones privadas que tengan experiencia en los controles a distintas actividades del gobierno. Probablemente los medios de prensa independientes y las redes sociales puedan cumplir un papel importante de cohesión y difusión de esos acuerdos iniciales.

Como la labor preventiva será permanente, es probable que tales instituciones privadas ya estén realizando un monitoreo y control en el momento en que el gobierno comience con sus maniobras de acumulación de poder.

Hay que tener presente que una de las principales funciones de los organizadores de la estrategia de resistencia no violenta será evitar la atomización, que tenderá a producirse por dos motivos: 1) por la acción del gobierno tendiente a dividir a los opositores y a que desconfíen entre sí; 2) la natural tendencia de los opositores a actuar en forma no coordinada e independiente.

Las acciones espontáneas e independientes son útiles, valiosas y contribuyen al resultado final cuando se llevan a cabo en determinadas áreas en las cuales la reacción no previsible de miles de personas supera cualquier planificación. Pero para alcanzar el objetivo de terminar del modo más eficiente posible con el gobierno autoritario, será indispensable la planificación y ejecución de la estrategia, buscando la colaboración y apoyo de los sectores opositores.

Además, a diferencia de las dictaduras tradicionales, en las cuales por definición todo el poder está concentrado en el gobierno, en el caso de los regímenes autoritarios de base democrática el proceso de acumulación de poder es gradual, de modo que se podrá intentar la interrupción de dicho proceso en los primeros momentos o cuando el avance ya sea significativo. En cada caso, las estrategias para enfrentarlo serán distintas, e incluso podrán preverse estrategias alternativas o sucesivas según resulte conveniente.

No es lo mismo, por ejemplo, la estrategia para evitar que se sancione una ley que controle los medios de comunicación o quite independencia al Poder Judicial que la que se desarrollará una vez que dichas leyes hayan sido dictadas y sean aplicadas.

Finalmente, hay que tener presente que, si bien el objetivo final es el de remover al gobernante autoritario, no siempre será una buena estrategia buscar insistente y efectivamente su renuncia. Esto en algunos casos hará que las acciones del gobierno se endurezcan con consecuencias nocivas. A veces, una buena estrategia bien implementada terminará por quitarle al gobierno todos los apoyos, de modo que indefectiblemente caerá, sin necesidad de una confrontación directa.

CAPÍTULO 4

LA PREVENCIÓN DEL AUTORITARISMO DE BASE DEMOCRÁTICA

«Ningún intento o pretensión que se haya llevado a la práctica entre hombres civilizados [...]ha tenido tanta absurdidad, falsedad, insolencia, saqueo, usurpación, tiranía y villanía descarada, como la pretensión de establecer un gobierno por **consentimiento**, y obtener el consentimiento de solamente tantos como fueran necesarios para mantener a los demás en sumisión a la fuerza».

LYSANDER SPOONER

Estos regímenes, por su manera de operar, constituyen formas de criminalidad enmascarada en actividad política. Por lo tanto, como al tratar con la delincuencia común, en el combate a esta forma de concentración espuria de poder la prevención general es fundamental. Así como los costes para la víctima y el resto de la comunidad hacen preferible que un robo no se cometa a que se castigue severamente al ladrón, del mismo modo los costes de la pérdida de los derechos y de su posterior recuperación muestran que es mucho mejor evitar el surgimiento de un gobierno autoritario antes que garantizar su posterior derrocamiento.

Esta tarea de prevención comienza cuando todavía ningún régimen autoritario está en el horizonte, y tiene que ver con varios aspectos de la organización social:

— Respetar el principio según el cual los derechos de los habitantes están por encima de las atribuciones del gobierno, y que la existencia de este último se justifica precisamente en tanto sirva para la protección de aquellos derechos.

— Mantener una distribución lo más amplia posible del poder político y económico entre distintas jurisdicciones políticas y administrativas del país.

— Garantizar el surgimiento y mantenimiento de instituciones intermedias, públicas y privadas, que sirvan como colchón entre el Estado y los individuos.

— Fortalecer las instituciones públicas de control de los actos del gobierno.

— Garantizar la libertad de opinión, expresión, información y acción de los individuos y medios de comunicación de todo tipo y su independencia y prescindencia respecto del gobierno.

En este sentido, se pueden examinar algunas áreas donde una eficiente tarea preventiva podría evitar futuros avances del gobierno en su pretensión por acumular y concentrar poder:

1. La distribución del poder político y económico estatal dentro del territorio

Normalmente, las constituciones prevén formas de descentralizar atribuciones y funciones. En los países federales, ello se produce confiriendo a las provincias o estados buena parte del poder político y financiero. En los países unitarios, tal descentralización involucra la delegación de funciones y atribuciones administrativas, con sus respectivos recursos económicos, hacia las regiones y municipios.

La premisa es que en organizaciones políticas más pequeñas es más fácil controlar la gestión de gobierno y el uso más eficiente de los fondos públicos, así como prevenir la corrupción y abuso de poder.

Ello supone delegar o reconocer en las provincias y municipios las funciones elementales que hacen a la convivencia, incluyendo la seguridad y la justicia, que se pueden organizar a nivel local. De este modo, los habitantes tienen un control más directo sobre cómo se

utilizan sus recursos y cómo se gestionan los asuntos públicos que son más sensibles para su vida cotidiana.

Al mismo tiempo, se elimina el peligro de ver a las provincias, regiones o municipios convertidos en rehenes del gobierno nacional. Cuando los recursos son centralizados, las autoridades locales terminan dependiendo de decisiones más o menos discrecionales del gobierno central, lo que casi nunca resulta gratuito. Un gobernador, alcalde o intendente que no esté en sintonía con el jefe del ejecutivo nacional, difícilmente obtenga recursos para prestar servicios esenciales en su jurisdicción.

Por lo tanto, preservar las formas de descentralización política, administrativa y económica será muy importante para evitar el surgimiento de un régimen autoritario de base democrática.

En este sentido, se pueden mencionar los siguientes puntos donde debería existir una permanente vigilancia para evitar avances del gobierno central:

- La garantía de que las provincias y los municipios puedan ejercer con autonomía sus funciones conferidas por la Constitución y las leyes, sin interferencia del gobierno central.

- Garantizar la independencia de los procesos electorales en las provincias y municipios, con respecto a las elecciones nacionales (por ejemplo, que ambos comicios se produzcan en días diferentes, que el presidente o funcionarios federales no intervengan en las campañas políticas locales, que se respete el surgimiento y desarrollo de partidos políticos locales, etc.).

- Garantizar que las provincias y municipios reciban los recursos económicos que la Constitución y las leyes prevean. En los casos de sistemas centralizados, se deberán observar las formas de distribución previstas por la ley de coparticipación tributaria. En los sistemas federales, se deberá garantizar que las provincias puedan recaudar aquellos tributos que les corresponden, sin interferencia federal.

- Impedir la creación de impuestos nacionales de exportación, especialmente respecto de productos regionales, que puedan atentar

contra el desarrollo económico de determinadas zonas y, de ese modo, puedan ser utilizados como herramientas de presión sobre gobiernos locales.[\[54\]](#)

— Garantizar que la percepción o el mecanismo de distribución de los recursos entre provincias y municipios ocurra en forma automática, sin participación o interferencia de funcionarios federales.

— Garantizar que las decisiones de las autoridades provinciales y municipales, en el marco de sus atribuciones constitucionales, sean respetadas por el gobierno central.

— El presupuesto nacional y la legislación tributaria nacional deberían contemplar una limitación en los gastos que permita, por una parte, una fuerte coparticipación hacia las regiones, provincias y municipios, o en su defecto, liberar buena parte de la materia tributaria para que sea ejercida directamente por las provincias, regiones o municipios.

— Propiciar un sistema de *vouchers* u otros mecanismos por los cuales ciertos servicios que preste el Estado, tales como educación o salud, no sean administrados directamente por el gobierno.

Si bien no puede descartarse que a nivel de provincias o municipios se pueda replicar el peligro de la acumulación de poder que se intenta evitar a nivel nacional, dos circunstancias contribuirían a contrarrestar este peligro: 1) en las estructuras políticas más pequeñas las posibilidades de control de la gestión y manejo de fondos son mayores; 2) cuando existe una distribución de recursos entre varias jurisdicciones, la comparación de gestiones entre una y otra es un indicador importante que permite advertir posibles desvíos o malos manejos en alguna de ellas.

2. Garantizar la independencia de los poderes del Estado

En la clásica división tripartita de poderes, existe una tendencia a que el Ejecutivo se imponga sobre los otros dos. Ahí está el germen de los regímenes autoritarios de base democrática. Es que las razones por las cuales se tiende a justificar la visión de que la

sociedad debe ser reglamentada y dirigida por alguna autoridad única hacen que haya una tendencia natural en la gente a identificar el gobierno con el Poder Ejecutivo.

La primera reacción frente a un problema, es pensar que alguien, de alguna manera, debería resolverlo. La idea de que existen mecanismos o procesos espontáneos de negociación que reacomodan las cosas para minimizar las externalidades negativas, resulta contraintuitivo frente a la preferencia por un gobernante activo que enfrente los problemas y los solucione rápidamente. Como el proceso social es un proceso dinámico, muchas veces no se advierte que esa solución inmediata, tomada por una persona que frecuentemente ignora por completo el problema que debe enfrentar, a la larga tendrá consecuencias contraproducentes y podrá incluso profundizar los perjuicios.

Sin embargo, esta tendencia ayuda a los gobernantes que quieren acumular poder a avanzar sobre los otros poderes sin que ello sea en principio mal visto por la gente.

Por ese motivo, incluso en las constituciones liberales surgidas en América Latina durante el siglo XIX, y a pesar de que se intentaba establecer un balance republicano del poder, el Ejecutivo siempre tuvo preeminencia sobre los demás.[\[55\]](#) Durante el siglo XX y lo que va del XXI, se ha fortalecido notablemente esa idea.

En lo que respecta a la función legislativa, deberá cuidarse de que el Ejecutivo no se entrometa en estas áreas a través de su función de reglamentar las leyes. También se deberá cuidar que no se intenten reformas constitucionales o interpretaciones que permitan al Ejecutivo ejercer funciones legislativas a través de la sanción de decretos legislativos o la lisa y llana delegación legislativa.[\[56\]](#)

De igual modo se deberá evitar la interferencia del Ejecutivo en funciones de control republicano del Congreso, vinculadas por ejemplo con el manejo de las partidas presupuestarias, el otorgamiento de acuerdos a la designación de determinados funcionarios, las funciones de interpelación y juicio político, etc.

Con respecto al Poder Judicial, las formas de interferencia o control por parte del Ejecutivo pueden ser varias, algunas más ostensibles, otras más discretas. Ellas van desde la manipulación del Consejo de la Magistratura o el órgano respectivo de designación y destitución de jueces, la promoción de leyes que interfieran en el funcionamiento del organismo judicial, las trabas a la ejecución de determinadas sentencias; hasta la lisa y llana operación sobre los jueces, sea para lograr su cooperación o para amedrentarlos.

En este tema también será importante discutir, en épocas de normalidad institucional, la conveniencia de crear una «policía judicial» que dependa o bien del Poder Judicial o bien del Ministerio Público, lo que permitiría a jueces e investigadores contar con un brazo auxiliar para el cumplimiento de sus resoluciones que no dependa directamente del Poder Ejecutivo.

3. El control del presupuesto nacional y la política monetaria

La ley de presupuesto es quizá la ley más importante que anualmente se dicta en el país. Aunque formalmente es una ley, tiene ciertas particularidades: a) debe necesariamente sancionarse todos los años para justificar las inversiones, gastos y acciones del gobierno; b) se discute a partir de un proyecto enviado por el Poder Ejecutivo donde calcula los recursos que presume recaudar y los gastos que propone realizar en cada área del gobierno.[\[57\]](#)

Para los ciudadanos, la ley de presupuesto es esencial porque les indica muchas cosas: 1) cuál será la acción de gobierno para el año siguiente (esto es, si se harán inversiones en infraestructura o se incrementarán los salarios de los agentes públicos, si se invertirá esencialmente en administración de justicia, o en seguridad, o en educación, etc.); 2) cuál será el nivel de la presión tributaria sobre los contribuyentes; 3) si es posible presumir que el presupuesto tendrá déficit y en todo caso cómo se cubrirá (con nuevos impuestos, con endeudamiento interno o externo, con emisión monetaria o inflación).

Un ciudadano podría hacer un cálculo coste-beneficio de su gobierno, a partir de esa ley, evaluando si lo que le costará el gobierno en impuestos se justifica en relación con los servicios que presuntamente le proporcionará.

Esta ley ha sido considerada como una garantía para los habitantes. Por ello, por una tradición inglesa, en varios países cuyo parlamento es bicameral, es la cámara baja (diputados, comunes, representantes) la que tiene la iniciativa para la discusión del presupuesto, por ser la que se elige proporcionalmente en forma directa por los contribuyentes.

Sin embargo, un gobierno que aspira a utilizar los fondos públicos para su propio beneficio o la construcción de poder, podrá realizar una serie de acciones tendientes a manipular la ejecución del presupuesto, que será muy importante impedir en forma preventiva:

- Elaborar presupuestos que no sean suficientes y que justifiquen en el futuro la discusión de incrementos o complementos.

- Elaborar presupuestos que no puedan ser satisfactoriamente cubiertos por los recursos normales, lo que autorice en el futuro a implementar nuevos impuestos u otras formas de endeudamiento.

- Disponer erogaciones que, bajo la fachada de gastos normales vinculados con ciertas obras públicas, asistencia social, etc., encubran inversiones en acumulación de poder, compra de lealtades, propaganda política, perjuicio a opositores, etc.

- Lograr que, con la excusa de una mayor eficiencia en la gestión, se autorice a algún funcionario del ejecutivo (sea el propio presidente, un ministro, jefe de Gabinete, etc.), a alterar el destino de las partidas presupuestarias, de modo tal que en el futuro, sin control parlamentario, se puedan desviar fondos, por ejemplo, de la seguridad o justicia, hacia obras públicas, gestión general, publicidad del gobierno u otras áreas desde las cuáles el dinero se use para incrementar su poder y comprar lealtades.

- Disponer que muchas reparticiones estatales descentralizadas dedicadas a la producción de bienes o provisión de servicios posean presupuestos autónomos no integrados al Presupuesto General.

Por este motivo, es imprescindible que la discusión anual del presupuesto de gastos y la rendición de cuentas del período anterior sea profunda, se preste mucha atención a ella, y se le pongan allí los primeros límites al gobierno respecto del uso de los recursos de los ciudadanos, y que durante la ejecución del presupuesto se impida cualquier intento del gobierno por alterar lo aprobado por el Congreso. Esta cuestión se vincula con el punto anterior, pues en un primer momento el gobierno intentará cooptar voluntades de legisladores para aprobar una serie de leyes importantes para sus planes, entre ellas, la ley de presupuesto.

Del mismo modo, será importante monitorear permanentemente las actividades del Banco Central, en especial en lo que hace a su función de establecer la cantidad de moneda circulante, así como la posibilidad de que se convierta en financista del déficit del presupuesto por esa vía.

Probablemente, cuando tenga problemas de ejecución presupuestaria como consecuencia de desvío de fondos hacia actividad partidaria, el gobierno intente paliar ese déficit recurriendo a la emisión monetaria a través del Banco Central.

En la medida en que el Banco Central no desarrolle una política independiente del gobierno, podrá convertirse en proveedor de dinero fresco para sostener los gastos vinculados con la construcción del poder, y al mismo tiempo generar un proceso inflacionario altamente perjudicial para todos los habitantes del país, del cual luego se echará la culpa a enemigos imaginarios, como los comerciantes inescrupulosos y los grupos económicos privados.

4. Fortalecimiento de las instituciones públicas y privadas destinadas a controlar al gobierno

Más allá de la tradicional división tripartita del gobierno, existen normalmente, ya sea dentro de cada poder o como organismos autárquicos extra-poder, una serie de oficinas cuya labor es la de supervisar, controlar y eventualmente denunciar irregularidades cometidas en cualquier dependencia del Estado.

Esta es la primera línea de defensa frente al avance del gobierno sobre las libertades, por lo que resulta esencial identificar los organismos públicos y privados de control, monitorear su funcionamiento, establecer alertas tempranas frente a cualquier actividad gubernamental tendiente a debilitarlos o cooptarlos.

Durante épocas de normalidad institucional, será esencial evaluar a las personas que son designadas para ejercer esas funciones y el modo en que se desempeñan. Si se intenta la acumulación de poder por parte de un gobierno, esas personas y esos organismos serán los primeros muros de contención, y allí es donde se verán las primeras señales de avance del gobierno sobre la república.

Tanto los organismos de control como los funcionarios a cargo no son frecuentemente conocidos por los ciudadanos, de modo que cuando comienzan las presiones por parte del gobierno central (que normalmente son reservadas, expresadas a través de llamados telefónicos o visitas de ministros o altos funcionarios), es probable que el responsable se vea tentado a ceder ante presiones para no controlar —que generalmente no tendrán trascendencia pública— antes que enfrentarse con el grupo que maneja el poder del Estado. Pero si tanto el organismo como el funcionario adquieren relevancia pública (al menos en el ámbito periodístico y entre instituciones privadas dedicadas al estudio del funcionamiento del gobierno), su descuido del control exigido por la ley podrá ser advertido de inmediato y expuesto a la consideración pública, lo que producirá una modificación sustancial en el orden de sus incentivos.

Entre las acciones del gobierno para impedir el eficiente funcionamiento de los organismos de control se podrán advertir las siguientes:

- Influir en la designación de los funcionarios a cargo de esas oficinas.

- Presionar a los funcionarios para que no controlen.

- Modificar la estructura administrativa para colocar, por encima de esos funcionarios, a algún ministro u otra autoridad que a su vez los supervise, y eventualmente neutralice.

- Quitar apoyo económico o logístico a esos organismos, para que no puedan funcionar eficientemente.
- Presionar sobre los organismos que deben actuar como consecuencia de las irregularidades advertidas por esos controles, a fin de que retarden o no cumplan las órdenes.

5. Libertad para la formación y desarrollo de instituciones privadas de todo tipo que actúen con independencia del gobierno

Los intercambios libres y voluntarios de las personas, la toma de decisiones y la implementación de planes a largo plazo descansan en una serie de procesos que pueden ser englobados genéricamente bajo el concepto de «instituciones».

Tradicionalmente, esta palabra fue identificada con algún tipo de organización más o menos compleja y deliberadamente construida para cumplir determinada función en la sociedad.[\[58\]](#) Sin embargo, una visión económica y dinámica permite advertir que las instituciones se refieren más a procesos de cooperación o interacción voluntaria entre personas que a organizaciones.[\[59\]](#)

Desde esta perspectiva, instituciones son todos los procedimientos, reglas de conducta, acuerdos contractuales, costumbres y también organizaciones que aparecieron, crecieron y se modificaron a través de acuerdos voluntarios entre las personas con el propósito de definir del mejor modo posible los derechos de propiedad y reducir los costes de transacciones. En este sentido, son las reglas de juego de la sociedad las que facilitan la interacción humana.[\[60\]](#)

En general estas reglas comienzan siendo espontáneas e informales, y en la medida en que resultan eficientes para lograr su finalidad, se generalizan al punto de ser sancionadas luego de manera formal a través de la legislación. Buena parte de las formas contractuales, de los esquemas de responsabilidad por daños, de los procedimientos judiciales, la moneda, etc., han sido prácticas privadas libres y voluntarias que, al demostrar su eficiencia para

definir derechos y disminuir costes de transacción, perduraron y se convirtieron en instituciones formales.

Por ello Hayek explicó que el propio término «institución» induce a error, pues sugiere algo deliberadamente construido e impuesto. Sostiene que sería preferible reservar dicha palabra para contribuciones concretas, como las leyes o las organizaciones que han sido creadas con un propósito específico, y utilizar en su lugar un término más neutral, como «formaciones», para aplicarlo a fenómenos que, como el dinero o el lenguaje, no han sido así creados.[\[61\]](#)

Esta aclaración resulta importante para no olvidar que buena parte de las complejas y numerosas relaciones que se producen en una sociedad, se llevan a cabo a través de este tipo de instituciones que no son producto de ningún gobierno o legislador ni pueden ser exitosamente controladas por ellos. El desarrollo y fortalecimiento de estas instituciones, a la par que contribuye a un intercambio más eficiente, disminuye el poder e importancia del propio gobierno. Por eso no es extraño advertir que un grupo gobernante con ansias de acumular poder y perpetuarse tendrá bastante interés en debilitar y neutralizar muchas instituciones privadas y sustituirlas por disposiciones, mandatos o legislación elaborada y controlada por el propio grupo.

Los medios por los cuáles el gobierno intentará avanzar en la neutralización de las instituciones privadas espontáneas podrán ser:

- Entorpecer o dificultar el surgimiento y desarrollo de estas instituciones, a través de reglamentaciones, controles, necesidad de autorizaciones o complicadas condiciones para su funcionamiento.

- Neutralizarlos y eliminarlos a través del otorgamiento de subsidios, monopolios o privilegios a algunas de ellas que respondan al grupo en el poder.

- Su lisa y llana prohibición y sustitución por agencias del Estado que realicen esas tareas bajo el control directo del gobierno.

Estas instituciones, además de ser el modo en que se canalizan todas las relaciones sociales y constituir un colchón entre los

individuos y el poder del Estado, cumplen la importante tarea de contribuir a la estabilidad de la comunidad ante los vaivenes de la actividad política. Las consecuencias de ese proceso de surgimiento de un gobierno que se vuelve autoritario, luego dictatorial, y tras su enfrentamiento con la comunidad cae, serán menos traumáticas si durante su transcurso se logra mantener independientes ciertas instituciones, a partir de las cuáles la reconstrucción de las relaciones interpersonales sea más sencilla.

6. Defensa de la libertad de prensa, de expresión y opinión, incluyendo todos los medios por los que se manifiestan y difunden

Otro elemento a monitorear en tiempos de normalidad es el libre acceso, creación, comercialización y operación de todos los medios de prensa y difusión, a través de cualquier soporte, así como los accesos a diversas plataformas de comunicación, como es fundamentalmente internet.

Es probable que en los primeros tiempos, en forma velada, el grupo en el gobierno que quiere afianzar su poder intente concentrar los medios de comunicación, difusión y prensa a través del control del Estado. Los mecanismos para producir ese efecto son variados: van desde la sanción de leyes que traten de controlar o reglamentar dichas actividades con la excusa de evitar la supuesta concentración económica, el empleo de dineros públicos para publicidad oficial que es distribuida discrecionalmente entre aquellos que se muestran proclives al gobierno, el pago directo de sobornos a propietarios o directores o incluso a periodistas, etc. También incluirá el uso de testaferros o empresarios amigos para comprar medios de difusión que luego serán financiados con publicidad oficial.

Otra forma en que intentarán neutralizar la crítica será el control de las «redes sociales», lo que se pretenderá producir a través de leyes que reglamenten el uso o el acceso a contenidos de internet. En este sentido, es bueno recordar que, aun en el enfrentamiento popular a dictaduras tradicionales y violentas, en los últimos tiempos

las redes sociales cumplieron un papel fundamental en facilitar la difusión de información objetiva.

Podría decirse que lo que la segunda enmienda a la Constitución de los Estados Unidos significó en importancia para garantizar la resistencia armada ciudadana a un gobierno dictatorial hace más de dos siglos, hoy lo representa el libre acceso a internet para la resistencia no violenta a regímenes autoritarios.

Por lo tanto, en épocas de normalidad institucional, habrá que estar atento a que se detecten actividades gubernamentales tendientes a vulnerar la libertad e independencia de la prensa en todas sus variantes y del libre acceso a internet y otras formas de comunicación. En una época en la cual la tecnología ofrece una cantidad casi ilimitada de alternativas de difusión de ideas, no debería caerse en la trampa de justificar la intervención estatal producida con la excusa de regular el mercado para garantizar la competencia, que suele invocarse para esconder el verdadero propósito de avanzar en el control de los medios.[\[62\]](#)

Entre las acciones que el gobierno puede iniciar para avanzar sobre la libertad de expresión, prensa y comunicación, se pueden mencionar las siguientes:

- Propiciar legislación reglamentaria tendiente a interferir en el ejercicio de la prensa, tanto en su faz individual como en la empresarial.

- El manejo y distribución discrecional de las licencias para estaciones de radio, televisión, periódicos, revistas y proveedores de internet.

- Promover legislación que regule la provisión del servicio de internet e interfiera en el acceso a los contenidos publicados en sitios privados.

- Adquirir medios de comunicación a través de testaferros.

- Presionar o comprar voluntades, tanto de periodistas como de dueños de medios de comunicación.

- Manejo discrecional de fondos públicos para publicidad del gobierno, que solo serán entregados a aquellos medios que apoyen al gobernante y escondan las críticas.

- Reglamentar ciertas prácticas comerciales, disponiendo prohibiciones a la publicidad a través de los medios que actúen como modo de estrangularlos económicamente y hacerlos dependientes de la publicidad oficial.

7. El control de los sistemas electorales y de los comicios

Lo que confiere legitimidad a un gobierno democrático que luego pretende convertirse en autoritario, es ganar una elección. Por lo tanto, resulta esencial garantizar que el proceso electoral sea lo más transparente y libre posible. La legislación electoral debería ser discutida con seriedad y luego mantenida en el tiempo, sin producir variaciones en vísperas de comicios que pudieran favorecer a alguno de los grupos en pugna.

Existen varios medios por los cuales se puede manipular una elección. Cuando es el propio gobierno en ejercicio el que lo intenta, ve facilitada su tarea. Por eso es importante que el procedimiento electoral ponga la mayor cantidad posible de trabas preventivas para evitar este tipo de maniobras.

En el caso de los comicios propiamente dichos, la labor de asociaciones privadas que convoquen a los ciudadanos a presentarse como fiscales independientes en las elecciones puede ser muy importante para evitar el fraude en algún tramo del acto comicial. También el surgimiento de mecanismos independientes a las autoridades para supervisar el conteo de los votos en todas las instancias.

Entre las actividades que el gobierno podrá llevar a cabo para manipular en el futuro el proceso electoral, se pueden mencionar:

- Propiciar reformas electorales que hagan más difícil el surgimiento de nuevos partidos o candidaturas independientes, haciendo de este modo que la actividad política se convierta en un

oligopolio de unos pocos partidos que se ven libres de competidores potenciales.

- Utilizar mecanismos de sufragio que faciliten el fraude, ya sea en los lugares de votación, durante el posterior recuento de votos o en la preparación de los resultados finales.

- Desviar fondos públicos para su uso en el proceso electoral, sea a través de pagos a punteros políticos, otorgamiento de fondos para obras públicas en jurisdicciones importantes, enmascarando propaganda política a través de la inauguración de obras públicas en vísperas de los comicios, o el liso y llano uso de fondos públicos para pagar campañas publicitarias del gobernante.

- Establecer límites a las campañas políticas que reduzcan la visibilidad pública de los partidos opositores, mientras el gobierno continúa su tarea proselitista disfrazada de gestión pública.

CAPÍTULO 5

EL INCREMENTO DEL PODER Y LA OBEDIENCIA AL GOBIERNO

Cobardía y no violencia no se mezclan.

GENE SHARP

Al preparar una estrategia de resistencia no violenta a un gobierno autoritario, resulta fundamental evaluar el nivel de apoyo que ese gobierno tenga, sea de los ciudadanos en general, de aquellos que colaboran directa o indirectamente con la prestación de servicios esenciales para el funcionamiento del gobierno, y de quienes ocupan cargos de dirección o decisión.

Como dijimos, ningún gobierno puede funcionar si no cuenta con personas que presten servicios y realicen actividades específicas. Tampoco resulta posible que un régimen de origen democrático que avanza hacia el autoritarismo se abstenga por mucho tiempo de utilizar abiertamente la violencia si no cuenta con una cantidad razonable de apoyo ciudadano.

En las primeras etapas, la resistencia no violenta será fundamentalmente un combate de argumentos, de convencimiento, de mostrar las intenciones y de persuadir a un número cada vez mayor de ciudadanos de que ese gobierno, aun cuando haya tenido un origen legítimo, va perdiendo autoridad en la medida en que avanza en la acumulación de poder por medios ilegítimos.

En definitiva, mientras que el gobierno autoritario intentará mantener un importante nivel de aceptación popular a su gestión mediante el uso de los fondos públicos o la propaganda oficial, quienes se opongan a él deberán realizar su tarea de exponer a la luz sus objetivos ilícitos en inferioridad de condiciones.

Ello nos lleva a examinar dos situaciones distintas de personas que enfrentan la decisión de apoyar o no a un gobierno que comienza a tener actitudes autoritarias: la del ciudadano común y la del agente del gobierno.

1. Situación del ciudadano

Cada ciudadano tiene su propia percepción sobre la marcha del gobierno, que depende de sus propios criterios, valores e intereses, de su posición en la sociedad y del nivel de información e interés por informarse que posea.

Posiblemente, en algún momento las señales del desvío del gobernante hacia la acumulación espuria de poder comenzarán a ser visibles. Cada uno evaluará estas señales de acuerdo con su criterio y a la luz de sus valores: algunos preferirán negarlas, otros enfatizarán su importancia. Para definir su actitud frente a esta situación, tendrán influencia varios factores:

- La coincidencia o rechazo que cada ciudadano tenga respecto de la ideología invocada por el gobierno (en la medida en que el gobierno base su acción en alguna ideología en especial).

- La conveniencia de la acción general del gobierno para sus propios intereses económicos o de otra índole (por ejemplo, que el gobierno tenga una política de «fronteras cerradas» que beneficie a productores locales y perjudique a aquellos que necesitan insumos).

- La mayor o menor aversión a la pérdida de la libertad, que los haga valorar de distinta manera los avances del gobierno sobre sus derechos.

- El mayor o menor interés por los asuntos de gobierno y el consecuente acceso a la información sobre cuestiones políticas.

- En general, la mayor o menor simpatía que el gobierno, o en particular el presidente, despierte en él.

Estos y otros factores harán que las personas adopten distintas actitudes frente a hechos objetivos concretos, como el avance del gobierno sobre organismos de control, el manejo arbitrario de

fondos públicos o el enriquecimiento ostensivo e injustificado de algunos funcionarios. Quienes tengan una visión positiva del gobierno tenderán a minimizar los hechos negativos y a descreer en los críticos, invocando teorías conspirativas. En cambio, quienes sostengan una percepción negativa, posiblemente estarán más atentos a advertir las señales del avance gubernamental sobre las libertades.

En este contexto, se pueden distinguir tres circunstancias que influirán en la percepción de cada ciudadano. Aclaro que pondero estas circunstancias, presuponiendo que el gobierno está adoptando medidas tendientes a una ilegítima acumulación de poder:

1) El peso que tenga, en su concepción filosófica, la circunstancia de que el gobierno sea el producto de una votación democrática. Si la convicción de que el gobierno democrático debe ser respetado a rajatabla es muy fuerte, tenderá a justificar sus acciones, sin admitir en un primer momento que sus intenciones sean las de convertirse en autoritario.

2) La evaluación personal de coste-beneficio que supone apoyar u oponerse al gobierno. En este sentido, es posible examinar las dos alternativas a la luz de los tres elementos básicos presentes en todo análisis económico de este tipo:

I. En el caso en que la persona analiza las ventajas de obedecer al gobierno autoritario (o) los tres elementos a ponderar son: 1) El beneficio que espera obtener en caso de obediencia (b); 2) el coste frente a terceros que se producirá como consecuencia de esa obediencia (c); y 3) la probabilidad de que esa ventaja y esos costes se materialicen (p , p').

En este supuesto, la obediencia será más probable cuando la ventaja que espera obtener de dicha obediencia, vinculada con la probabilidad de que esa ventaja se materialice, superan a los costes presentes o futuros por oponerse al régimen, unidos a la probabilidad de que dichos costes se efectivicen:

$$o = b.p > c.p'$$

II. La otra situación es la de quien evalúa la posibilidad de desobedecer al gobierno (d). En estos casos, los tres elementos a ponderar son: 1) El beneficio que puede esperar de su desobediencia (b); 2) la sanción que puede recibir por su desobediencia (s); y 3) la probabilidad tanto de que se materialice el beneficio como de que se ejecute la sanción (p, p').

En este caso, la desobediencia tenderá a producirse cuando la ventaja que espera obtener con su desobediencia, unida a la probabilidad de que dicha ventaja se produzca, supere a la sanción que puede recibir del gobierno por su desobediencia, unida a la probabilidad de que se aplique dicha sanción:

$$d = b.p > s.p'$$

Cada una de estas variables tiene componentes objetivos (por ejemplo, la recompensa esperada por la obediencia o el castigo esperado por la desobediencia) y componentes subjetivos, vinculados con la percepción propia del sujeto sobre las circunstancias que permitirán que se produzca cada una de ellas.

3) Finalmente, será importante evaluar la mayor o menor aversión al riesgo, elemento común a todo análisis económico de este tipo, y como elemento específico, la mayor o menor aversión a la pérdida de libertad. Personas más temerosas al castigo o sanción posiblemente tendrán mayor predisposición a obedecer; personas que valoran mucho el respeto a sus derechos y su libertad quizá estén más dispuestas a desobedecer. En todo caso, será determinante que la percepción de los perjuicios ocasionados por el gobierno sea de tal magnitud que mueva a cada persona a dejar de lado la comodidad de la obediencia, y comience a luchar por sus derechos. En general, las personas sensatas y pacíficas no toman este tipo de decisiones a la ligera, y solo lo hacen luego de un meditado análisis.[\[63\]](#)

Además, el grado de convicción del opositor al régimen debe ser profundo, ya que, en los primeros tiempos y hasta que la oposición se vuelva generalizada, será considerado como un delincuente, un subversivo del orden democrático, respecto de quien el gobierno que

posa aun de ser legítimo se considerará autorizado para ejercer la fuerza aplicando la legislación ordinaria.

No debe olvidarse que, mientras los opositores utilizan métodos no violentos, los gobiernos pueden responder con medidas violentas justificadas en la legislación (detención, sometimiento a proceso penal, represión policial a manifestantes, etc.), y muchas veces se esperará que lo hagan, pues para los luchadores contra el régimen la represión significa el reconocimiento de la seriedad del movimiento. [64] Por eso, deberá ser un tema esencial en la elaboración de la estrategia y tácticas de la resistencia evitar la confrontación directa con las fuerzas del gobierno, y en cambio utilizar métodos que produzcan efectos sin dicha confrontación, a la manera de las llaves de judo a las que se refiere Sharp.

Un punto clave para lograr que la ecuación se incline hacia la resistencia no violenta a un gobierno autoritario es la neutralización del miedo. «Cobardía y no violencia no se mezclan». [65] Ese miedo se va diluyendo en la medida en que la participación ciudadana comienza a ser masiva y a lograr algunos resultados. Por eso, el primer paso al encarar el enfrentamiento a un régimen autoritario es generar una confianza lo más generalizada en la gente de que la lucha vale la pena a pesar del riesgo. [66]

En este sentido, la estrategia general deberá prever que se brinde la mayor protección que sea posible a aquellas personas que, por su posición en el esquema de resistencia, se exponen con mayor riesgo a las eventuales represalias del gobierno.

En definitiva, para enfrentar a un gobierno autoritario de base democrática, es esencial quitarle apoyo popular y a la vez incrementar la protesta ciudadana en su contra. Ello requerirá que la estrategia se dirija hacia tres fines fundamentales:

— Eliminar el justificativo moral que en principio se otorga al acatamiento irrestricto de las decisiones de un gobierno democrático al explicar las razones de por qué, a pesar de la legitimidad de origen, ese gobierno se volvió autoritario.

— Disminuir la ventaja al acatamiento y generar preferencias por la resistencia (lo que se logrará fundamentalmente cuando se produzca un creciente convencimiento de que el régimen no podrá mantenerse durante demasiado tiempo más).

— Neutralizar el miedo, minimizar la aversión al riesgo de represalias y estimular la aversión a la pérdida de la libertad y de los derechos.

2. Los agentes del gobierno

En el otro costado del análisis está la reacción de los agentes del gobierno. Los gobiernos se mueven a través de la gestión burocrática, una estructura piramidal donde los agentes generalmente se limitan a cumplir reglas detalladas, establecidas por la autoridad superior. La tarea del burócrata consiste en ejecutar lo que esas reglas le ordenan hacer. Su discrecionalidad para actuar según su mejor criterio se encuentra seriamente restringida por ellas.^[67] Por tal motivo, el aparato estatal puede ser dividido entre el grupo que detenta el poder de decisión, establece las reglas y da las órdenes, y la burocracia que las ejecuta.

El núcleo central de la lucha contra el autoritarismo se enfoca en quitar apoyo a quienes dan las órdenes; no es eficiente ni inteligente gastar las energías enfrentando a la burocracia que las cumple. A los agentes de esa burocracia, por el contrario, será esencial convencerlos de que quiten su apoyo y no ejecuten las órdenes.

Una de las características psicológicas de la resistencia no violenta es que produce en los agentes del régimen un fuerte impacto de carácter moral. Cuando los opositores se manifiestan como personas comunes que luchan por sus derechos de manera no violenta, en lugar de bandas organizadas de sujetos encapuchados y armados que lastiman gente y destruyen propiedad pública y privada, probablemente existirá en los agentes del gobierno cierta resistencia a enfrentarlos de manera directa y pública.

Advertir la legitimidad del conflicto, y la moralidad de las acciones de los opositores hará que los funcionarios teman por las

consecuencias que puedan sufrir tras la caída del régimen. Cuando la convicción de los combatientes es muy fuerte y se guían por una férrea disciplina, se generará en muchos agentes la idea de que será imposible vencer a dicha oposición.

Por otro lado, quienes se encuentren en el margen entre acatar las órdenes del gobierno y no hacerlo, se verán impulsados a esto último en la medida en que adviertan que los opositores actúan sobre la base de legítimos derechos.

Especialmente respecto de gobiernos democráticos que avanzan hacia el autoritarismo, en los cuáles la línea entre lo legítimo y lo ilegítimo tiende a desdibujarse en los primeros tiempos, la acción de los defensores de la libertad será esencial para marcar los conflictos morales y legales que enfrentan los agentes del régimen. Esta tarea de educación y exposición de contradicciones podrá provocar un drenaje de funcionarios del gobierno que se pasen a la causa de la libertad.[\[68\]](#)

Los agentes del gobierno tienen una serie de incentivos para permanecer fieles al régimen:

- Los beneficios económicos (sus salarios, seguros médicos, régimen jubilatorio y los privilegios que obtengan de su cargo).
- Los beneficios de la protección que reciben por su pertenencia al aparato estatal.
- La convicción personal que puedan tener respecto de las bondades del gobierno para el cual trabajan.
- Posiblemente la circunstancia de que llevan quizá décadas haciendo ese mismo trabajo para anteriores gobiernos que respetaron el orden constitucional.

La estrategia general deberá concentrarse en la evaluación de estos elementos, y en contrarrestar estos incentivos, incrementando los contrarios. Para ello, deberá clasificar los distintos tipos de agentes:

- 1) Aquellos funcionarios o empleados del gobierno que detentan cargos políticos por partidos de la oposición, o que ejercen funciones

en los organismos extra-poder de control a los actos del gobierno.

2) Los meros empleados que cumplen órdenes, que no tienen facultades decisorias en la pirámide burocrática, y que no realizan tareas que puedan ser consideradas en principio ilegítimas.

3) El mismo tipo de empleados, pero cuyas funciones ya rozan o cruzan directamente el límite de la legalidad (ejecutores de represión violenta, censura, violación de propiedad privada, colaboradores en actos de corrupción, etc.).

4) Los funcionarios con poder decisorio en tareas tanto legítimas como ilegítimas del gobierno.

5) Los artífices del mando político, militar y económico del régimen.

Respecto de cada uno de estos grupos deberán elaborarse distintas estrategias, pues tanto el grado de su reprochabilidad como sus incentivos para trabajar para el gobierno varían de grupo en grupo.

En un esquema similar al descrito en el punto anterior, veremos que el agente evalúa los costes y beneficios que le produce permanecer fiel al régimen, y lo hará en la medida en que perciba que los beneficios son superiores a los costes (integrados estos últimos por el descrédito, el escarnio público que puedan padecer, la posibilidad de ser responsable en el futuro tanto penal como patrimonialmente por su participación, etcétera).

Al respecto, es posible detectar ciertas particularidades propias de cada uno de estos grupos que será importante evaluar al elaborar la estrategia:

1) El gobierno, al menos en los primeros tiempos hasta tanto que se convierta en abierta dictadura, estará formado por dirigentes, políticos, funcionarios y agentes que responden en teoría a la administración central, y por otros funcionarios que, o bien son elegidos a través de votación popular y pertenecen a partidos políticos opositores, o bien son funcionarios que, de acuerdo con las responsabilidades propias de su cargo, tienen por tarea controlar las

actividades del gobierno de manera independiente al Poder Ejecutivo.

Los funcionarios de organismos de control seguramente serán sometidos en forma reservada a todo tipo de presiones, amenazas u ofrecimiento de sobornos. En la elaboración de su propio esquema de coste-beneficio, la circunstancia de tener que enfrentar en solitario a un gobierno con el poder de actuar sobre él e incluso apartarlo de su cargo o cosas peores, resulta un coste muy grande que hace que estos funcionarios terminen cediendo o sean reemplazados por otros más permeables.

Algo parecido sucede con los políticos que ocupan cargos públicos como diputados, senadores, concejales, intendentes o gobernadores electos popularmente en representación de los partidos opositores. Sus incentivos para enfrentarse con el gobierno irán mermando en la medida en que el poder del gobierno crezca y el de la oposición decaiga.

Estos políticos verán que su poder relativo disminuirá con respecto a aquellos que son aliados del gobierno, que su opinión en todo caso será una voz en el desierto, sin efectos prácticos (e incluso con el perjuicio de legitimar con su participación la fachada republicana del gobierno), y por supuesto, muchas ofertas de todo tipo le llegarán para buscar su apoyo al régimen.

Por otra parte, en la medida en que el gobierno central maneje discrecionalmente fondos públicos, aquellos políticos opositores que encabezan el ejecutivo provincial o municipal dependerán de la asistencia económica que necesitan obtener del propio régimen al que deberían combatir.

En este contexto, para lograr una posición firme frente al gobierno autoritario tanto de los funcionarios de los organismos de control como de los políticos de la oposición que detentan cargos públicos de importancia, debería modificarse el resultado de su ecuación de coste-beneficio.

Esto se logrará cuando ellos perciban que su acción no se lleva a cabo en solitario, sino que cuentan con el seguimiento y respaldo de

buena parte de la gente, así como de instituciones privadas especializadas que les brinden apoyo y publicidad a sus decisiones. Al mismo tiempo, esa circunstancia deberá enviar un llamado de alerta a otros políticos que prestan un apoyo provisorio al gobierno respecto de que cuando las cosas cambien ellos podrán ser responsabilizados por sus actos.

Para ello, será fundamental que la estrategia prevea una fuerte difusión de la actividad de políticos opositores y funcionarios de organismos de control, que incluya críticas a su inacción y apoyos a sus acciones positivas.

2) Respecto de los agentes de los escalafones más bajos de la burocracia estatal que realizan tareas normales de gobierno, allí es donde el esfuerzo de la resistencia no violenta debe concentrarse prioritariamente. Se trata de personas que tienen bajos salarios, que viven las mismas penurias prácticamente que el resto de los ciudadanos y que, por lo tanto, no ven a los manifestantes como sus enemigos, sino más bien como sus vecinos.

Sus tareas no son moralmente condenables, pues se trata de los empleados que permiten que cualquier gobierno funcione independientemente de su legitimidad. No se han enriquecido ilegítimamente, ni llevan a cabo actos de represión o violación de derechos o propiedades más allá de las que son propias de cualquier gobierno, y en puridad no existen motivos, por encima de su formal empleo al servicio de un régimen devenido en autoritario, para considerarlos adversarios. Es más, probablemente hayan desempeñado esas mismas tareas durante décadas para otros gobiernos constitucionales con total normalidad.

Las técnicas de Sharp al respecto han mostrado gran efectividad, y es posible ver, por ejemplo, cómo se quiebra la moral de policías en las manifestaciones, a quienes los opositores les hablan como a camaradas, conciudadanos, que están del mismo lado. Estas personas rápidamente advierten que no tienen nada en especial que ganar acatando las órdenes de un régimen autoritario que probablemente caiga pronto, y lo que quieren es conservar un empleo cuya duración trascenderá a ese circunstancial gobierno.

En la medida en que tengan una forma de manifestar su oposición sin verse envueltos en problemas que pongan en peligro la continuidad de su empleo probablemente lo hagan, como ocurre por ejemplo en los casos de quita de colaboración, dar partes de enfermo para no estar en sus lugares de trabajo en momentos cruciales, cierta desprolijidad o retraso en la ejecución de determinadas órdenes, etc.

Cuando se produce una merma en el respeto y obediencia al régimen por parte de esta categoría de agentes, los efectos son visibles de inmediato. Es que las órdenes que den los organizadores no se ejecutarán si no existen los empleados que las cumplan.

3) Aquellos empleados de rangos menores que realizan tareas que rozan lo ilegal, aun cuando no posean poder de decisión y simplemente cumplan órdenes, deberán tener la percepción de que, con la caída del régimen, podrán enfrentar cargos criminales que no evitarán invocando el cumplimiento de órdenes superiores.

La estrategia deberá buscar la forma de enviar un mensaje claro, en el sentido de que sus acciones ilegales como brazo ejecutor de la política autoritaria están siendo monitoreadas y no pasarán desapercibidas; y que en todo caso, cuando el régimen comience a tambalearse, sus jefes intentarán salvar sus propios cuellos, pero no se preocuparán por garantizar la impunidad de los agentes de los cuáles se sirvieron como instrumentos.

Se suele decir que el hilo se corta por lo más delgado, y esa es una señal que podrá ser fácilmente percibida por estos empleados. En la medida en que los costes de cometer delitos en favor de sus jefes no solo se eleven, sino que se vean como sanciones seguras tras la caída del régimen, algunas de estas personas lentamente intentarán abandonar esas actividades ilegítimas y volver paulatinamente a ejercer funciones legítimas.

4) Con respecto a los funcionarios de superior jerarquía, posiblemente la estrategia deba establecer ciertos criterios de corte tanto funcional como temporal para promover el arrepentimiento y quita de apoyo al régimen, dentro de ciertos plazos, como modo de

tender un puente de plata que ayude a erosionar el poder del gobierno con mayor rapidez. Esa estrategia deberá mostrar claramente que, más allá de ese punto, los funcionarios perderán la oportunidad, y serán inexorablemente sometidos a juicio.

Estas segundas, terceras y cuartas líneas del aparato burocrático del estado son las que normalmente instrumentan la ejecución de las decisiones políticas, y su quite de colaboración puede ser fundamental para acelerar el proceso de desgaste del régimen.

5) Finalmente, con el círculo íntimo del régimen no habrá contemplaciones. Deberán saber que al término del gobierno, una vez que las fiscalías y tribunales puedan nuevamente actuar con independencia, deberán enfrentar la responsabilidad criminal y patrimonial por ser los gestores y sustentadores de ese sistema autoritario, y de sus consecuencias puntuales.

Normalmente, con el fin de ciclo de un gobierno autoritario los gobernantes intentan organizar una salida del poder que les permita conservar su integridad física, su patrimonio, su libertad ambulatoria y su impunidad futura. Ello lo intentarán a través de maniobras financieras de tercerización de bienes, pactos con partidos políticos que accederán a futuros gobiernos, búsqueda de asilo en países que estén dispuestos a recibirlos, destrucción de evidencia en su contra y modificación de la legislación penal de la que puedan en el futuro valerse para lograr impunidad, lo que no descarta incluso una ley de amnistía.

Es importante que se genere alguna idea (posiblemente avalada por políticos de partidos importantes de la oposición), en el sentido de que no existirá clemencia ni amnistía para los organizadores del régimen autoritario y sus principales funcionarios, que no habrá contemplaciones respecto del intento de esconder o llevarse el dinero habido ilegalmente, y que asimismo se podrá evaluar la posibilidad de que los grupos medios y bajos, así como todos aquellos que solo fueron instrumentos o agentes del gobierno sin poder de decisión, puedan ser alcanzados por algún tipo de amnistía general (que deje a salvo la responsabilidad por hechos criminales puntuales desvinculados de su posición en el gobierno o por la comisión de

delitos que se consideran no susceptibles de amnistía, como los crímenes de lesa humanidad).

No debe perderse de vista al respecto la importancia de la información para la toma de decisiones. Los agentes del gobierno que enfrentan la disyuntiva de mantener un futuro apoyo al gobierno que le da trabajo, retacear esa colaboración o directamente convertirse en opositor, se encuentran en una situación similar a la descrita en el Dilema del Prisionero. La cantidad de información disponible sobre el futuro, y en especial sobre la conducta de los demás agentes, es escasa, y ello dificulta tomar una decisión. Por eso, en la medida en que la oposición los nutra con información sobre lo que ocurrirá una vez terminado el gobierno autoritario de una manera que infunda confianza en la determinación, ello podrá contribuir a que los agentes se decidan a quitar colaboración al régimen.

Una clara indicación de este tipo podrá acelerar el drenaje de apoyo al gobierno autoritario, por parte de personas que comenzarán a pensar más en su futuro luego del régimen que en su situación presente. Al mismo tiempo, acelerará el aislamiento del grupo gobernante.

3. La situación de las fuerzas armadas y de seguridad

Párrafo aparte merece el tratamiento del brazo armado del gobierno, que estará constituido por tres estamentos fundamentales:

- Las fuerzas armadas (Ejército, Marina, Aeronáutica).
- Las fuerzas de seguridad (la policía federal y otras fuerzas como prefectura, gendarmería, policía aeroportuaria, las policías provinciales, etcétera).
- Grupos u organizaciones paramilitares que no integran el gobierno y son formalmente grupos criminales, pero que operarán con el apoyo y bajo las órdenes directas de los gobernantes autoritarios.

Será esencial conocer en todo momento cuál es el nivel de acatamiento a órdenes ilegales del gobierno que pudiera esperarse de los dos primeros grupos. Dentro de la estrategia general deberá figurar la tarea de integrar tanto a las fuerzas armadas como a las de seguridad al conjunto de la ciudadanía que enfrenta a un gobernante devenido en criminal.

Los policías o soldados a quienes se ordena reprimir a manifestantes desarmados o golpear a estudiantes luego deben regresar a sus casas y enfrentar a esposas, hijos, padres o vecinos, que comenzarán a mirarlos con recelo y a marginarlos como si fueran sus enemigos. Será fundamental, entonces, hacer sentir a esos policías y soldados que no son enemigos, sino parte integrante de la misma comunidad, y que también son víctimas, de modo que carece de sentido llevar a cabo una guerra de víctimas contra víctimas por decisión de un gobernante autoritario.

Respecto del tercer grupo, habrá que observar con atención el surgimiento de este tipo de agrupaciones, frecuentemente vinculadas con la delincuencia común, para denunciar su existencia y actividades tanto en la justicia local como en la comunidad y organismos internacionales.

En todo momento se deberá tratar a estas bandas como criminales y exigir su detención y castigo al propio gobierno. El descubrimiento de lazos que vinculen a estas organizaciones criminales con ciertos funcionarios de alta jerarquía permitiría acelerar el proceso de desprestigio del gobierno autoritario.

CAPÍTULO 6

BASES PARA ELABORAR LA ESTRATEGIA GENERAL

Querer libertad sin agitar es querer cosechar sin romper el suelo con el arado, lluvia sin rayos y truenos, océanos sin olas.

FREDERICK DOUGLASS

Como se ha dicho, la acción no violenta abarca una variedad de métodos específicos de protesta, no cooperación e intervención. No es una forma de inacción, de evitar o desentenderse del conflicto, sino un modo de enfrentarlo.[\[69\]](#)

Cada conflicto con un régimen autoritario requiere una estrategia específica para encararlo, que deberá tener en consideración sus particularidades. Sin embargo, existen algunos aspectos generales sobre los cuáles todos los estrategas deberán trabajar.

A diferencia de las dictaduras tradicionales, en el enfrentamiento a un régimen autoritario de base democrática no será el uso de la fuerza el eje principal alrededor del cual gire la acción del gobierno contra la oposición, sino que existirán varios ámbitos de discusión, acción y búsqueda de adhesión ciudadana, que hacen que la elaboración de la estrategia opositora pueda ser más compleja.

Esta estrategia debería ponderar los principales objetivos de la oposición en su enfrentamiento con el gobierno autoritario:

- Debilitar su apoyo popular y la colaboración de sus agentes en todos los niveles.
- Fortalecer las instituciones intermedias, públicas y privadas, que actúan con independencia del gobierno.
- Mantener una posición de firmeza en el enfrentamiento pacífico con el gobierno en todos los ámbitos donde ello se produzca.

— Debilitar los suministros logísticos y económicos que permiten operar al gobierno.

— Debilitar la imagen del gobierno frente a la comunidad internacional.

— Preparar salidas políticas viables para el retorno a la institucionalidad republicana.

Ello requerirá, además de la estrategia general, varias estrategias particulares combinadas, y una serie de acciones consecuentes que prevean, asimismo, alternativas de respuesta según se vayan sucediendo las reacciones del gobierno.

Como una suerte de corolario de lo expuesto en los puntos anteriores, se pueden identificar algunas áreas donde dicha tarea deberá focalizarse:

1. Presión sobre los colaboradores del régimen

Vimos en el capítulo anterior que la conversión de un gobierno legítimo en un régimen autoritario se va dando en forma paulatina, y la percepción de ese cambio no se produce en todas las personas en un mismo momento. También señalamos distintos grupos en que pueden ser clasificados los colaboradores del régimen.

Resultará de suma utilidad que la estrategia marque un límite entre aquellos funcionarios y agentes que podrían obtener una amnistía posterior en caso de que depongan su colaboración con actividades ilegítimas del gobierno y el límite temporal en que dicho cambio de actitud deberá producirse.

En este sentido, deberá quedar claro el mensaje:

1) Aquellos agentes gubernamentales que realizan tareas legítimas, pero que contribuyen directa o indirectamente a que el grupo gobernante pueda cumplir sus metas espurias de concentrar poder o malversar fondos, deberán ser intimados a que quiten la colaboración ilegal dentro de un plazo, para obtener algún tipo de garantía de que no serán posteriormente juzgados por sus actos vinculados con sus competencias legales.

2) Los organizadores, jefes, directores, administradores o gestores de las acciones criminales del gobierno deberán saber que no habrá perdón, amnistía o impunidad luego de terminado el gobierno.

3) Debería decidirse el temperamento a adoptar respecto del segmento intermedio: agentes vinculados con operaciones ilegales, pero sin facultades o funciones de organización y dirección.

Una estrategia de este tipo parece más eficiente que prometer una caza de brujas o un «juicio para todos». Varias razones abonan esta alternativa, especialmente cuando se está en pleno enfrentamiento con el gobierno autoritario:

— Producirá incentivos fuertes para que amplios sectores de la burocracia necesaria al régimen se dispongan a quitar su colaboración, pensando fundamentalmente en el día después. Esto será muy importante durante el proceso de concentración de voluntades opositoras, y para restar eficiencia a la tarea del gobierno en lo que hace a continuar con sus actividades ilegales.

— Se aislará aún más al núcleo gobernante, marcando una fuerte diferencia entre aquellos que han contribuido directamente y de manera activa a la concentración de poder, del resto de la estructura burocrática del gobierno.

— Es muy probable que luego de la caída del gobierno, los juicios multitudinarios e indiscriminados contra los agentes ya no sean ni deseados, ni factibles, ni prudentes, y en consecuencia se estaría pronunciando una amenaza que no se va a cumplir, lo que supone un mal precedente hacia el futuro. Es preferible adoptar desde el comienzo una posición más realista y enfocada al castigo de los verdaderos responsables del surgimiento del régimen. Probablemente los colaboradores menores, si fuere el caso, recibirán la sanción moral de sus vecinos y sus comunidades.

— Si se intentara de todos modos llevar a cabo juicios multitudinarios contra todos los agentes del régimen sin discriminación, ello conspiraría contra las posibilidades razonables de obtener el castigo de los organizadores y responsables directos, contribuyendo de ese modo, sin quererlo, a fomentar la impunidad.

Una vez fijados esos parámetros funcionales y temporales, se deberán elaborar tácticas y métodos para lograr el rápido drenaje de colaboradores, que abandonen el gobierno para poder disfrutar de este limitado puente de plata. Las acciones vinculadas con esta estrategia en particular, podrán consistir, entre otras, en:

- Elaborar listas de los principales funcionarios del régimen, desde el presidente y sus ministros hasta los directores o secretarios que manejan áreas sensibles vinculadas con la acumulación del poder y el manejo de fondos públicos, así como también de aquellos particulares que actúan como cómplices, sea como testaferros, socios o prestadores de servicios. Respecto de estas personas deberán colectarse pruebas de sus actos criminales para hacerlos públicos, efectuar denuncias ante los correspondientes organismos de control y preparar su denuncia penal cuando estén dadas las condiciones para ello.

- Denunciar ante organismos y tribunales internacionales a la cúpula gobernante para buscar la condena de la comunidad internacional a su conducta.

- Preparar e impulsar, en el momento oportuno, el juicio político del presidente y de los demás funcionarios que deban ser separados de sus cargos por ese procedimiento, introduciendo de ese modo una presión sobre los partidos de la oposición que reciban dicho pedido.

- Difundir claramente la señal a los agentes sin facultades decisorias que no padecerán consecuencias si eliminan toda colaboración a actividades presuntamente ilegales del gobierno.

- Monitorear la conducta de los agentes y funcionarios menores que continúan prestando colaboración en actividades criminales, luego de vencido el plazo de gracia ofrecido para tomar tal decisión.

- Monitorear el grado de adhesión al régimen y su disposición para cumplir órdenes ilegales por parte de las fuerzas armadas y de seguridad.

- Monitorear el surgimiento de grupos paramilitares armados que respondan al gobierno para denunciarlos ante autoridades judiciales

locales y la comunidad internacional.

Se debe tener en cuenta en esta tarea que el gobierno es un conjunto de agentes y funcionarios que son interdependientes y cuyas acciones muchas veces reposan sobre las de otros. En tal sentido constituye una especie de cadena, que será tan fuerte como el más débil de sus eslabones.

Por eso, una tarea de la estrategia será la de identificar en cuál de esos eslabones existen la mayores debilidades para actuar esencialmente sobre él. No siempre ello ocurrirá en los estamentos más bajos del aparato burocrático, sino que es probable encontrar debilidades en otras áreas con mayor poder de decisión.

2. La acción sobre las instituciones gubernamentales y privadas

Como los regímenes autoritarios de base democrática se desarrollan en ámbitos donde persisten instituciones republicanas de control, es en la esfera de estas instituciones, y siguiendo sus procedimientos legales donde debe librarse una batalla, respecto de la cual será esencial establecer una estrategia concreta.

Numerosas son las oficinas encargadas del control del funcionamiento del gobierno, del manejo de los fondos públicos, del monitoreo de empresas concesionarias, etc. En muchos de los ámbitos que son controlados por estas oficinas, el gobierno autoritario busca incrementar su poder, ya sea concentrando funciones o absorbiendo el manejo de fondos de cajas que son normalmente autónomas del gobierno central.

Respecto de los funcionarios y agentes de estas oficinas, la estrategia deberá contemplar varios tipos de acciones:

— Hacer pública la existencia y funciones de cada oficina, así como el nombre de su responsable, exigiéndole rendición de cuentas de su gestión, y de la marcha de controles particulares a decisiones puntuales del gobierno.

— Apoyar toda investigación en que alguna de estas oficinas avance respecto de actos del gobierno en los que se detecte acumulación de poder o realización de actividades ilegales.

— Denunciar a aquellos funcionarios y agentes que no ejercen su obligación legal de producir tales controles, y advertirlos sobre los límites a la tolerancia a funcionarios colaboracionistas.

— Denunciar en forma pública y por las vías judiciales correspondientes, toda forma de presión o injerencia por autoridades o agentes del gobierno sobre los responsables de esas oficinas.

Del mismo modo, la estrategia deberá ponderar la actividad de numerosas organizaciones privadas que realizan distintas tareas que, directa o indirectamente, pueden enfrentar al avance del gobierno.

Estas instituciones normalmente se enfocan en determinados aspectos de la marcha del gobierno y en el área de su especialización suelen manejar mucha información. Algunas se vinculan con temas institucionales, otras nuclea a determinados sectores empresariales, sindicales, gremiales, profesionales, otras monitorean indicadores económicos y relevan el manejo de la hacienda pública en todas sus áreas, etc. El fortalecimiento de estas instituciones, la difusión de sus trabajos y su protección frente a eventuales embates del gobierno deberán ser parte de la estrategia general.

3. La estrategia judicial

El Poder Judicial es, en la tradición republicana, el ámbito gubernamental más independiente del ejecutivo, por muchas razones.

En el proceso del gobierno democrático por convertirse en autoritario, los jueces jugarán un papel muy importante, porque es probable que muchos de ellos no acepten en un primer momento otorgar legalidad a los actos del ejecutivo y no convaliden e incluso anulen algunas de sus decisiones.

Por lo tanto, la identificación de la actitud de cada juez frente al régimen y la difusión de esa información será muy importante dentro

de la estrategia general. La gente suele referirse al Poder Judicial como si fuese un organismo único, con una sola cabeza y dirección. Pero lo cierto es que son cientos de jueces, de fiscales, de funcionarios de todo tipo, cuya reacción frente al avance del gobierno sobre los derechos individuales será distinta de uno a otro. Especialmente en sistemas de control de constitucionalidad difuso, aun los jueces de las instancias inferiores pueden ser muy valiosos al momento de poner freno al avance del gobierno sobre las libertades.

Los jueces son a la vez los funcionarios más fuertes y más débiles de un gobierno. Son los más fuertes pues, en la esfera de su competencia, siempre tienen la última palabra incluso por sobre la autoridad de los demás poderes del Estado. Pero a la vez son débiles, pues carecen de poder efectivo propio para hacer cumplir sus decisiones, y dependen de la intervención de otros órganos para ello. Además, institucionalmente son los más vulnerables a los ataques, especialmente del poder ejecutivo.

En este sentido, un estudio estratégico del comportamiento judicial señala que los jueces no siempre deciden como lo harían si no tuvieran que preocuparse por las repercusiones sociales, jurídicas o políticas de sus sentencias.^[70] Esto no solo se refiere a cómo repercutirá su sentencia en futuras acciones del gobierno, e incluso las represalias que pudiera recibir, sino fundamentalmente al hecho de que la mayor o menor eficiencia y aplicación práctica de sus decisiones frecuentemente dependerá de la actuación futura de otras personas o agencias, motivo por el cual el juez deberá evaluar el grado de efectividad que tendrá su sentencia para alcanzar el fin propuesto.

En un país donde el ejecutivo ha ido incrementando más y más su poder y comienza a apartar su conducta de los límites constitucionales y legales, es probable que un juez no tenga demasiados incentivos para dictar una resolución que considera la más justa, pero que sabe que, al mismo tiempo que le granjeará la venganza del régimen, probablemente no llegue a cumplirse en la práctica, sea por la decisión de otros tribunales de orden superior que intervengan por apelación o de ciertos órganos administrativos

que deberían hacer efectiva la orden judicial y no lo hacen, o simplemente por la acción directa del ejecutivo para impedir el cumplimiento de la sentencia.

El apoyo o reconocimiento popular a su actuación independiente puede ser un incentivo importante a los efectos de que, aun corriendo riesgos y sabiendo que existen chances importantes de que su decisión no llegue a cumplirse, un juez decida apegarse estrictamente a la legalidad y protección de derechos al decidir aquellas causas que involucran directos intereses del gobierno.

En la elaboración de la estrategia general, deberá haber un área dedicada específicamente a la actuación de los jueces, y a través de ella se podrán llevar a cabo, entre otras, las siguientes acciones:

- El monitoreo de la actuación judicial, especialmente en causas vinculadas con funcionarios públicos y actos del gobierno que supongan avances sobre las instituciones republicanas. Ello permitirá diferenciar entre aquellos jueces independientes que hacen respetar garantías constitucionales y la legalidad, de aquellos que prefieren por algún motivo someterse a las presiones del gobierno. Ello contribuirá a reforzar la determinación de los jueces independientes y provocará una señal de alerta en los jueces permeables.

- Ejercer un monitoreo sobre los órganos de control de la actividad judicial, sea Consejos de la Magistratura u organismos similares, tanto para evitar presiones a jueces que investiguen al gobierno, para que de ser necesario se les brinde la debida protección; y asimismo, para que se investigue la conducta de los jueces venales.

- Ejercer idéntico control sobre el Ministerio Público Fiscal, órgano que tiene a su cargo el control de legalidad de los actos y el ejercicio de las acciones penales, y desde el cual bien se pueden impulsar causas contra opositores como neutralizar investigaciones a los altos funcionarios del gobierno.

- Impulsar denuncias en organismos internacionales respecto de presiones al Poder Judicial.

— Elaborar estrategias de participación en aquellos juicios que involucren la resistencia a los avances del gobierno, según convenga, a través de procesos de connivencia o de ruptura.^[71] Los procesos de connivencia son aquellos que se desarrollan respetando los procedimientos habituales, la legitimidad del orden legal, y por lo tanto la discusión pasa fundamentalmente por la valoración de los hechos probados y la interpretación del derecho para buscar la solución más acorde con los intereses de cada una de las partes en conflicto. Los procesos de ruptura son aquellos en los cuales se produce una impugnación total del orden público por su ilegitimidad, de modo que los hechos pasan a un segundo plano.

Normalmente, se recurrirá a procesos de connivencia en aquellos casos en los que quienes enfrentan al gobierno discuten cuestiones regidas por la legislación común no contaminadas por la intervención gubernamental, y que por lo tanto pueden dirimirse utilizando argumentos puramente jurídicos. En estos supuestos, es probable que resulte conveniente proceder manteniendo un bajo perfil, sin recurrir a la prensa o a la difusión pública, lo que permitiría dar mayor tranquilidad al juez que deba resolver para que lo haga con menos presiones y apegado al derecho.

En estos casos, incluso los triunfos pueden venir por el lado meramente formal cuando se le presentan al juez alternativas de recurrir a excusas procesales para no avanzar en contra de los opositores al régimen (por ejemplo, a través de planteos de nulidad, prescripción u otras defensas similares).

Cuando lo que se discute involucra los principios fundamentales que han sido alterados por la intervención ilegítima del gobierno, y las probabilidades de resultar condenado son muy altas, el proceso de ruptura permite buscar un triunfo, no en el resultado del juicio propiamente dicho, sino en la difusión de los valores en disputa, lo que permitiría manifestar públicamente el cuestionamiento del sistema. Lo mismo podría aplicarse en aquellos casos en que se intenta llevar a juicio penal a los funcionarios de alta jerarquía, quienes probablemente resulten sobreseídos o absueltos por el amparo o protección que reciben del gobierno.

En estos casos, la amplia difusión periodística y las manifestaciones populares de apoyo serán muy importantes. La promoción de la denuncia tendrá por objeto producir un impacto de comunicación, una presión sobre los jueces, una advertencia dirigida a funcionarios de segundas y terceras líneas, y tal vez se alcance a tener trascendencia internacional. La gran difusión resultará conveniente para lograr el cometido, que no será la solución favorable sino el impacto publicitario.

4. La acción sobre los partidos políticos de la oposición

La acumulación de poder en el ejecutivo termina neutralizando o anulando la acción del Congreso, que es el ámbito en el cual se deben expresar esencialmente y con poder efectivo los políticos de la oposición.

Una prioridad del régimen en sus inicios será la de contar con mayoría suficiente en el Congreso, sea con legisladores del propio partido o de otros partidos, que adhieran por seducción, presión o dinero. Posiblemente en una segunda etapa, cuando su poder esté más afianzado, podrá prescindir directamente del parlamento, pero hasta que ello no suceda y especialmente para lograr la aprobación de aquellas leyes necesarias para neutralizar las instituciones de control, necesitará contar con un Congreso complaciente.

Una vez obtenida esa mayoría, la actividad del Congreso pasará a ser una mera formalidad, mandará el número y no los argumentos, de modo que cuando el gobierno alcance el quorum propio, los legisladores de la oposición, aun cuando no estén dispuestos a votar positivamente ningún proyecto irregular, tampoco tendrán incentivos para debatir dentro del recinto, y advertirán que es más cómoda la oposición distante que la confrontación permanente.

Como la mayoría oficialista tendrá el control de las principales comisiones del Congreso, la agenda será manejada discrecionalmente por ella y no le quedará a la oposición mucho margen para imponer discusiones importantes desde el punto de vista institucional.

Sin embargo, esa minoría opositora continúa siendo la expresión de una cantidad de ciudadanos y tiene facultades que puede utilizar en forma eficiente. En este sentido, la estrategia general deberá contener un área de acción sobre las actividades de los partidos políticos que han manifestado su oposición al régimen, en especial de aquellos que cuentan con representación parlamentaria o cargos ejecutivos en provincias o municipios. En especial:

- Un monitoreo de las actividades de diputados, senadores, concejales, intendentes, legisladores provinciales y gobernadores pertenecientes a partidos políticos que han manifestado abierta oposición al régimen en el gobierno. Ello incluirá sus acciones de gobierno en caso de ser administradores de provincias o municipios, y sus posiciones en las votaciones si son legisladores.

- Apoyo a aquellas iniciativas de ley tendientes a controlar o limitar el poder del gobierno, a poner trabas en el avance sobre el uso discrecional de fondos públicos, etc.

- Apoyo al ejercicio de facultades constitucionales de control o investigación tales como juicio político, interpelaciones, etc.

- Apoyo a iniciativas tendientes a preparar el camino hacia una reconstrucción de las instituciones republicanas una vez culminado el gobierno autoritario.

- Presión para que los legisladores de la oposición efectúen un estudio profundo del proyecto de ley de presupuesto, intenten evitar la creación de partidas que el gobierno pueda utilizar en forma discrecional para construir poder y también controlen la ejecución de dicho presupuesto para evitar que se desvíe el destino de las partidas.

Este tipo de control y apoyo reducirá además la tentación en que pudieran caer algunos legisladores de pasarse a las filas del gobierno o al menos de acompañar con su voto o incluso su silencio aquellos proyectos de ley que se refieran a cuestiones de importancia institucional.

5. El uso de los medios de difusión y las redes sociales

El gobernante autoritario controlará aquellos medios de difusión que están en poder del Estado y manejará los fondos destinados a publicidad oficial, que solo serán empleados en los medios adictos y para fines de propaganda personal.

También tendrá una fuerte influencia sobre los demás medios de comunicación, periodistas, artistas, deportistas y toda clase de personas públicas, quienes ya sea por afinidad real, por conveniencia o por dinero, accederán a formar parte de estas campañas publicitarias del régimen.

Esta situación será bastante difícil de contrarrestar. Vimos que en la etapa de la prevención será importante impedir que el Estado tenga el control de medios de difusión y que disponga fondos para propaganda que pueda manejar en forma discrecional. Pero una vez que logra acumular suficiente poder político y económico, ya se tornará difícil evitar esta situación.

Directamente como medida de Estado o en forma privada, a través de amigos o testaferros, el gobernante autoritario probablemente intentará controlar la mayor cantidad posible de medios de difusión, al tiempo que tratará de ahogar económicamente, controlar administrativamente o combatir políticamente a aquellos que sean opositores o independientes.

Lo mismo ocurre con el acceso a Internet y en especial el libre acceso, uso e interacción en las redes sociales. En la etapa de la prevención, será fundamental que se evite la sanción de cualquier ley que tenga por objeto reglamentar estos temas a través de la intervención estatal. Las redes sociales son los mosquetes del siglo XXI. Así como durante los siglos XVII y XVIII se entendió que la libre tenencia de armas por parte de los ciudadanos era un derecho esencial para que estos pudieran defenderse del propio gobierno, en este siglo es el libre acceso a Internet y a las redes sociales lo que permite a las personas estar comunicadas y organizar su defensa frente a gobiernos autoritarios.

Una vez convertido el gobierno en autoritario, su control de los medios tenderá a distorsionar la realidad, de modo que los

periódicos virtuales, blogs y las redes sociales serán canales para acceder a información objetiva. Por otra parte, estos mismos medios permitirán establecer nexos o conexiones para organizar manifestaciones, informar sobre actos criminales del gobierno o actividades de resistencia no violenta contra él. También contribuirán a que esa información pueda ser transmitida en forma inmediata y masiva hacia el exterior del país.

Por lo tanto, será un punto fundamental en la estrategia general establecer las vías de comunicación, información, convocatoria o denuncia a través de las principales redes sociales y demás canales de información provistos en la Internet, y estar preparados para sortear tecnológicamente todos los intentos de bloqueo por parte del gobierno.

Probablemente se vayan decantando de manera espontánea los principales sitios en la red donde los interesados en participar en la resistencia no violenta puedan mantenerse informados.

También se deberán monitorear los restantes medios de difusión tradicionales, identificando aquellos que son independientes y señalando a los que ostentan un control directo o indirecto por parte del gobierno.

La difusión masiva a través de las redes permitirá crear además un sistema de cámaras fijas y móviles que puedan captar las imágenes de actos de agresión o represión por policías y soldados, que puedan ser rápidamente viralizadas, produciendo ese efecto de *jiu jitsu* al que se refiere Sharp.

6. La supervisión del proceso electoral

En la medida en que el gobierno incremente su poder político y el manejo discrecional de fondos públicos, podrá volcar parte de esos recursos en la tarea de controlar los procesos electorales venideros. Ello le resultará fundamental para poder continuar invocando su legitimidad de origen y justificar su autoridad sin necesidad de recurrir directamente al uso de la fuerza.

La estrategia general deberá extremar las acciones tendientes a evitar formas de fraude en todos los niveles:

- Prevenir los intentos por introducir modificaciones legales al régimen electoral para establecer ventajas al partido gobernante en detrimento del resto.

- Monitoreo del posible manejo y distribución de fondos públicos para actos de campaña.

- Denuncia de la realización de actos públicos, que enmascarados en actos de gobierno, en realidad tienen fines proselitistas.

- Detección y denuncia del uso de fondos públicos durante la campaña electoral, que son desviados de sus fines presupuestarios para la organización de actividades que contribuyen a la campaña política o a la compra de voluntades.

- Prevenir los fraudes vinculados con la elaboración de los padrones electorales.

- Prevenir los fraudes provocados durante el desarrollo de los comicios. En estos casos, las acciones podrán estar encaminadas a organizar la participación ciudadana independiente en los comicios a la manera de fiscales de mesa, que colaboren con los partidos políticos de la oposición que sostengan principios republicanos.

- Colaborar con la fiscalización del recuento de votos y escrutinio final.

7. El control de las calles

El propio discurso del gobernante autoritario estará centrado en que el pueblo lo votó y, por lo tanto, el pueblo lo apoya. Como se dijo, no existe una relación directa entre el apoyo dado a una persona al elegirla como presidente y la anuencia posterior a cada uno de los actos que realiza.

Tampoco ese apoyo inicial es perpetuo, ni siquiera dura el período que le toque gobernar. Quizá al mes siguiente de haberlo votado muchos ya estén arrepentidos. Sin embargo, el gobernante invocará

la cantidad de votos obtenidos en la elección que ganó y pretenderá que ese apoyo es incondicional y perpetuo.

Dentro de la estética del populismo, la forma de manifestar el supuesto apoyo popular suele ser la concentración de personas en manifestaciones a favor del gobierno o la convocatoria multitudinaria a escuchar al presidente cuando pronuncia un discurso.

Por supuesto que diez o veinte mil personas movilizadas y pagadas directa o indirectamente por el gobierno no expresan ningún apoyo «popular». No lo expresan desde que su asistencia no es espontánea, sino inducida, y porque esa cantidad de personas, si bien puede parecer un gran número colmando una plaza, es una cantidad insignificante en proporción a la población del país. Pero el gobierno insistirá en que ese es el «Pueblo» que espontáneamente se congrega para alentar al presidente.

En este contexto, la convocatoria a manifestaciones o movilizaciones de rechazo o protesta contra el gobierno o algunas de sus medidas constituye un fuerte antídoto para quienes miden la legitimidad del gobernante a la luz de cuantas personas congrega en sus actos. La presencia permanente de opositores, realizando distintos tipos de acción en las calles, será útil para erosionar el apoyo al gobierno.

Esas manifestaciones pueden ser muy efectivas si son nutridas, espontáneas, que congregan a familias con integrantes de todas las edades en un clima de celebración y el optimismo de mostrar una alternativa, con consignas concretas, no necesariamente unívocas pero claramente expresadas.

Además, el carácter pacífico y el mensaje claro pueden suplir en mucho a la falta de un gran número. Por ejemplo, una manifestación violenta de mil personas que insultan al gobierno con consignas confusas, tiran piedras contra edificios públicos y se pelean con la policía, justificarán la intervención violenta del gobierno, donde este tiene mayores posibilidades de ganar, y al mismo tiempo convertirá a los manifestantes en delincuentes ante la ley y el resto de la comunidad. Pero esas mismas mil personas ocupando una plaza

céntrica de manera totalmente inmóvil y silenciosa, paradas de espalda a la oficina del presidente en señal de repudio, probablemente produzcan un efecto muy superior en términos de rechazo al régimen.

Dentro de la estrategia general habrá que advertir en qué momento una manifestación general y multitudinaria puede ser útil. No es sencillo sostener una convocatoria frecuente a marchar y requerir además que los ciudadanos se desplacen a veces desde lugares lejanos hasta algún punto convocante. En esos desplazamientos integrados por personas desconocidas entre sí, no será improbable la participación de infiltrados que generen disturbios o que se produzcan emboscadas por partes de fuerzas de choque o paramilitares enviados por el gobierno con el propósito de amedrentar o desalentar a los manifestantes.

Como el régimen cuenta con la policía y el control de las calles, los paramilitares podrán actuar con total libertad.

Por eso es que, dentro de los principios de estrategia desarrollados por Gene Sharp, se muestran como más efectivas las concentraciones de personas en las cercanías de sus propias casas.

Puede ponerse como ejemplo de ello a las *guarimbas* que se organizaron en Venezuela contra el gobierno de Hugo Chávez primero y luego contra el de Nicolás Maduro, que han demostrado ser un elemento muy importante en la estrategia general de resistencia.

Las *guarimbas* son bloqueos de calles. Se trata de que los vecinos se concentren en las esquinas de sus casas y produzcan piquetes que interrumpan el tránsito. Los puntos salientes de la organización de la *guarimba* son: 1) Están destinadas a bloquear las calles linderas con sus casas; 2) por lo tanto las personas no deberán desplazarse a más de cincuenta o cien metros de sus propias casas; 3) en ningún caso se deberá enfrentar a la policía ni a ningún provocador.

De este modo se logra que las personas puedan manifestar públicamente su oposición con optimización de recursos, sin

necesidad de desplazamiento, lo que facilita su participación y preserva su integridad física. Además, la *guarmiba* integra a los vecinos de cada cuadra, que se conocen entre sí, y de ese modo se disminuye el peligro de infiltrados.

Probablemente la resistencia no violenta deberá ser sostenida durante bastante tiempo para que dé sus frutos. No será el producto de una sola acción, sino una paciente y muy bien organizada sucesión de acciones coordinadas. Esto requerirá un gran esfuerzo de los manifestantes, y a medida que el tiempo transcurra, probablemente el entusiasmo por asistir a marchas y concentraciones pueda disminuir, especialmente si el tránsito por las ciudades se torna peligroso.

La *guarimba* facilita las cosas para los manifestantes, les da mayor seguridad, y llegado un punto de tensión máxima con el gobierno, provoca una mayor efectividad al permitir un bloqueo completo del tránsito en toda la ciudad.

Estas formas de manifestación y control de las calles tendrán varios objetivos:

- Permitirá llamar la atención de la comunidad internacional, que en la medida en que advierta que son masivas y persisten en el tiempo, comenzarán a interesarse por ellas y a tomar a la oposición con seriedad.

- Del mismo modo llamará la atención de la prensa, tanto local como extranjera. La prensa local, por las presiones que seguramente recibirá del gobierno, será reticente a publicar expresiones de la oposición. Pero si la ciudad se paraliza por cientos de *guarimbas* que cortan las calles e impiden el tránsito, no tendrá más remedio que tomarlas en cuenta y comenzar a dar información sobre sus actividades.

- A medida que las *guarimbas* se hacen más numerosas, se producirá lo que se denomina «la implosión», esto es, que agentes del régimen comiencen a engrosarlas y a dar apoyo a la oposición. Al estar conformadas por vecinos, los agentes del gobierno deberán

decidir si las ignoran y mantienen fidelidad al régimen autoritario o se pliegan a la manifestación de sus familiares, vecinos y amigos.

Paulatinamente, estas formas de manifestación popular podrán ir juntando adhesiones en contra del régimen autoritario, aislándolo hasta que solo le quede recurrir a la fuerza abiertamente o abdicar.

En la elaboración de la estrategia, deberá decidirse cuándo es preferible convocar a marchas multitudinarias y cuándo las *guarimbas* son más efectivas, estableciendo la mejor combinación posible de ambas.

En los primeros tiempos en que se manifiesta la protesta contra ciertas actividades del gobierno, probablemente lo más razonable no será producir cortes de calles sino simplemente concentración de personas haciendo ruido con ollas o tambores en las puertas de sus casas. A medida que el gobierno avance sobre las libertades individuales y desnude su autoritarismo, las iniciales concentraciones de protesta podrán mutar en cortes de calles mejor organizados.

8. La estrategia internacional

Los procesos de conversión de gobiernos constitucionales legítimos en regímenes autoritarios no suelen ser comprendidos con facilidad comprensión fuera del país. Ello es así por distintas circunstancias:

- La legitimidad de origen desorienta a los observadores externos, quienes presumen que aquel presidente que obtuvo la mayor cantidad de votos en la elección anterior no debería ser en principio cuestionado o perturbado en su tarea de gobierno.

- El gobierno cuenta con una estructura diplomática con representación en todos los países y organismos internacionales que pueden brindar con recursos adecuados la visión oficial sobre la situación del país, mientras que los opositores normalmente manejan recursos muy limitados para mostrar la realidad.

- La dinámica de las negociaciones diplomáticas, que involucran relaciones entre estados, tornan difícil la condena internacional a regímenes formalmente legales. Los organismos internacionales

suelen ser muy cautelosos antes de manifestar su condena a un gobierno elegido democráticamente.

Frente al blindaje que el gobierno construirá alrededor de la información sensible sobre sus actividades criminales, será necesario que tal información llegue a la comunidad internacional, lo que será un punto importante en la elaboración de la estrategia general.

Ello debería incluir:

- Acción directa ante gobiernos y organizaciones extranjeras, mostrando indicios del avance del autoritarismo del gobierno.
- Distribución de información en actos públicos y a través de medios de difusión extranjera.
- Denuncias ante organismos internacionales especializados (como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, la Corte Penal Internacional, etcétera).

9. La quita de respaldo económico: la rebelión fiscal

Como se dijo, el gobierno solo puede actuar con recursos financieros y humanos provistos por la propia comunidad. Si bien el aparato armado y la burocracia estatal normalmente están bien preparados para obtener los recursos necesarios de los ciudadanos a través de impuestos, se puede también operar sobre este mecanismo para buscar el estrangulamiento económico del régimen.

La estrategia general deberá evaluar, en los distintos niveles de oposición, qué tipo de medidas tendientes a drenar los ingresos del gobierno se pueden desarrollar.

Ello podrá incluir consejos a los ciudadanos sobre el modo de evitar el uso de ciertos servicios o pagos que incluyen aportes al gobierno, hasta la lisa y llana evasión fiscal.

En la última etapa de esta estrategia se podrá prever la rebelión fiscal, esto es, el llamado general a las personas a evadir el pago de todos los impuestos, tasas y contribuciones al gobierno.

10. La transición hacia la república

Para que la estrategia general sea completa, deberá incluir acciones que, paralelamente a la oposición no violenta al gobierno autoritario actual, contribuyan a desarrollar las condiciones para el resurgimiento de instituciones republicanas en el futuro.

Ello supondrá el refuerzo y apoyo a instituciones intermedias privadas, el sostenimiento de partidos políticos que defiendan el sistema republicano, y la constitución de relaciones sociales cada vez más sólidas, construidas al margen del gobierno.

Se puede prever, además, un mecanismo de relaciones internacionales paralelas con gobiernos que respalden la resistencia y con determinados organismos internacionales.

CAPÍTULO 7

CONCLUSIÓN

El precio de la libertad es su eterna vigilancia.

THOMAS JEFFERSON

Este trabajo introductorio ha intentado señalar una serie de postulados:

1. El desarrollo de estrategias de resistencia no violenta se muestra como preferible a la lucha armada, para enfrentar una dictadura. Ello es así desde que la dictadura por definición basa su acción en el ejercicio o amenaza de uso de la fuerza, y en ese terreno tiene amplias ventajas operativas sobre grupos dispersos de opositores. Además, la lucha armada tiene consecuencias muy gravosas en términos de muertos, heridos y daños materiales, y finalmente, cuando la resistencia logra organizarse a tal punto de oponer una fuerza equivalente al dictador, se corre el riesgo de que el nuevo gobierno que surja de la lucha armada simplemente produzca una sustitución de personas respecto del anterior y mantenga los mismos vicios.

2. Por ese motivo, se han desarrollado técnicas y estudiado las estrategias y tácticas de resistencia no violenta, buscando mayor eficiencia en sus resultados, lo que se ha observado, en las últimas décadas, en varios países de África, Asia y América, donde contribuyó al derrocamiento de gobiernos dictatoriales.

En el desarrollo de estas estrategias se han aplicado mayormente los trabajos del profesor Gene Sharp, desarrollados como una forma de darle carácter sistemático a las acciones que hasta entonces se venían llevando a cabo de modo espontáneo e intuitivo.

3. Junto con las dictaduras tradicionales, mantenidas por el uso o amenaza de uso de la fuerza, se pueden detectar ciertos gobiernos

que, si bien han sido legítimos en su origen y desarrollo inicial, se convirtieron en autoritarios al ir eliminando los controles y frenos republicanos dispuestos para evitar la acumulación de poder y el comportamiento arbitrario. Estos gobiernos, a los que en este trabajo he denominado «regímenes autoritarios de base democrática», avanzarán en su acumulación de poder hasta que, eventualmente, se conviertan en dictaduras.

4. Aunque las características propias de los regímenes autoritarios de base democrática requieren un desarrollo particularizado de la estrategia para enfrentarlos, la resistencia no violenta se muestra como el mejor camino para buscar ese fin.

En primer lugar, como se trata de gobiernos cuyo origen ha sido legítimo y expresado a través de mecanismos constitucionales, deberá pensarse en una estrategia preventiva, destinada a detectar y neutralizar los avances en su pretensión de acumular poder anulando los controles.

Por otra parte, las estrategias de resistencia no violenta tendrán en estos casos varios frentes de acción: las instituciones legales (Congreso, justicia, organismos de control, etcétera), las instituciones privadas, los partidos políticos, los medios de comunicación y difusión, las calles, la comunidad internacional, etc.

Así como el origen y desarrollo de formas autoritarias dentro de cada gobierno legítimo reconoce sus particularidades, también las acciones de resistencia no violenta deberán adecuarse a cada situación, y ello tendrá su expresión en cada plan de acción que se elabore, y que normalmente deberá contemplar acciones alternativas o sucesivas, que respondan a la reacción del gobierno.

La acumulación y abuso del poder por gobiernos legítimos se ha vuelto cada vez más frecuente en todo el mundo. Por lo tanto, lo que se intenta mostrar en este trabajo es que los postulados de la resistencia no violenta pueden ser de mucha utilidad para enfrentar con mejores chances de éxito a esta nueva forma de avance hacia la dictadura.

ANEXO

DE LA DICTADURA A LA DEMOCRACIA

Un Sistema Conceptual para la Liberación

**DE LA
DICTADURA
A LA
DEMOCRACIA**

Un Sistema Conceptual para la Liberación

por
Gene Sharp

Traducción al Español por
Caridad Inda

La Institución Albert Einstein

PREFACIO

Una de mis mayores inquietudes durante muchos años ha sido cómo podría la gente evitar que una dictadura se estableciera y cómo destruirla. Esto se ha nutrido en parte por la convicción de que los seres humanos no deben ser ni dominados ni destruidos por semejantes regímenes. Esta creencia se ha fortalecido con lecturas sobre la importancia de la libertad humana y la naturaleza de las dictaduras (desde Aristóteles hasta los analistas del totalitarismo) y la historia de las dictaduras (especialmente en los sistemas nazi y comunista).

A través de los años, he tenido la oportunidad de conocer personas que vivieron y padecieron bajo el régimen nazi, algunos inclusive que sobrevivieron a los campos de concentración. En Noruega, encontré algunos que habían trabajado en la resistencia al régimen fascista y que habían sobrevivido, y oí hablar de los que habían perecido. Hablé con judíos que se habían escapado de las garras de los nazis y con personas que habían ayudado a estos a salvarse.

Sobre el terror en los regímenes comunistas de los diversos países he sabido más por libros que por contactos personales. El terror en estos sistemas me ha parecido más agudo, ya que estos regímenes se impusieron en nombre de la liberación de la opresión y de la explotación.

En décadas más recientes, la realidad acerca de las dictaduras de hoy se me ha hecho más patente por la visita de personas que vienen de países gobernados por dictaduras, tales como Panamá, Polonia, Chile, el Tíbet o Birmania. De los tibetanos que pelearon contra la agresión del régimen comunista chino, de los rusos que en agosto de 1991 le cerraron el paso al golpe de estado de la línea dura, o de los trabajadores tailandeses que con prácticas no violentas impidieron el retorno del régimen militar, he ido

adquiriendo puntos de vista perturbadores sobre la p rfida naturaleza de las dictaduras.

Mi sentimiento de tribulación y ultraje frente a la bestialidad impuesta, así como mi admiración ante el sereno hero simo de hombres y mujeres increíblemente valientes, a veces se fortaleció cuando visit  lugares donde el peligro aún era muy grande y, a pesar de ello, el valor de la gente se empeñaba en desafiarlo. Esto ocurría en el Panamá de Noriega; en Vilnius, Lituania, bajo la continua represión soviética; en Beijing, en la plaza de Tiananmen, tanto durante la manifestación festiva por la libertad como cuando los transportes del primer contingente armado entraron en la noche fatal; y en los cuarteles de la oposición democrática, en Manerplaw, en la «Birmania liberada».

En ocasiones visit  el lugar de los caídos, tales como la torre de televisión y el cementerio de Vilnius, el parque público en Riga donde la población había sido ametrallada, el centro de Ferrara, al norte de Italia, donde los fascistas pararon en fila a los de la resistencia y los fusilaron, y hasta un sencillo cementerio en Manerplaw repleto de cadáveres de los que habían muerto aún demasiado jóvenes. Es triste advertir cómo cada dictadura deja tras de sí una larga secuela de muerte y destrucción.

De estas experiencias y consideraciones me fue creciendo una esperanza muy firme de que s  podía impedirse el establecimiento de las dictaduras, que se podía llevar a cabo una lucha victoriosa contra ellas sin provocar una carnicería masiva, que s  se podían destruir las dictaduras y evitar que surgieran otras nuevas de sus propias cenizas.

He tratado de pensar minuciosamente acerca de los métodos más efectivos para desintegrarlas con éxito y con el menor coste posible en vidas y sufrimientos. Para ello he repasado mis estudios de muchos años sobre las dictaduras, los movimientos de resistencia, las revoluciones, el pensamiento político, los sistemas de gobierno y, especialmente, sobre la auténtica lucha no violenta.

El resultado de todo eso es esta publicación. Estoy seguro que dista mucho de ser perfecta. Pero quizás ofrece alguna orientación

que apoye tanto el pensamiento como la planificación tendientes a producir movimientos de liberación que resulten más poderosos y eficaces de lo que serían de haber sido otro el caso.

Tanto por necesidad como por opción libre, este ensayo enfoca el problema genérico de cómo destruir una dictadura y cómo impedir el surgimiento de una nueva. No puedo realizar un análisis detallado y dar una recomendación precisa en cuanto a un país determinado. Sin embargo, espero que este análisis genérico sea útil a los pueblos que, desafortunadamente, todavía en demasiados lugares tienen que enfrentarse con las realidades de un régimen dictatorial. Necesitarán examinar la validez de este texto en cuanto a su situación específica y determinar hasta qué punto las principales recomendaciones son aplicables, o si puede hacerse que lo sean, para su lucha de liberación.

He incurrido en varias deudas de gratitud durante la redacción de este ensayo. Bruce Jenkins, mi ayudante especial, ha hecho una contribución inestimable al identificar los problemas en cuanto a su contenido y presentación, y, mediante sus agudas sugerencias, en cuanto a una exposición más clara y rigurosa de las ideas más difíciles (en especial en lo tocante a la estrategia), a la reorganización estructural del texto y al mejoramiento de la edición. Estoy también muy agradecido a Stephen Cody por su asistencia editorial. El Dr. Christopher Kruegler y el Sr. Robert Helvey me brindaron su importante crítica y consejo. Las Dras. Hazel McFerson y Patricia Parkman me suministraron información sobre las luchas en África y América Latina respectivamente. Aunque este trabajo se ha beneficiado por un tan noble y generoso apoyo, únicamente yo soy responsable del análisis y las conclusiones que contiene.

En ningún lugar de este trabajo asumo que el desafío contra los dictadores será una empresa fácil y poco costosa. Todas las formas de lucha tienen sus complicaciones y costes. El combate contra los dictadores, por supuesto, causará bajas. Sin embargo, espero que este análisis estimulará a los líderes de la resistencia a considerar estrategias que puedan incrementar su poder efectivo y al mismo tiempo reducir el nivel relativo de bajas.

Tampoco se interprete este análisis como que cuando se acabe con una dictadura específica todos los demás problemas habrán desaparecido. La caída de un régimen no trae por consecuencia una utopía. Más bien, abre el camino a un trabajo ingente y a esfuerzos denodados a fin de construir unas relaciones políticas, económicas y sociales más justas y erradicar otras formas de injusticia y opresión. Es mi esperanza que este breve examen de cómo puede desintegrarse una dictadura sea útil en cualquier lugar donde la gente vive dominada y desea ser libre.

GENE SHARP

6 de octubre de 1993

The Albert Einstein Institution
36 Cottage Street
East Boston, Massachusetts, 02128
USA

Uno

ENFRENTANDO LA REALIDAD DE LAS DICTADURAS

En años recientes, diversas dictaduras —de origen tanto interno como externo— han caído o se han tambaleado cuando se les ha enfrentado una población desafiante y movilizada. Aunque a menudo se las ve como firmemente afianzadas e inexpugnables, algunas de estas dictaduras demostraron ser incapaces de soportar el desafío concertado del pueblo en lo político, lo económico y lo social.

A partir de 1980, las dictaduras han caído ante un desafío predominantemente no violento del pueblo en Estonia, Latvia y Lituania; Polonia, Alemania Oriental, Checoslovaquia y Eslovenia; Madagascar, Mali, Bolivia y las Filipinas. La resistencia no violenta ha hecho avanzar el movimiento por la democratización en Nepal, Zambia, Corea del Sur, Chile, Argentina, Haití, Brasil, Uruguay, Malawi, Tailandia, Bulgaria, Hungría, Zaire, Nigeria y en varias partes de la antigua Unión Soviética (llegando a jugar un papel significativo en la derrota del intento de golpe de estado de la línea dura de agosto de 1991).

Mas aún, el desafío político masivo [\[72\]](#) se ha hecho presente en China, Birmania y el Tíbet en años recientes. Aun cuando estas luchas no han destruido a las dictaduras ni le han puesto fin a la ocupación territorial impuesta, sí han puesto al descubierto ante la comunidad mundial la naturaleza brutal de esos regímenes represivos, y han aportado a la población una valiosa experiencia en cuanto a esta forma de lucha.

El derrumbamiento de las dictaduras en los países antes mencionados ciertamente no erradicó todos los problemas de esas sociedades —pobreza, criminalidad, ineficiencia burocrática, destrucción del medio ambiente— que han sido frecuentemente la

herencia de aquellos regímenes brutales. No obstante, la caída de esas dictaduras ha reducido, aunque poquísimo, mucho del sufrimiento de las víctimas de la opresión, y ha abierto el camino para la reconstrucción de esas sociedades con una mayor democracia política, más libertades personales y justicia social.

Un problema que continúa

Ha habido, en verdad, una tendencia hacia una mayor democratización y libertad en el mundo durante las últimas décadas. Según Freedom House, que compila un expediente anual sobre el estatus de los derechos políticos y las libertades civiles, el número de países en todo el mundo clasificados «libres» ha crecido de manera significativa en los últimos diez años. [\[73\]](#)

	Libres	Parcialmente Libres	No Libres
1983	55	76	64
1993	75	73	38
2003	89	55	48
2009	89	62	42

Sin embargo, esta tendencia positiva se halla atenuada porque hay un gran número de pueblos que aún viven bajo condiciones de tiranía. Hasta enero de 1993, el 31% de la población del mundo, de 5,45 billones, vivía en países y territorios calificados como «no libres»; [\[74\]](#) esto es, en lugares donde los derechos políticos y las libertades civiles están en extremo restringidos. Los 38 países y 12 territorios incluidos en la categoría de «no libres» están gobernados por una serie de dictaduras militares (como en Birmania y el Sudán), monarquías tradicionales represivas (como Arabia Saudita y Bhután), por regímenes de partido único dominante (como China, Irak y Corea del Norte), bajo una ocupación extranjera (como Tíbet o Timor Oriental), o en un estado de transición.

Muchos países se hallan hoy en un estado de cambio rápido en lo económico, político y social. Aunque el número de países «libres» ha aumentado en los últimos diez años, existe un gran riesgo de que

muchas naciones, al enfrentar cambios fundamentales tan rápidamente, se desplazarán en dirección opuesta y acabarán experimentando nuevas formas de dictadura. Las camarillas militares, los individuos más ambiciosos, los funcionarios electos y los partidos políticos doctrinales, repetidamente buscarán cómo imponerse. Los golpes de estado seguirán estando a la orden del día. Los derechos humanos y políticos básicos les serán negados a un gran número de personas.

Desafortunadamente, el pasado aún está con nosotros. El problema de las dictaduras es profundo. En muchos países el pueblo ha vivido experiencias de décadas y hasta siglos de opresión, ora doméstica, ora de origen extranjero. Con frecuencia se les ha inculcado insistentemente la sumisión incondicional a las figuras y gobernantes que detentan la autoridad. En casos extremos, las instituciones sociales, económicas, políticas y hasta religiosas de la sociedad —aquellas fuera del control estatal— han sido deliberadamente debilitadas, subordinadas o aun reemplazadas por otras nuevas, y regimentadas. El estado o el partido dominante las usa para dominar a la sociedad. A menudo la población ha sido atomizada (convertida en una masa de individuos aislados), incapaces de trabajar juntos para conseguir su libertad, de confiar los unos en los otros y hasta de hacer algo por su propia iniciativa.

El resultado es predecible: la población se ha vuelto débil, carece de confianza en sí misma y es incapaz de ofrecer resistencia alguna. Las personas por lo general están demasiado asustadas para compartir su odio por la dictadura y su hambre de libertad ni aún con su familia y amigos. Están, con frecuencia, demasiado aterrorizadas para pensar en serio en la resistencia popular. De cualquier manera, ¿de qué iba a servir? En vez de esto asumen el sufrimiento sin objetivo y un futuro sin esperanza.

Las condiciones bajo las dictaduras contemporáneas pueden ser peores que antes. En el pasado, algunas personas pueden haber tratado de resistir. Quizá hubo breves manifestaciones y protestas masivas. Quizá los ánimos se levantaron temporalmente. En otras ocasiones, individuos y pequeños grupos pueden haber hecho

valientes pero impotentes demostraciones, afirmando algún principio o simplemente su desafío. Por muy nobles que hayan sido los motivos, estos actos de resistencia pasados frecuentemente han sido insuficientes para vencer el miedo de la gente y su habitual obediencia, condición esencial para destruir una dictadura. Esas acciones, lamentablemente, pueden en cambio haber causado solamente más sufrimiento y muerte, no una victoria, ni aun una esperanza.

¿A la libertad por la violencia?

¿Qué ha de hacerse en semejantes circunstancias? Las posibilidades más evidentes parecen inútiles. Los dictadores generalmente hacen caso omiso de las barreras constitucionales y legales, las decisiones judiciales y la opinión pública. Reaccionando a las brutalidades, la tortura, las desapariciones, las muertes, se entiende que todo esto ha hecho pensar al pueblo que solo por la violencia se puede acabar con una dictadura. Las airadas víctimas a veces se han organizado para combatir a los brutales dictadores, con el poco poder militar y violencia que hayan podido reunir, y a pesar de tenerlo todo en contra. Esta gente, por lo general, ha peleado valientemente, pagando un alto precio en sufrimientos y vidas. Sus logros a veces han sido considerables, pero casi nunca han obtenido la libertad. Las rebeliones violentas desencadenan violentas represiones que con frecuencia dejan a la población más indefensa que antes.

Sin embargo, cualesquiera que sean los méritos de la opción por la violencia, un punto está claro. *Al depositar la confianza en los medios violentos, se ha escogido precisamente el modo de lucha en el cual los opresores casi siempre tienen la superioridad. Los dictadores pueden aplicar la violencia irresistiblemente.* No importa cuánto más o cuánto menos estos demócratas puedan aguantar, a fin de cuentas uno generalmente no se puede escapar de las duras realidades militares. Los dictadores casi siempre disponen de la superioridad militar, en cuanto a calidad de armamentos, pertrechos, transportes y tamaño de las fuerzas armadas. A pesar de su valentía, los demócratas no pueden emparejarseles (casi) nunca.

Cuando se reconoce que la rebelión militar no es viable, algunos disidentes se inclinan por la guerra de guerrillas. No obstante, solo muy raramente, si es que alguna vez, la guerra de guerrillas beneficia a la población oprimida o le abre paso a una democracia. La guerra de guerrillas no es ninguna solución evidente, especialmente por la inmensa cantidad de bajas que suelen producirse entre la gente. Esta técnica de lucha no ofrece ninguna garantía frente a la posibilidad del fracaso, a pesar de apoyarse en la teoría y el análisis estratégicos, y de que a veces recibe respaldo internacional. Las luchas guerrilleras por lo general duran mucho. Con frecuencia el gobierno en el poder reubica a la población, con la secuela de inmensos sufrimientos humanos y trastorno social que esto conlleva.

Aun cuando resulte victoriosa, la lucha de guerrillas tiene, a largo plazo, considerables consecuencias negativas en lo estructural. De entrada, el régimen atacado se hace más dictatorial como resultado de sus contramedidas. Si en definitiva gana la guerrilla, el nuevo régimen que de ella provenga es con frecuencia más dictatorial que el anterior, debido al impacto centralizador de las fuerzas militares al expandirse, y por el debilitamiento o la destrucción durante la lucha de los grupos e instituciones independientes de la sociedad — cuerpos estos que son vitales para establecer y mantener después una sociedad democrática. Los que se opongan a las dictaduras deben buscar otra opción.

¿Golpes de estado, elecciones, salvadores extranjeros?

Un golpe militar contra una dictadura puede parecer, relativamente hablando, una de las maneras más rápidas y fáciles de quitarse de encima un régimen particularmente repugnante. Sin embargo, existen serios problemas con respecto a esta técnica. Lo más importante es que deja intacta la distribución negativa del poder entre la población y la élite de control del gobierno y sus fuerzas armadas. Lo más probable es que la supresión de personas o camarillas de las posiciones del gobierno dé pie para que otro grupo semejante ocupe su lugar. Teóricamente, este grupo puede ser

menos duro en su comportamiento, y más dispuesto a abrirse de manera limitada a las reformas democráticas. Sin embargo, el caso opuesto es lo más probable.

Después de consolidar su posición, la nueva camarilla puede resultar más despiadada y más ambiciosa que la anterior. Por lo tanto, la nueva camarilla —sobre la que quizá se habían fincado las esperanzas— podrá hacer lo que quiera sin preocuparse de la democracia o los derechos humanos. Esta no es una respuesta satisfactoria al problema de la dictadura.

Bajo una dictadura, las elecciones no se pueden usar como instrumento para un cambio político significativo. Algunos regímenes dictatoriales, tales como los del antiguo bloque oriental dominado por la Unión Soviética, simulaban elecciones solo con el propósito de aparentar ser democráticos. Pero estas elecciones eran simples plebiscitos rigurosamente controlados para obtener la aprobación pública de los candidatos escogidos por los dictadores. Estos, de cuando en cuando, debido a la presión a que están sometidos, podrían tal vez aceptar nuevas elecciones, pero estas estarían manipuladas para colocar marionetas civiles en los puestos de gobierno. Si a los candidatos de la oposición se les hubiera permitido concurrir a las elecciones y hubieran sido electos como ocurrió en Birmania en 1990 o en Nigeria en 1993, los resultados habrían sido simplemente ignorados y los supuestos «vencedores» habrían estado sujetos a intimidación, arrestados o hasta ejecutados. Los dictadores no están interesados en unas elecciones que puedan apartarlos de su trono.

Muchas personas que actualmente están padeciendo bajo una dictadura, o que han tenido que exilarse para escapar de sus garras, no creen que los oprimidos puedan liberarse por sí mismos. Ellos no esperan que su pueblo pueda ser liberado sino por la acción de otros. Ponen su confianza en las fuerzas extranjeras. Creen que solo una ayuda internacional puede ser lo bastante fuerte como para derribar a los dictadores.

Esa visión de que los oprimidos son incapaces de actuar eficazmente es algunas veces correcta por tiempo limitado. Como

hemos apuntado, con frecuencia la población sometida no quiere la lucha, y está temporalmente incapacitada para ella porque no tiene confianza en su propia capacidad de enfrentar la dictadura feroz, y no ve una manera razonable de salvarse por su propio esfuerzo. En consecuencia, no es extraño que confíe sus esperanzas de liberación a la acción de otros. Las fuerzas externas pueden ser: la «opinión pública», las Naciones Unidas, un país en particular o sanciones internacionales económicas y políticas.

Una situación así puede parecer consoladora, pero existen graves problemas en cuanto a la confianza depositada en un salvador foráneo. Esa confianza puede estar puesta en un factor totalmente errado. Por lo general, no van a llegar salvadores extranjeros. Si interviene otro estado, probablemente no deba confiarse en él.

Hay unas cuantas ásperas realidades con respecto a esa confianza en la intervención extranjera que habría que destacar aquí.

- Con frecuencia los estados extranjeros tolerarán, o ayudarán inclusive, a la dictadura a fin de avanzar sus propios intereses económicos o políticos.
- Los estados extranjeros podrían estar dispuestos a vender al pueblo oprimido a cambio de otros objetivos, en lugar de mantener las promesas que le hicieran de ayudarlo en su liberación.
- Algunos estados extranjeros actuarán contra la dictadura, pero solo a fin de ganar para sí mismos el control económico, político y militar del país.
- Los estados extranjeros podrían involucrarse activamente para fines positivos solo cuando hubiere un movimiento interno que ya haya comenzado a sacudir a la dictadura y logrado que la atención internacional se enfoque sobre la índole brutal del gobierno.

Por lo general, la causa principal que explica la existencia de las dictaduras es la distribución interna del poder que existe en el país. La población y la sociedad son demasiado débiles para causarle un problema a la dictadura; la riqueza y el poder están concentrados en muy pocas manos. Aunque las acciones internacionales pueden beneficiar, o de alguna manera debilitar a las dictaduras, la

continuación de estas depende primordialmente de factores internos.

Sin embargo, las presiones internacionales pueden ser muy útiles cuando apoyan un poderoso movimiento de resistencia interna. Entonces, por ejemplo, el boicot económico internacional, los embargos, la ruptura de relaciones diplomáticas, la expulsión del gobierno de organizaciones internacionales, la condena del mismo por alguno de los cuerpos de las Naciones Unidas y otros pasos semejantes, pueden contribuir grandemente. A pesar de todo, si no existe un fuerte movimiento de resistencia interna, tales acciones por parte de otros es poco probable que se den.

Encarando la dura verdad

La conclusión es dura. Cuando se quiere echar abajo una dictadura con la mayor efectividad y al menor coste, hay que emprender estas cuatro tareas:

- Se debe fortalecer a la población oprimida en su determinación de luchar, en la confianza en sí misma y en sus aptitudes para resistir.
- Se debe fortalecer a los grupos sociales e instituciones independientes del pueblo oprimido.
- Se debe crear una poderosa fuerza de resistencia interna.
- Se debe desarrollar un amplio y concienzudo plan estratégico global para la liberación, y ejecutarlo con destreza.

Una lucha de liberación es un tiempo en que el grupo que lucha adquiere confianza en sí mismo y se fortalece internamente. Charles Stewart Parnell, durante la campaña de huelga de los rentatarios en Irlanda, 1879-1880, dijo:

No vale la pena confiar en el gobierno [...] Debéis confiar solo en vuestra propia determinación [...] Ayudaos a vosotros mismos apoyándoos los unos a los otros. Fortaleced a los más débiles de entre vosotros [...] Agrupaos y organizaos [...] y ganaréis [...].

Cuando hayáis madurado las condiciones para que este asunto se resuelva, entonces —y nunca antes de ese momento— se resolverá.[\[75\]](#)

Confrontada con una fuerza firme y confiada en sí misma, con una estrategia concienzuda y de genuina solidez, la dictadura eventualmente se desmoronará. Estos cuatro requisitos tendrán que ser de algún modo satisfechos siquiera en un mínimo nivel.

Como lo indican estos argumentos, el liberarse de las dictaduras, en última instancia, depende de la capacidad que la gente tenga de liberarse a sí misma. Los casos, antes mencionados, en que el desafío político —o la lucha no violenta con fines políticos— ha tenido éxito, sugieren que sí existen los medios para que la población se libere a sí misma, pero esta opción no se ha ejercido plenamente. Examinaremos en detalle esta alternativa en los próximos capítulos. Pero antes debemos contemplar el tema de las negociaciones como medio para dismantelar las dictaduras.

Dos

LOS PELIGROS DE LAS NEGOCIACIONES

Algunas personas, cuando tienen que enfrentarse a los severos problemas de combatir una dictadura, se echan para atrás y caen en una sumisión pasiva (como lo vimos en el Capítulo Uno). Otras, como no ven posibilidad alguna de alcanzar la democracia, pueden llegar a la conclusión de que deben buscar un arreglo con la dictadura, con la esperanza de que mediante la «conciliación», el «compromiso» y las «negociaciones», podrán atraer a algunos elementos positivos y acabar con las brutalidades. Superficialmente, por carencia de opciones más realistas, esta manera de pensar es atrayente.

Una pelea seria contra las dictaduras brutales no es una perspectiva agradable. ¿Por qué hay que recorrer ese camino? ¿No pueden todos ser razonables y encontrar maneras de hablar, de negociar la forma de terminar gradualmente con la dictadura? ¿No pueden los demócratas apelar al sentido común y de humanidad de los dictadores y convencerlos de que deben reducir su dominio poco a poco, y quizás finalmente ceder por completo para que se establezca una democracia?

A veces se argumenta que la verdad no está toda de un lado. Quién sabe si los demócratas no han comprendido a los dictadores, que acaso obraron con buenas intenciones y en circunstancias difíciles. Quizá algunos piensen que los dictadores gustosamente se separarían de la difícil situación que vive el país si se los estimulara o se las tentara a ello. Podría argumentarse que a los dictadores se les debería ofrecer una solución por medio de la cual todo el mundo saliera ganando. Los riesgos y dolores de proseguir la lucha podrían ser innecesarios —se puede argumentar— si la oposición democrática solo desea terminar el conflicto pacíficamente por

medio de negociaciones (que podrían quizás contar con la ayuda de algunos especialistas o hasta de otro gobierno). ¿No sería eso preferible a una lucha difícil, aun cuando fuera una campaña dirigida por la lógica de la acción no violenta y no la de una guerra militar?

Ventajas y limitaciones de las negociaciones

Las negociaciones son un instrumento muy útil para resolver algunos conflictos, y no deben desdeñarse o rechazarse cuando son apropiadas.

En algunas situaciones, cuando ningún asunto fundamental está en juego y, por consiguiente, es aceptable el compromiso, las negociaciones pueden ser un medio importante para zanjar un conflicto. Una huelga laboral en demanda de mayores salarios es un buen ejemplo del papel apropiado de las negociaciones en un conflicto: un acuerdo negociado puede conseguir un aumento promediado entre las cantidades originalmente propuestas por cada una de las partes contendientes. Los conflictos laborales, con sindicatos legalmente establecidos, son, sin embargo, algo muy diferente de los problemas en los cuales están en juego la existencia permanente de una dictadura cruel o el establecimiento de la libertad política.

Cuando los asuntos por resolver son fundamentales porque afectan principios religiosos, problemas de la libertad humana o todo el desarrollo futuro de la sociedad, las negociaciones no llevan a una solución satisfactoria para ambas partes. En algunos asuntos básicos no se debe transigir. Solo un cambio en la correlación de fuerzas a favor de los demócratas puede salvaguardar adecuadamente los asuntos básicos que están a discusión. Ese cambio ocurre a través de una lucha, no mediante negociaciones. Esto no quiere decir que las negociaciones no deban usarse nunca. El hecho es que tales negociaciones no son un modo realista de librarse de una férrea dictadura cuando no existe una poderosa oposición democrática.

Por supuesto que hay circunstancias en que las negociaciones pueden no ser una opción. Los dictadores firmemente establecidos,

que se sienten muy seguros de su posición, pueden negarse a negociar con sus opositores democráticos. O bien cuando ya se hayan iniciado las negociaciones, los negociadores democráticos pueden desaparecer y no regresar.

¿Rendición negociada?

Los individuos o grupos que se oponen a una dictadura y se inclinan a las negociaciones a menudo tienen buenos motivos para hacerlo. En especial, cuando una lucha armada ha continuado durante varios años contra una dictadura brutal sin una victoria final, es lógico que todas las personas, sin importar su filiación política, deseen la paz. Es probable que los demócratas estén especialmente dispuestos a negociar cuando los dictadores evidentemente tienen la superioridad militar y cuando la destrucción, las víctimas y los perjuicios sufridos entre aquellos ya no pueden soportarse más. Habrá entonces una fuerte tentación de explorar cualquier otra opción que pueda rescatar al menos algunos de los objetivos de los demócratas, a la vez que pone fin a un ciclo de violencia y contraviolencia.

La oferta de «paz» mediante negociaciones que un dictador le haga a la oposición democrática por supuesto no es del todo sincera. La violencia podría ser inmediatamente terminada por los propios dictadores si tan solo estos dejaran de hacer la guerra contra su propio pueblo. Bien podrían, por su propia iniciativa y sin ninguna negociación, restaurar el respeto a la dignidad y los derechos humanos, liberar a los presos políticos, acabar con la tortura y suspender las operaciones militares, retirarse del gobierno y hasta pedirle excusas al pueblo.

Cuando la dictadura es fuerte pero existe una resistencia irritante, puede que los dictadores deseen lograr la rendición de la oposición bajo la cobertura de «hacer la paz». El llamado a negociar puede parecer atractivo, pero dentro de la sala de negociaciones acaso se esconderían graves peligros.

Por otra parte, cuando la oposición es excepcionalmente fuerte y la dictadura se encuentra de veras amenazada, los dictadores

pueden buscar la negociación como una manera de salvar lo más posible de su capacidad de control o de sus riquezas. En ninguno de estos casos deben los demócratas ayudar a los dictadores a lograr sus metas.

Los demócratas deben desconfiar de las trampas que los dictadores les pueden tender con pleno conocimiento de causa durante un proceso de negociación. El llamado a negociar, cuando se trata de cuestiones fundamentales de las libertades políticas, puede ser un esfuerzo por parte de los dictadores para inducir a los demócratas a rendirse pacíficamente, mientras que la violencia de la dictadura continúa. En semejantes conflictos, las negociaciones solamente podrán jugar un papel apropiado al final de una lucha decisiva, en la cual el poder de los dictadores haya sido destruido y estén estos buscando pasaje seguro para llegar a un aeropuerto internacional.

El poder y la justicia en las negociaciones

Si esta opinión parece un comentario demasiado áspero sobre las negociaciones, quizá deba moderarse un poco el romanticismo que se asocia con las mismas. Es necesario saber cuál es la dinámica de las negociaciones.

Una «negociación» no significa que las dos partes se sienten juntas, como iguales, y conversan hasta resolver el problema que produjo el conflicto entre ellas. Es necesario recordar dos verdades. Primero, que en las negociaciones no es la relativa justicia de los puntos de vista en conflicto y sus objetivos lo que determina el contenido del acuerdo negociado. Segundo, que el contenido de este lo determinará mayormente la capacidad de poder de cada parte.

Se deben considerar varias preguntas difíciles: ¿qué puede hacer cada una de las partes después para conseguir sus objetivos si la otra decide no llegar a un acuerdo en la mesa de negociaciones? ¿Qué puede hacer cada una de las partes, luego de alcanzado el acuerdo, si la otra rompe su palabra y usa la fuerza de la que dispone para conquistar sus objetivos a pesar del acuerdo?

En las negociaciones no se llega a un acuerdo mediante una evaluación de lo bueno y lo malo de las cuestiones sobre el tapete. Aunque sobre esto pueda discutirse mucho, los verdaderos resultados de las negociaciones se derivan de una evaluación realista de las situaciones de poder absoluto y relativo de los grupos contendientes. ¿Qué pueden hacer los demócratas para asegurarse de que un mínimo de sus reclamaciones no serán denegadas? ¿Qué pueden hacer los dictadores para mantenerse en control del poder y neutralizar a los demócratas? En otras palabras, si se llega a un acuerdo, lo más probable es que sea el resultado del estimado que cada parte haga de la capacidad de poder de ambas y, en consecuencia, calcule cómo podría terminar una lucha abierta entre las dos.

Debe prestarse atención a lo que cada parte esté dispuesta a ceder para llegar a un acuerdo. En negociaciones exitosas hay concesiones recíprocas. Cada parte consigue parte de lo que quiere y cede parte de sus objetivos.

En los casos de dictadura extrema, ¿qué es lo que las fuerzas pro-democráticas van a ceder a los dictadores? ¿Qué objetivos de los dictadores tendrán que aceptar las fuerzas democráticas? ¿Tendrán los demócratas que conceder a los dictadores (sean estos un partido político o una camarilla militar) un papel permanente, constitucionalmente establecido, en el futuro gobierno? ¿Dónde queda la democracia entonces?

Aun pensando que todo salga bien en las negociaciones, hace falta preguntarse: ¿qué clase de paz saldrá de ahí? ¿Será entonces la vida mejor o peor que si los demócratas hubieran empezado o continuado la lucha?

Dictadores «agradables»

Una variedad de motivos y objetivos subyacen a la dominación de los dictadores: poder, posición, riqueza, la reestructuración de la sociedad y más. Uno debe recordar que ninguno de estos será

satisfecho si abandonan sus puestos de control. En caso de negociar, los dictadores tratarán de preservar sus objetivos.

Cualesquiera que sean las promesas que los dictadores ofrezcan en un acuerdo negociado, uno no debe olvidar que ellos son capaces de prometer cualquier cosa con tal de lograr el sometimiento de las fuerzas opositoras democráticas, y después descaradamente violar esos mismos acuerdos.

Si los demócratas acuerdan parar la resistencia a cambio de un alivio en la represión, van a quedar muy defraudados. Una suspensión de la resistencia muy raramente conduce a una disminución de la represión. Cuando cesa la presión de la oposición interna o internacional, los dictadores pueden ejercer la opresión y la violencia aún más brutalmente que antes. El desmoronamiento de la resistencia popular a menudo suprime la fuerza que sirve de contrapeso y que ha limitado el control y la brutalidad de la dictadura. Entonces los tiranos pueden avanzar contra los que quieren. «Porque el tirano tiene poder de obrar solo donde se carece de fuerza para resistir», dijo Krishnalal Shridharani.[\[76\]](#)

En los conflictos donde cuestiones fundamentales están en juego, la resistencia, no las negociaciones, es lo esencial para el cambio. En casi todos los casos, la resistencia debe continuar hasta que los dictadores sean expulsados del poder. El triunfo lo determina, con más frecuencia, no la negociación de un arreglo, sino el uso acertado de los métodos de resistencia más apropiados y poderosos posibles. Estamos convencidos —y lo exploraremos en detalle más adelante— que el desafío político o la lucha no violenta es el método más poderoso que pueden emplear los que luchan por la libertad.

¿Qué clase de paz?

Si los dictadores y los demócratas van a dialogar sobre la paz, es necesario tener ideas claras por los peligros que ello implica. No todos los que emplean la palabra «paz» quieren la paz con libertad y justicia. El sometimiento a una cruel opresión y el consentimiento

pasivo frente a los dictadores desalmados, que han perpetrado atrocidades en cientos y miles de personas, no constituye una verdadera paz. A menudo Hitler llamó a la paz, pero lo que quería era el sometimiento a su voluntad. Por lo general, la paz de los dictadores no es sino la de la prisión o la tumba.

Existen otros peligros. Hay negociadores bien intencionados que a veces confunden los objetivos de las negociaciones con el proceso de estas. Es más, los negociadores democráticos o los especialistas extranjeros aceptados para asistir a los negociadores pueden, de un solo plumazo, dotar a los dictadores de una legitimidad doméstica e internacional que previamente se les había negado a causa de haberse apoderado del estado, las violaciones de los derechos humanos y las brutalidades cometidas. Sin esa legitimidad tan desesperadamente necesitada no pueden los dictadores continuar gobernando indefinidamente. Los representantes de la paz no deben suministrarles esa legitimidad.

Razones para la esperanza

Como dijimos antes, los líderes de la oposición pueden sentirse forzados a negociar si creen que la lucha democrática carece de toda esperanza. Sin embargo, ese sentimiento de impotencia puede cambiarse. Las dictaduras no son permanentes. Los que viven bajo una dictadura no tienen por qué permanecer siempre débiles y a los dictadores no es necesario permitirles que sigan siendo poderosos indefinidamente. Hace mucho tiempo, Aristóteles apuntó: «La oligarquía y la tiranía son las constituciones que duran menos.» ... En ninguna parte han durado mucho tiempo.[\[ZZ\]](#) Las dictaduras modernas también son vulnerables. Se puede agravar su debilidad y desintegrar su poder (en el Capítulo Cuatro examinaremos estas debilidades con más detalle).

La historia reciente muestra la vulnerabilidad de las dictaduras y revela que pueden desmoronarse en un plazo relativamente corto. Se necesitaron diez años, de 1980 a 1990, para que se viniera abajo la dictadura comunista en Polonia, Alemania Oriental y

Checoslovaquia. En 1989 ocurrió esto en semanas. En El Salvador y Guatemala, en 1944, la lucha contra los brutales dictadores bien afianzados duró aproximadamente dos semanas en cada lugar. El poderoso régimen militar del Shah de Irán fue socavado en pocos meses. La dictadura de Marcos en Filipinas cayó ante el empuje del pueblo en 1986. El gobierno de los Estados Unidos abandonó rápidamente al presidente Marcos cuando la fuerza de la oposición se hizo patente. El intento de golpe de estado de la línea dura en la URSS en agosto de 1991 fue bloqueado en unos días por el desafío popular. De ahí en adelante muchas de las naciones bajo un dominio semejante recuperaron su independencia en solo días, semanas o meses.

Está claro que no es válida la antigua idea de que los métodos violentos obran rápidamente y que los no violentos requieren mucho tiempo. Aunque se requiera mucho tiempo para lograr cambios en la situación subyacente y en la sociedad, la lucha concreta contra las dictaduras a veces ocurre con relativa rapidez por medio de la acción no violenta.

Las negociaciones no son la única alternativa que hay entre una guerra continua de aniquilación, por una parte, y la capitulación, por la otra. Los ejemplos ya citados, así como los apuntados en el Capítulo Uno, ilustran que existe otra opción para aquellos que quieren tanto la paz como la libertad, y esa es el desafío político.

TRES

¿DE DÓNDE SE DERIVA EL PODER?

Conseguir la libertad con paz por supuesto que no es tarea fácil. Va a requerirse para ello una gran destreza estratégica, organización y planificación. Sobre todo, requiere poder. Los demócratas no pueden esperar derribar la dictadura y establecer la libertad política sin la capacidad de ejercer su propio poder en forma eficaz.

¿Pero cómo es posible esto? ¿Qué clase de poder podrá la oposición democrática movilizar para destruir la dictadura y su vasta red militar y policiaca? La respuesta se encuentra en una comprensión del poder político generalmente ignorada. Llegar a este conocimiento intrínseco no es tarea demasiado difícil. Algunas verdades fundamentales son muy sencillas.

La fábula del «Amo de los Monos»

Una parábola china del siglo XIV, atribuida a Liu Ji, por ejemplo, destaca muy bien esta interpretación descuidada acerca del poder político[\[78\]](#):

En el estado feudal de Chu, un viejo vivía de tener monos a su servicio. Las gentes lo llamaban «ju gong»: el Amo de los Monos.

Todas las mañanas el viejo reunía a todos los monos en su patio y ordenaba al más viejo que condujera a los demás a la montaña a recoger fruta de los árboles y matas. La regla era que cada mono tenía que darle al viejo la décima parte de lo que recogiera. Los que no lo hacían eran brutalmente azotados. Todos los monos sufrían amargamente, pero no se atrevían a protestar.

Un día, un monito les preguntó a los otros: «¿Fue el viejo quien sembró los árboles y las matas?» Los otros le respondieron: «No, brotaron solos.» El monito les dirigió otra pregunta: «¿No podemos nosotros coger la fruta sin

permiso del viejo?» Los otros replicaron: «Sí, todos podemos hacerlo.» El monito siguió: «¿Entonces por qué tenemos que depender del viejo? ¿Por qué tenemos que servirlo?»

Antes de que el monito hubiera terminado su discurso, todos los monos de pronto se sintieron iluminados y despertaron.

Esa misma noche, al observar que el viejo se había quedado dormido, los monos rompieron las barreras del vallado donde se hallaban encerrados, y destruyeron el recinto por completo. También se apropiaron de cuanta fruta el viejo tenía guardada y se la llevaron al bosque, y nunca más volvieron. Al fin el viejo murió de inanición.

Yu-Li-Zi dice: «Algunos hombres en el mundo gobiernan a su pueblo mediante tretas y no por principios rectos. ¿No son estos iguales al Amo de los Monos? La gente no se ha dado cuenta de su embrutecimiento. Apenas se les ilumine el conocimiento, las tretas dejarán de funcionar.»

Los recursos que necesita el poder político

El principio es sencillo. Los dictadores requieren la ayuda de los gobernados, sin la cual no pueden ni disponer de las fuentes de poder ni conservarlas. Entre las fuentes del poder político se encuentran las siguientes:

- *La autoridad* - la creencia entre la gente de que el régimen es legítimo y que tiene el deber moral de obedecerlo.
- *Los recursos humanos* - la cantidad e importancia de las personas y grupos que obedecen a los gobernantes, cooperan con ellos o los apoyan.
- *El conocimiento y las destrezas* - los que el régimen necesita para llevar a cabo acciones específicas, y que le son suministrados por las personas y grupos que cooperan con él.
- *Los factores intangibles* - los factores psicológicos e ideológicos que pueden mover a la gente a obedecer y apoyar a los gobernantes.
- *Los recursos materiales* - hasta qué punto controlan los gobernantes la propiedad o tienen acceso a ella, a los recursos

naturales, al sistema económico y a los medios de comunicación y transporte.

- *Las sanciones* - castigos con los que se amenaza, o que se aplican a los desobedientes o a los que no colaboran para asegurar su sumisión y cooperación, necesarias ambas para que exista el régimen y para que ponga en práctica sus políticas.

Todas estas fuentes, sin embargo, dependen de la aceptación del régimen, del sometimiento y obediencia de la población al mismo y de la cooperación que le brindan innumerables personas y muchas de las instituciones de la sociedad. Estas fuentes no están garantizadas.

Una plena cooperación, obediencia y apoyo harán más asequibles los recursos que el poder necesita, y, en consecuencia, fortalecerán la capacidad de obrar de cualquier gobierno.

Por otra parte, el negarles a los agresores y dictadores la cooperación popular e institucional disminuye y puede anular el acceso a las fuentes de poder de las que dependen los gobernantes. Sin acceso a tales recursos, el poder de los gobernantes se debilita y finalmente se disuelve.

Naturalmente, los dictadores son sensibles a las acciones o ideas que amenazan su capacidad de obrar como les dé la gana. Por lo tanto, ellos están dispuestos a amenazar y castigar a quienes los desobedezcan, les hagan huelgas o dejen de cooperar con ellos. No obstante, aquí no acaba el cuento. Ni la represión ni cuantas brutalidades se cometan siempre resultan en la recuperación del grado de sumisión y cooperación que el régimen necesita para funcionar.

Si, a pesar de la represión, se pueden restringir o recortar durante el tiempo suficiente los recursos de los que depende el poder, los resultados pueden ser la incertidumbre y la confusión dentro de la dictadura. Es probable que sobrevenga entonces un notable debilitamiento de su poder. Con el tiempo, el quitarle los recursos al poder producirá la parálisis y la impotencia del régimen y, en casos

muy severos, su desintegración. El poder de los dictadores se ira muriendo, lenta o rápidamente, de inanición política.

Por lo tanto, el grado de libertad o tiranía que existe bajo cualquier gobierno es en gran medida un reflejo de la relativa determinación de los súbditos de ser libres, y de la voluntad y capacidad de estos de ofrecer resistencia a los esfuerzos que el gobierno haga por esclavizarlos.

Contradiciendo la opinión popular, aun las dictaduras totalitarias dependen de la población y las sociedades que gobiernan. Como apuntó el politólogo Karl W. Deutsch en 1953:

El poder totalitario es fuerte solo si no tiene que ejercerse con mucha frecuencia. Si el poder totalitario tiene que imponerse sobre toda la población y en todo momento, no es probable que se mantenga vigoroso por mucho tiempo. Como los regímenes totalitarios requieren más poder que cualquier otro tipo de gobierno para relacionarse con sus gobernados, tienen una necesidad mayor de que los hábitos de sumisión estén más amplia y firmemente extendidos entre su pueblo. Más aún, tienen, en caso de necesidad, que poder contar con el apoyo activo de porciones significativas de la población.[\[79\]](#)

John Austin, el teórico inglés del siglo XIX, describió la situación de una dictadura que se enfrentara a un pueblo descontento. Austin argumentaba que si la mayoría de la población estaba decidida a destruir al gobierno y se hallaba dispuesta a soportar la represión que le impusiera por ello, entonces el poder del gobierno, incluyendo aquellos que lo apoyaban, no podría preservar al odiado régimen, inclusive si recibiera ayuda del extranjero. No se podría someter de nuevo al pueblo desafiante a la obediencia y la sumisión permanentes, concluía Austin.[\[80\]](#)

Mucho antes, Nicolás Maquiavelo había explicado que el príncipe «... que tiene a todo el pueblo por su enemigo, nunca puede estar seguro, y mientras mayor sea su crueldad, mas débil se irá volviendo su régimen».[\[81\]](#)

La aplicación política de estos principios la demostraron en la práctica los heroicos noruegos que resistieron la ocupación nazi, y,

como se mencionó en el Capítulo Uno, los valientes polacos, alemanes, checos, eslovacos y muchos más que resistieron la agresión comunista y su dictadura, y que finalmente contribuyeron a producir el desmoronamiento del régimen comunista en Europa. Este, por supuesto, no es un fenómeno nuevo. Los casos de resistencia no violenta se remontan por lo menos hasta el año 494 a.C., cuando los plebeyos les negaron su cooperación a sus amos, los patricios romanos.[\[82\]](#) Los pueblos en Asia, África, las Américas, Australasia y las islas del Pacífico, así como en Europa, han empleado la lucha no violenta en distintos momentos.

Tres de los factores más importantes para determinar hasta qué grado estará o no controlado el poder del gobierno son: 1) el *deseo* relativo por parte de la población de imponerle límites al poder del gobierno; 2) la *fuerza* relativa de las organizaciones e instituciones independientes para quitarle colectivamente los recursos que necesita el poder; y 3) la relativa *capacidad* por parte de la población de negarle su consentimiento y apoyo.

Centros de poder democrático

Una de las características de la sociedad democrática es que existe una multitud de grupos e instituciones no gubernamentales. Ellas incluyen, por ejemplo, la familia, las organizaciones religiosas, las asociaciones culturales, clubes deportivos, instituciones económicas, sindicatos, instituciones estudiantiles, partidos políticos, pueblitos, asociaciones de colonos, clubes de jardinería, organizaciones de derechos humanos, grupos musicales, sociedades literarias y otras. Estos cuerpos son importantes porque establecen sus propios objetivos y también porque ayudan a satisfacer las necesidades de la sociedad.

Además, estos cuerpos tienen un gran significado político. Suministran las bases grupales e institucionales para que la gente pueda ejercer su influencia en la sociedad y resistir la de otros grupos o del gobierno cuando estos claramente se inmiscuyan injustamente en sus intereses, actividades y propósitos. Los

individuos aislados que no son miembros de estos grupos por lo general se hallan incapacitados para producir un impacto significativo en la sociedad, mucho menos en el gobierno, y ciertamente no en una dictadura.

Por lo tanto, si la autonomía y libertad de tales cuerpos puede ser suprimida por los dictadores, la población quedará relativamente indefensa. Además, si estas instituciones pueden ser controladas dictatorialmente por el poder central, o sustituidas por otras bajo control de aquel, podrán ser utilizadas para controlar tanto a los miembros individuales de estas como a las áreas correspondientes de la sociedad.

No obstante, si la autonomía y libertad de estas instituciones civiles independientes (fuera del control gubernamental) se pueden mantener o recuperar, estas serán de suma importancia para la aplicación del desafío político. El rasgo común en los ejemplos citados, donde las dictaduras han sido desintegradas o debilitadas, ha sido la valiente aplicación masiva del desafío político por la población y sus instituciones.

Como hemos afirmado, estos centros de poder sirven de bases institucionales desde las cuales la población puede ejercer presión o resistir los controles dictatoriales. En el futuro, serán una base estructural indispensable para una sociedad libre. El crecimiento continuado y la independencia de las mismas, por consiguiente, es a menudo el requisito previo para el triunfo de una lucha de liberación.

Si la dictadura ha tenido éxito en destruir o controlar los cuerpos independientes de la sociedad será importante para los que ofrezcan resistencia, crear nuevos grupos sociales e instituciones independientes, o tratar de recuperar el control de los cuerpos sociales supervivientes o de los parcialmente controlados. Durante la revolución húngara de 1956-57, apareció una multitud de «concejos de democracia directa», que llegaron a juntarse inclusive para establecer durante varias semanas todo un sistema federal de instituciones y gobierno. En Polonia, durante las postrimerías de 1980, los trabajadores mantuvieron sindicatos ilegales de Solidaridad y, en algunos casos, tomaron el control de los sindicatos oficiales

dominados por los comunistas. Algunos de estos procesos institucionales pueden tener consecuencias políticas muy importantes.

Por supuesto, nada de esto significa que sea fácil debilitar o destruir una dictadura, ni que cualquier intento de hacerlo tendrá éxito. Desde luego no quiere decir que la lucha estará libre de víctimas, porque los que todavía estén sirviendo a la dictadura van a contraatacar en un esfuerzo por obligar a la población a regresar a la cooperación y la obediencia.

Sin embargo, esta nueva percepción del poder significa que la desintegración deliberada de una dictadura sí es posible. Las dictaduras, en particular, tienen características específicas que las hacen vulnerables al desafío político diestramente implementado. Examinemos con más detalle estas características.

CUATRO

LAS DICTADURAS TIENEN PUNTOS DÉBILES

Por lo general, las dictaduras parecen invulnerables. Las agencias de inteligencia, la policía, las fuerzas militares, las prisiones, los campos de concentración y los pelotones de fusilamiento están controlados por unos pocos con mucho poder. Las finanzas de un país, sus recursos naturales y su capacidad de producción a menudo son saqueados por los dictadores y usados para apoyar su voluntad.

En comparación, las fuerzas democráticas con frecuencia aparecen como extremadamente débiles, ineficaces e impotentes. La percepción de la invulnerabilidad frente a la impotencia hace poco probable una oposición efectiva.

Sin embargo, esto no agota el tema.

Identificando el talón de Aquiles

Un mito de la Grecia clásica ilustra bien la vulnerabilidad de lo supuestamente invulnerable. A Aquiles, el guerrero, ningún golpe podía dañarlo y ninguna espada penetrar su piel. Cuando era un recién nacido, se supone que su madre lo había sumergido en las aguas del mágico río Estigio, y por eso su cuerpo estaba protegido contra todos los peligros. Había, sin embargo, un problema. Como el niño había sido sostenido por el talón para que no fuese arrastrado por la corriente, el agua mágica no había cubierto esa pequeña porción de su cuerpo. Cuando Aquiles se hizo un hombre, le parecía a todos que era invulnerable frente a las armas enemigas. Pero en la batalla de Troya un soldado enemigo, instruido por alguien que conocía la debilidad de aquel, logró clavarle una flecha en el talón desprotegido, en el único lugar donde podía ser herido. La herida fue fatal. Todavía hoy la frase «el talón de Aquiles»

se refiere a la parte vulnerable de una persona, un plan o una institución que si se le ataca, no está protegida.

El mismo principio se aplica a los dictadores más desalmados. Ellos también pueden ser vencidos, pero más rápidamente y con un coste menor si sus debilidades pueden identificarse y se concentra en ellas el ataque.

Puntos débiles de las dictaduras

Entre los puntos débiles de las dictaduras están los siguientes:

1. Se les puede restringir o negar la cooperación de muchas personas, grupos e instituciones que necesitan para hacer funcionar el sistema.

2. Los requisitos y efectos de las políticas anteriores del régimen de cierta manera limitan su capacidad presente para adoptar y ejecutar políticas contrarias.

3. El sistema puede convertirse en rutinario en cuanto a su modo de obrar y ser menos apto para ajustarse rápidamente a situaciones nuevas.

4. El personal y los recursos ya destinados para las tareas habituales no estarán fácilmente disponibles para nuevas necesidades.

5. Los subordinados, temerosos de no complacer a sus superiores, pueden no proporcionar todos los detalles de la información que los dictadores necesitan para tomar decisiones.

6. La ideología puede erosionarse; los mitos y símbolos del sistema pueden perder su solidez.

7. Si hay una fuerte ideología que influye en la visión de la realidad, una adhesión firme a la misma puede ser causa de desatención de las condiciones y necesidades reales.

8. El deterioro de la competitividad y eficiencia de la burocracia, o los excesivos controles y regulaciones, pueden volver ineficaces las políticas y operaciones del sistema.

9. Los conflictos institucionales internos y las rivalidades y hostilidades personales pueden dañar, o aun interrumpir, las operaciones de la dictadura.

10. Los intelectuales y los estudiantes pueden impacientarse por las condiciones o restricciones o el enfoque doctrinario y la represión.

11. El público en general puede, con el tiempo, volverse apático y hasta hostil al régimen.

12. Las diferencias regionales, de clase o nacionales pueden agudizarse.

13. La jerarquía del poder de una dictadura es siempre, hasta cierto punto, inestable y a veces lo es extremadamente; los individuos no permanecen inmutables en sus posiciones y rangos, sino que pueden elevarse o caer a otros niveles o ser separados por completo y sustituidos por un personal nuevo.

14. Sectores de la policía o de las fuerzas militares pueden actuar para lograr sus propios objetivos, aun cuando esto sea contra la voluntad de los dictadores en el poder, y llegar hasta el golpe de estado.

15. Si la dictadura es nueva, necesita tiempo para afianzarse bien.

16. Como en una dictadura muy pocos toman muchas decisiones, es probable que ocurran errores de juicio, de política o de acción.

17. Si el gobierno está buscando evitar estos peligros, y descentraliza los controles y la toma de decisiones, su control de los puntos clave para el poder puede deteriorarse aún más.

Atacando las debilidades de la dictadura

Conociendo semejantes debilidades intrínsecas, la oposición democrática puede buscar cómo agravar esos «talones de Aquiles» deliberadamente, a fin de alterar el sistema drásticamente o bien desintegrarlo.

La conclusión es obvia. A pesar de la apariencia de fuerza, todas las dictaduras tienen sus debilidades, sus ineficiencias internas, sus

rivalidades personales, sus funcionamientos institucionales defectuosos y sus conflictos entre organizaciones y departamentos. Estas debilidades, con el tiempo, tienden a hacer al régimen menos efectivo y más vulnerable a los cambios de condiciones y a la resistencia deliberada. No todo lo que el régimen se proponga lo va a lograr, al menos completamente. A veces, por ejemplo, aun las órdenes directas de Hitler quedaron sin ejecutarse porque los que estaban por debajo de él en la jerarquía se abstenían de llevarlas a cabo. El régimen dictatorial puede a veces desbaratarse rápidamente, como ya hemos observado.

Esto no quiere decir que las dictaduras se puedan destruir sin riesgos ni víctimas. Cualquier curso de acción posible para lograr la liberación incurrirá en riesgos y sufrimiento potencial, y tomará tiempo para poder ponerse en marcha. Y, por supuesto, ningún medio de acción puede asegurar el triunfo rápido en cada situación. Sin embargo, los tipos de lucha que tienen como objetivo las debilidades identificables de la dictadura tienen más posibilidad de éxito que aquellos en que se busca combatir la dictadura allí donde a todas luces esta es más fuerte. La pregunta es: ¿cómo ha de conducirse esta lucha?

CINCO

EJERCIENDO EL PODER

En el Capítulo Uno advertimos que la resistencia armada contra las dictaduras no las afecta donde son más débiles sino más bien donde son más fuertes. Al escoger competir en el campo de las fuerzas militares, el suministro de armamentos, la tecnología armamentística y demás, los movimientos de resistencia tienden a situarse donde están en clara desventaja. Las dictaduras casi siempre podrán desplazar recursos superiores en esas áreas. Hemos subrayado también el peligro de confiar en los poderes extranjeros para la salvación. En el Capítulo Dos examinamos los problemas que conlleva confiar en las negociaciones como un modo de quitarse las dictaduras de encima.

¿Cuáles son los medios disponibles que ofrecerán a la resistencia democrática una clara ventaja y que lograrán agravar las debilidades identificadas de las dictaduras? ¿Qué técnica de acción va a aprovechar la teoría del poder político que discutimos en el Capítulo Tres? La alternativa a escoger es el desafío político.

El desafío político tiene las siguientes características:

- No acepta que los resultados sean decididos por los medios de lucha escogidos por la dictadura.
- Es difícil para el régimen combatirlo.
- Puede agravar extraordinariamente las debilidades de la dictadura y negarle acceso a sus fuentes de poder.
- Puede dispersarse ampliamente en cuanto a la acción, pero también puede concentrarse en un objetivo específico.
- Conduce a errores de juicio y de acción por parte de los dictadores.

- Puede utilizar a la población como un todo, y a los grupos e instituciones de la sociedad en la lucha y acabar con el dominio brutal de unos pocos.
- Sirve para acrecentar la distribución del poder efectivo en la sociedad, haciendo que el establecimiento y mantenimiento de una sociedad democrática sea más viable.

La dinámica de la lucha no violenta

Como sucede con la capacidad militar, el desafío político se puede emplear con una variedad de propósitos, que van desde esforzarse por influir en los opositores para que hagan cosas diferentes, crear condiciones para la solución pacífica de un conflicto, hasta desintegrar el régimen de los adversarios. Pero la dinámica del desafío político es muy diferente a la de la violencia. Aunque ambas técnicas son herramientas para luchar, lo hacen por medios muy distintos y con distintas consecuencias. Los modos y resultados de un conflicto violento son bien conocidos. Las armas físicas se usan para intimidar, herir, matar y destruir.

La lucha no violenta es una técnica mucho más variada y compleja que la violencia. A diferencia de esta, es una lucha que emplea armas políticas, económicas, sociales y psicológicas, aplicadas por la población y las instituciones de la sociedad. A estas armas se las ha conocido bajo diversos nombres, como protestas, huelgas, desobediencia o no cooperación, boicot, descontento y poder popular. Como advertimos antes, todos los gobiernos pueden gobernar mientras, por medio de la cooperación, sumisión y obediencia de la población y de las instituciones de la sociedad, reciban el constante refuerzo de las fuentes de poder que necesitan. El desafío político, a diferencia de la violencia, es el instrumento idóneo para negarle acceso al régimen a esas fuentes de poder.

Las armas y la disciplina no violentas

El error común de las campañas improvisadas de desafío político es la dependencia o confianza en uno o dos procedimientos, tales como

las huelgas y las manifestaciones. De hecho, existe una multitud de procedimientos que les permiten a los estrategas de la resistencia tanto concentrar como dispersar la resistencia, según haga falta.

Se han podido identificar hasta cerca de doscientos métodos de acción no violenta y, por supuesto, hay muchos más. Estos procedimientos se clasifican en tres grandes categorías: protesta y persuasión, no cooperación e intervención. Los métodos no violentos de protesta y persuasión son mayormente manifestaciones simbólicas, que incluyen desfiles, marchas y vigilias (54 métodos). La no cooperación se divide en tres sub-categorías: a) de no cooperación social (16 métodos); b) de no cooperación económica: el boicot inclusive (26 métodos) y huelgas (23 métodos); y c) de no cooperación política (38 métodos). La intervención no violenta, mediante procedimientos psicológicos, sociales, económicos o políticos tales como el ayuno, la ocupación no violenta y el gobierno paralelo (41 métodos), es el último grupo. Una lista de 198 de estos métodos se incluye en el apéndice de esta publicación.

Es probable que a cualquier régimen ilegítimo le cause graves problemas el uso de un número considerable de estos métodos — cuidadosamente escogidos, aplicados persistentemente y en gran escala, fundidos en el contexto de una sabia estrategia y de tácticas apropiadas por civiles adiestrados. Esto es aplicable a todas las dictaduras.

Los procedimientos de la lucha no violenta pueden enfocar directamente los asuntos más inmediatos, lo cual no es posible con los medios militares. Por ejemplo, ya que el problema que presenta una dictadura es esencialmente político, sería muy importante aplicar las formas políticas de la lucha no violenta. Esto incluiría la negación de la legitimidad a los dictadores y la no cooperación con su régimen. La no cooperación sería también aplicada contra algunas políticas específicas. A veces el obstaculizar el trabajo o el demorarlo puede realizarse en silencio, o aun secretamente, mientras que otras veces, la franca desobediencia o las desafiantes manifestaciones públicas y las huelgas pueden ser vistas por todos.

Por otra parte, si la dictadura es vulnerable a las presiones económicas, o si muchos de los agravios del pueblo son económicos, entonces la acción económica, como el boicot o las huelgas, puede ser el procedimiento apropiado para la resistencia. Los esfuerzos del dictador por explotar el sistema económico pueden contrarrestarse mediante huelgas generales limitadas, demoras en el ritmo del trabajo o por la negación de ayuda (o desaparición) de parte de los expertos. El uso selectivo de diversos tipos de huelgas puede enfocar puntos clave en el proceso manufacturero, en el transporte, en el suministro de materias primas y en la distribución de productos.

Algunas tácticas de la lucha no violenta requieren que la gente realice actos que no están relacionados con su vida normal, tales como volanteo, manejar una imprenta clandestina, ponerse en huelga de hambre o sentarse a media calle. Salvo en situaciones muy extremas, para algunas personas estas acciones pueden ser difíciles de llevar a cabo.

Por el contrario, otros métodos de lucha no violenta requieren que la gente continúe llevando su vida normal aunque con algunas diferencias. Por ejemplo, pueden ir a trabajar en vez de ponerse en huelga, pero una vez allí, deliberadamente trabajar más lentamente o con menos eficacia que la habitual. Conscientemente se pueden cometer «errores» con más frecuencia. A veces, uno puede estar «enfermo» o «impedido» de trabajar, o simplemente se puede negar a trabajar. Uno puede asistir a una ceremonia religiosa cuando tal acto no solo expresa las convicciones religiosas sino las políticas. Se puede proteger a los niños de la propaganda de los atacantes mediante la instrucción en casa o en clases ilegales. Uno puede negarse a pertenecer a cierta organización «recomendada» o impuesta a la cual uno antes no hubiera escogido pertenecer libremente. La semejanza de tal tipo de acción con las actividades acostumbradas de las gentes, y el grado limitado de desviación de la vida normal, pueden hacer que la participación en la lucha de liberación nacional sea mucho más fácil para mucha gente.

Como la lógica de la lucha no violenta difiere en muchos aspectos de la acción violenta, hasta una violencia limitada sería contraproducente durante una campaña de desafío político, porque desviaría la lucha hacia un campo donde los dictadores tienen una ventaja abrumadora (la contienda armada). La disciplina no violenta es clave para el éxito, y debe persistirse en ella a pesar de las provocaciones y brutalidades de los dictadores y sus agentes.

El mantener la disciplina no violenta contra los adversarios violentos facilita el trabajo de los cuatro mecanismos de cambio de la lucha no violenta (de lo que trataremos más adelante). La disciplina no violenta es también extremadamente importante en el proceso del *jiu-jitsu* político. En este, la pura brutalidad del régimen contra los activistas claramente no violentos rebota políticamente contra la posición del dictador, causando disensión en sus propias filas y fomentando el apoyo a los de la resistencia de parte de la población en general, de los que generalmente defienden al régimen y de terceras personas.

Sin embargo, en algunos casos una violencia limitada contra la dictadura puede ser inevitable. La frustración y el odio contra el régimen pueden explotar violentamente. O bien ciertos grupos pueden no estar deseosos de abandonar el uso de medios violentos aun cuando reconozcan el importante papel de la lucha no violenta. En estos casos no es necesario abandonar el desafío político. Sin embargo, será necesario separar la acción violenta lo más posible de la acción no violenta. Esto ha de hacerse en términos geográficos, de sectores de la población, de tiempo y de problemas. De otro modo, la violencia puede tener efectos desastrosos sobre el uso del desafío político, el cual potencialmente es mucho más poderoso y eficaz.

La historia indica que aun cuando se espera que haya víctimas, tanto muertos como heridos, en el desafío político las habrá en número mucho menor que las que se producirían en la contienda armada. Es más, este tipo de lucha no contribuye al ciclo interminable de matazón y brutalidad.

La lucha no violenta requiere una pérdida del miedo y un mayor control sobre sí mismo, por una parte, y tiende a producir este efecto frente al gobierno y su represión brutal. Esa pérdida del miedo, o al control sobre sí mismo, es un elemento clave para destruir el poder que los dictadores tienen sobre la población en general.

Franqueza, clandestinidad y comportamiento intachable

La clandestinidad, el engaño y la conspiración subterránea le plantean problemas muy graves a un movimiento que emplee la acción no violenta. A menudo, es prácticamente imposible impedir que los agentes de la policía o de la inteligencia se enteren de las intenciones y los planes. Desde la perspectiva del movimiento, el clandestinaje no solo tiene sus raíces en el miedo sino que contribuye a aumentarlo. Esto reblandece el espíritu de la resistencia y reduce el número de personas que podrían participar en una acción específica. También puede contribuir a que, dentro del movimiento, haya sospechas y acusaciones, a menudo injustificadas, acerca de quién podría ser un informante o un agente de los contrarios. El secreto también puede afectar la habilidad de un movimiento para persistir en la práctica de la no violencia. Al contrario, la franqueza en cuanto a planes e intenciones contribuirá a dar la imagen de que el movimiento de resistencia es en extremo poderoso. El problema, por supuesto, es más complejo de lo que esto sugiere, y hay aspectos significativos de las actividades de la resistencia que van a requerir el secreto. Los entendidos tanto en la dinámica de la lucha no violenta como en los medios de vigilancia de la dictadura en la situación específica necesitarán una evaluación bien documentada.

La edición, impresión y distribución de publicaciones clandestinas, las transmisiones ilegales por radio desde dentro del país y la inteligencia recogida sobre las operaciones de la dictadura están entre las clases limitadas de actividades especiales que requieren un alto grado de sigilo.

En todas las etapas del conflicto es necesario mantener un comportamiento intachable en la acción no violenta. Factores como el no tener miedo y el mantener la disciplina no violenta deben estar siempre presentes. Es importante tener en cuenta que va a necesitarse un gran número de gente para efectuar grandes cambios. Esa cantidad de participantes confiables solo se puede obtener manteniendo el más alto nivel de comportamiento.

Cambios en las relaciones de poder

Los estrategas necesitan recordar que el conflicto donde se aplica el desafío político es un campo de lucha siempre cambiante, con un continuo juego de ataques y contraataques. Nada es estático. Las relaciones de poder, tanto absolutas como relativas, están sujetas a cambios rápidos y constantes. Esto es posible porque los que trabajan en la resistencia continúan tenazmente en su actividad no violenta a pesar de la represión.

En este tipo de situación de conflicto, las respectivas variaciones de poder en los bandos contendientes tienden a ser más extremas que en los conflictos violentos, y tienen una gama más variada de consecuencias significativas en lo político. Debido a esas variaciones, las acciones específicas de los de la resistencia, por lo general, tienen consecuencias que van más allá del lugar o del momento en que ocurren. Estos efectos tendrán repercusiones que fortalecerán o debilitarán a un grupo u otro.

Además, el grupo no violento puede, por sus acciones, influir sobre el aumento o disminución de la fuerza relativa del *grupo contrario*, en un grado mucho mayor del que ocurre en los conflictos militares. Por ejemplo, la resistencia no violenta, disciplinada y valiente, frente a la brutalidad de los dictadores, puede producir desazón, descontento o desconfianza, y, en situaciones extremas, hasta el amotinamiento entre los propios soldados y el personal al servicio de la dictadura. Esta resistencia también puede dar lugar a que aumente la condena internacional de la dictadura. Además, el empleo del desafío político disciplinado, persistente y bien

adiestrado, puede hacer que más y más gente, que normalmente apoyaría tácitamente a los dictadores o que por lo general permanecerían neutrales en el conflicto, participe en la resistencia.

Cuatro mecanismos de cambio

La lucha no violenta produce cambios de cuatro maneras. El primer mecanismo es el que se consideraría menos probable, aunque así ha ocurrido. Cuando los miembros del grupo contrario se conmueven emocionalmente por los sufrimientos que la represión ha infligido en los valientes activistas de la resistencia, o racionalmente se persuaden de que la causa de los de la resistencia es justa, llegan a aceptar los objetivos de los de la resistencia. A este mecanismo se lo llama *conversión*. Aunque se dan casos de conversión en la lucha no violenta, son raros, y en la mayor parte de los conflictos esto no ocurre de manera alguna, o por lo menos en escala significativa.

Con mucha más frecuencia la lucha no violenta obra cambiando la situación del conflicto y de la sociedad, de modo que el adversario simplemente no puede hacer lo que le viene en gana. Es este cambio el que produce los otros tres mecanismos: la acomodación, la coerción no violenta y la desintegración. Cuál de estos ocurra dependerá del grado en que las relaciones de poder, absolutas o relativas, hayan cambiado a favor de los demócratas.

Si las cuestiones a debatir no son fundamentales, las exigencias de la oposición en una campaña limitada no se consideran amenazantes, y la confrontación de fuerzas ha alterado las relaciones de poder en alguna medida, el conflicto inmediato puede terminar por medio de un arreglo al que se llegue cediendo cada parte algo, contemporizando. A este mecanismo se lo llama *acomodación*. Por ejemplo, muchas huelgas se resuelven de esta manera: ambas partes consiguen algunos de sus objetivos, pero ninguna obtiene todo lo que quería. El gobierno puede percibir que un arreglo semejante trae algunos beneficios positivos, tales como disminuir la tensión, dar una impresión de «equidad», mejorar la imagen internacional del régimen. Es importante, por lo tanto, que se tenga gran cuidado al

seleccionar los puntos por los cuales el arreglo por acomodación resulte aceptable. La lucha por derribar la dictadura no es uno de esos.

La lucha no violenta puede ser mucho más poderosa de lo que indican los mecanismos de conversión o acomodación. La no cooperación masiva y el desafío pueden cambiar la situación política o social, especialmente las relaciones de poder, de tal manera que los dictadores pierden la capacidad de controlar los procesos económicos, sociales y políticos del gobierno y la sociedad. Las fuerzas militares del adversario pueden volverse tan poco confiables que ya simplemente no obedezcan las órdenes de reprimir a los de la resistencia. Aunque los dirigentes del gobierno permanezcan en sus posiciones y sigan firmes en cuanto a sus objetivos originales, han perdido la capacidad de actuar con efectividad. A esto se le llama coerción no violenta.

En algunas situaciones extremas, las condiciones que ha producido la coerción no violenta van aún mas lejos. La dirigencia adversaria, de hecho, pierde toda su capacidad de actuar, y se viene abajo toda su estructura de poder. La auto-conducción, la no cooperación y el desafío de los de la resistencia se hacen tan perfectos que sus adversarios ahora carecen hasta del simulacro de control sobre ellos. La burocracia del adversario se niega a obedecer a su propia dirigencia. Las tropas de los adversarios y su policía se amotinan. Los simpatizantes y colaboradores del poder adverso repudian a sus antiguos dirigentes y les niegan derecho alguno a mandar. A partir de esto, la antigua obediencia y colaboración desaparecen. El cuarto mecanismo de cambio, la *desintegración* del sistema del adversario, es tan completo que este no tiene siquiera poder suficiente para rendirse. El régimen se ha desintegrado.

Al planificar las estrategias para la liberación, estos cuatro mecanismos deben tenerse en cuenta. Algunas veces operan por casualidad. Sin embargo, la selección de uno o más de estos como el mecanismo de cambio escogido para que obre en el conflicto hará posible que se formulen estrategias específicas que se refuercen mutuamente. La selección de uno o más mecanismos dependerá de

numerosos factores, inclusive del poder absoluto y relativo de los grupos contendientes y de las actitudes y objetivos del grupo no violento.

Efectos democratizadores del desafío político

En contraste con los efectos centralizantes de las sanciones violentas, el empleo de las técnicas de la lucha no violenta contribuye a democratizar la sociedad de varias maneras.

Una parte del efecto democratizador es negativo. Esto es, en contraste con los medios armados, esta técnica no suministra un instrumento para la represión bajo el mando de una élite gobernante que pueda volverse contra la población para establecer y mantener una dictadura. Los líderes de un movimiento de desafío político pueden influir en o presionar a sus seguidores, pero no pueden ni encarcelarlos ni ajusticiarlos si disienten o escogen otros líderes.

La otra parte del efecto democratizador es positiva. Esto quiere decir que la lucha no violenta le da a la población armas para la resistencia, que podrán usar para defender sus libertades tanto contra los dictadores que existen como contra los que puedan existir. A continuación, mencionamos varios de los efectos democratizadores positivos que tiene la lucha no violenta:

- La experiencia de aplicar la lucha no violenta puede hacer que la población confíe más en sí misma en cuanto a desafiar las amenazas del régimen y la capacidad de este para la represión violenta.
- La lucha no violenta entrega las armas de la no cooperación y el desafío, mediante las cuales la población puede resistirse a los controles no democráticos que imponga sobre ella cualquier grupo dictatorial.
- La lucha no violenta se puede usar para defender la práctica de las libertades democráticas, tales como la de expresión, la prensa libre, las organizaciones independientes y el derecho a reunirse enfrentándose a controles represivos.

- La lucha no violenta contribuye en forma importante a la supervivencia, renacimiento y fortalecimiento de los grupos e instituciones independientes de la sociedad como mencionamos antes. Estas son importantes para la democracia por el valor que tienen para movilizar la capacidad de poder de la población y de imponerle límites al poder efectivo de cualquier dictador en potencia.
- La lucha no violenta suministra armas mediante las cuales la población logra concentrar su poder contra la acción represiva, policiaca o militar, ejercida por un gobierno dictatorial.
- La lucha no violenta ofrece métodos mediante los cuales la población y las instituciones independientes pueden, en interés de la democracia, restringirle o negarle los recursos de poder a la minoría gobernante y, por lo tanto, amenazar su capacidad de seguir ejerciendo la dominación.

La complejidad de la lucha no violenta

Como hemos visto en esta exposición, la lucha no violenta es una compleja técnica de acción social que comprende una multitud de métodos, una serie de mecanismos de cambio y unos requisitos conductuales específicos. Para que resulte efectivo, especialmente contra una dictadura, el desafío político requiere preparación y planificación. Los probables participantes tendrán necesidad de comprender qué se espera de ellos. Hace falta que haya recursos disponibles. Los estrategas tendrán que haber analizado cómo se puede aplicar la lucha no violenta con más efectividad. Ahora dirigiremos nuestra atención hacia ese elemento crucial: la necesidad de una planificación estratégica.

SEIS

NECESIDAD DE LA PLANIFICACIÓN ESTRATÉGICA

Las campañas de desafío político contra las dictaduras pueden empezar de varias maneras. En el pasado, estas luchas casi nunca se planeaban y eran de hecho accidentales. Algunos de los agravios específicos que desencadenaron las acciones anteriores han variado notablemente, pero a menudo incluyeron nuevas brutalidades, el arresto o la muerte de una persona tenida en alta estima, una nueva política o regulación represiva, escasez de alimentos, falta de respeto a las creencias religiosas o el aniversario de un importante acontecimiento relacionado con el hecho. A veces una acción específica de parte de la dictadura ha enfurecido a la población de tal manera que esta se ha precipitado a la acción, sin tener la menor idea de cómo podía acabar la insurgencia. Otras veces, un individuo valiente o un pequeño grupo puede haber iniciado una acción que atrajo apoyo. Un malestar específico puede ser reconocido por otros como semejante a las injusticias que ellos han experimentado, y estos también podrán, en consecuencia, sumarse a la lucha. A veces un llamado a la resistencia por parte de un pequeño grupo o de una persona puede encontrar inesperadamente una inmensa acogida.

Aunque la espontaneidad tiene algunas cualidades valiosas, a menudo ha ofrecido desventajas. Con frecuencia, los de la resistencia democrática no han previsto las brutalidades de la dictadura. En consecuencia, han tenido que sufrir gravemente y la resistencia se ha desplomado. A veces, la falta de planificación por parte de los demócratas ha dejado las decisiones cruciales al azar, con resultados desastrosos. Aun cuando el sistema represivo haya sido derribado, la falta de planificación en cuanto a cómo manejar la transición a un sistema democrático ha facilitado el surgimiento de una nueva dictadura.

Planificación realista

En el futuro, la acción popular no planificada indudablemente va a jugar un papel importante en los movimientos contra las dictaduras. Sin embargo, ahora ya es posible calcular los modos más efectivos de dar al traste con una dictadura, determinar cuándo la situación política y el sentir popular están maduros, y cómo decidir la manera de comenzar una campaña. Se requiere un juicio muy cauto, basado *en un cálculo realista de la situación* y de las capacidades del pueblo para seleccionar la manera más efectiva de conquistar la libertad en tales circunstancias.

Si uno desea lograr algo es de sabios planear cómo hacerlo. Mientras más importante sea la meta, o mayor la gravedad de las consecuencias en caso de fracaso, más importante resulta la planificación. La planificación estratégica aumenta la probabilidad de que todos los recursos que puedan conseguirse se movilicen y empleen de la manera más efectiva. Esto es especialmente cierto cuando se trata de un movimiento democrático —que dispone de recursos materiales limitados y cuyos colaboradores están en peligro— que esté tratando de derribar una potente dictadura. Por el contrario, la dictadura, por lo general, tiene acceso a muchos recursos materiales, fuerza organizativa y capacidad de cometer barbaridades.

«Planificar una estrategia» aquí quiere decir calcular un curso de acción que hará factible pasar de una situación presente a un futuro deseado. En los términos de esta discusión, significa pasar de la dictadura a un sistema democrático en el futuro. Un plan para alcanzar esos objetivos por lo general consiste en una serie, en distintas etapas, de campañas y otras actividades, organizadas y diseñadas para fortalecer a la población y la sociedad oprimidas y para debilitar la dictadura. Adviértase aquí que el objetivo no es simplemente destruir la dictadura en curso, sino establecer un sistema democrático. Una gran estrategia que limite su objetivo solo a destruir la dictadura en boga corre un terrible riesgo de producir otro tirano.

Obstáculos a la planificación

Algunos partidarios de la libertad, en diversas partes del mundo, no ponen toda su capacidad al servicio de cómo alcanzar la liberación. Solo raramente esos abogados de la causa reconocen plenamente la importancia de una meticulosa planificación estratégica antes de actuar. Por lo tanto, casi nunca lo hacen.

¿Por qué será que las personas que tiene la visión de traerla libertad política a su pueblo, tan raramente preparan un plan estratégico global a fin de alcanzar esa meta? Desafortunadamente, con frecuencia la mayoría de los miembros de un grupo democrático de oposición no entienden la necesidad que hay de planear o no están acostumbrados o capacitados a pensar estratégicamente. Esta es una tarea difícil. Constantemente acosados por la dictadura y agobiados por sus responsabilidades inmediatas, los líderes de la resistencia no tienen ni la seguridad ni el tiempo para desarrollar las destrezas de cómo pensar en base a lo estratégico.

Por el contrario, el patrón común es simplemente reaccionar a las iniciativas de la dictadura. Así, la oposición está siempre a la defensiva, tratando de defender libertades limitadas o los bastiones de la libertad; en el mejor de los casos, demorando el avance de los controles dictatoriales, u ocasionándoles problemas a las nuevas políticas del régimen.

Algunos individuos o grupos, por supuesto, no ven que haya necesidad de una amplia planificación a largo plazo para un movimiento de liberación. En cambio, piensan ingenuamente que si ellos simplemente se abrazan a sus ideales con fuerza y tesón durante un tiempo suficiente, de alguna manera acabarán por realizarlos. Otros asumen que porque simplemente viven y dan testimonio de sus principios e ideales frente a las dificultades están haciendo cuanto pueden para implementarlos. El compromiso con los objetivos humanitarios y la lealtad a los ideales son admirables pero inadecuados para acabar con una dictadura y conquistar la libertad.

Otros opositores de la dictadura muy ingenuamente creen que si solo llegan a emplear la violencia suficiente, la libertad llegará sola. Pero, como apuntamos antes, la violencia no garantiza el éxito. En vez de a la liberación, esta puede llevar a la derrota, a la tragedia masiva o a ambas. En la mayoría de los casos la dictadura está mejor equipada para la lucha violenta, y las realidades militares rara vez están a favor de los demócratas.

También hay activistas que basan su acción en lo que ellos sienten que deben hacer. Estos modos de abordar la situación son no solo egocentristas sino que no ofrecen guía alguna para desarrollar una gran estrategia de liberación.

La acción basada en la «idea genial» que alguien haya tenido también es limitada. Lo que se necesita en lugar de eso es la acción basada en un cálculo minucioso de los «siguientes pasos» que hay que dar para derrocar la dictadura. Sin un análisis estratégico, los líderes de la resistencia a menudo no sabrán cuál deberá ser ese «siguiente paso», porque no han pensado seriamente en los pasos sucesivos que hay que dar para alcanzar la victoria. La creatividad y las ideas brillantes son muy importantes, pero tienen que ser utilizadas para hacer avanzar la causa de las fuerzas democráticas.

Sagazmente alerta en cuanto a la multitud de acciones que podrían tomarse contra la dictadura, e incapaces de determinar cuándo empezar, algunas personas aconsejan «hacerlo todo al mismo tiempo». Esto podría ser útil, pero, por supuesto, es imposible, especialmente en momentos relativamente débiles. Es más, un enfoque semejante no suministra una guía acerca de dónde comenzar, dónde concentrar el esfuerzo y cómo usar los recursos, la mayor parte de las veces limitados.

Otras personas o grupos pueden contemplar la necesidad de alguna planificación, pero solo pueden pensarla a corto plazo y sobre base táctica. Puede que no vean que una planificación a largo plazo es necesaria o posible. Puede que a veces sean incapaces de pensar y analizar en términos estratégicos, y se permiten, repetidamente, ser distraídos por cuestiones de poca monta, a menudo respondiendo más a las acciones de sus adversarios en lugar de

tomar la iniciativa para la resistencia democrática. Dedicándoles tanta energía a actividades de corto plazo, estos líderes con frecuencia dejan de explorar cursos alternativos de acción, donde podrían encauzarse todos los esfuerzos para ir acercándose progresivamente a la meta.

También es quizá posible que algunos movimientos democráticos no planeen una gran estrategia para hacer caer la dictadura, sino que se concentren en problemas inmediatos por alguna muy buena razón. En su fuero interno no creen que pueden acabar con la dictadura por su propio esfuerzo. Por consiguiente, el planear cómo hacerlo se considera una romántica pérdida de tiempo o un ejercicio inútil. Los que luchan por la libertad contra una dictadura brutal bien establecida tienen que enfrentarse a un poder militar y policíaco tal que parece que los dictadores siempre podrán salirse con la suya. Carentes de verdadera esperanza, estas personas, a pesar de todo, desafiarán la dictadura por razones de integridad o tal vez de historia. Aunque no lo admitan nunca ni lo reconozcan jamás, sus acciones a sus propios ojos estarán desprovistas de esperanza. A partir de ahí, para ellos la planificación de una gran estrategia a largo plazo no vale la pena.

El resultado de esa incapacidad de planear estratégicamente suele ser drástico: se dispersan las fuerzas, las acciones son inefectivas, se dilapida la energía en asuntos sin importancia y los sacrificios se hacen para nada. Si los demócratas no planifican estratégicamente, lo más probable es que no alcancen sus objetivos. Una mezcla de acciones no planeadas ni integradas no va a llevar adelante ningún esfuerzo de resistencia significativo. En lugar de ello, lo más probable es que le permitan a la dictadura aumentar sus controles y su poder.

Desafortunadamente, porque rara vez se desarrollan planes estratégicos amplios para la liberación, las dictaduras parecen ser más duraderas de lo que de hecho son. Sobreviven por años y décadas más allá de lo que podría ser el caso.

Cuatro términos importantes para la planificación estratégica

A fin de ayudarnos a pensar estratégicamente, es importante percibir con claridad qué significan cuatro términos básicos.

La *gran estrategia*: es la concepción que sirve para coordinar y dirigir el uso de todos los recursos apropiados y disponibles (económicos, humanos, morales, políticos, organizacionales, etc.) de un grupo que busca alcanzar sus objetivos en un conflicto.

La gran estrategia, al enfocar la atención del grupo en los objetivos primarios y en los recursos en el conflicto, escoge entre las técnicas de acción más apropiadas (tales como la acción militar convencional o la lucha no violenta) cuál ha de emplearse en la contienda. Al planear la gran estrategia, los líderes de la resistencia deben evaluar y planificar qué presiones e influencias han de aplicarse sobre los adversarios. Más adelante, la gran estrategia tendrá que ocuparse de las decisiones sobre las condiciones y el momento apropiado en que las campañas de resistencia, iniciales y subsecuentes, deban echarse a andar.

La gran estrategia sienta el organigrama básico para la selección de las estrategias menores con las que se ha de desarrollar la lucha. La gran estrategia, además, determina a cuáles grupos específicos se les encomendarán tareas generales así como la distribución de los recursos que se han de emplear en la lucha.

La *estrategia* es la concepción de cómo alcanzar los objetivos en un conflicto de la mejor manera, operando en el ámbito de la gran estrategia escogida. La estrategia tiene que ver con si se ha de pelear o no, y cuándo y cómo, así como con el modo de lograr el máximo de efectividad al luchar por ciertos fines. A la estrategia se la ha comparado con el concepto del artista, y a la planificación estratégica con el proyecto o plano detallado de un arquitecto.[\[83\]](#)

La estrategia incluirá también los esfuerzos por desarrollar una situación tan ventajosa para los retadores que los retados puedan prever que un conflicto abierto les ocasionaría una derrota, y así se decidan a capitular sin llegar al combate. O si no, que la situación

estratégica sea tan buena que el triunfo de los retadores en la contienda resulte evidente. La estrategia comprende también cómo usar bien los triunfos obtenidos.

Aplicado al desarrollo de la lucha en sí, el plan estratégico indica cómo debe desarrollarse la campaña y cómo los diferentes componentes de la misma tienen que combinarse unos con otros para llevarla lo más ventajosamente posible a conquistar sus objetivos. Comprende el hábil desplazamiento de los grupos de acción particulares en operaciones menores. La planificación de una buena estrategia tiene que considerar que se requiere una técnica de lucha, escogida para el éxito de la operación. Las diferentes técnicas tendrán diferentes exigencias. Por supuesto, el cumplir con «requisitos» no basta para asegurar el triunfo. Pueden necesitarse otros factores.

Al trazar las estrategias, los demócratas han de definir claramente sus objetivos y determinar cómo medir la efectividad de los esfuerzos para alcanzarlos. Esta definición y análisis permite al estratega identificar las condiciones precisas para lograr cada objetivo seleccionado. La necesidad de claridad y definición se aplica igualmente a la planificación táctica.

Las tácticas y los métodos de acción se usan para llevar a cabo la estrategia. La *táctica* se refiere al mejor uso de las propias fuerzas para obtener la máxima ventaja en una situación limitada. Una táctica es una acción limitada, que se usa para alcanzar un objetivo restringido. La selección de las tácticas se rige por el principio de cómo usar de la mejor manera, en una fase limitada del conflicto, los medios disponibles de combate para implementar la estrategia. Para ser más efectivos, las tácticas y los métodos siempre deben escogerse y aplicarse para lograr los objetivos estratégicos. Las victorias tácticas que no refuerzan la consecución de los objetivos estratégicos pueden, al final, convertirse en energía despilfarrada.

Una táctica, por lo tanto, se escoge en función de un curso de acción limitado, que encaja dentro de una estrategia más amplia; así como una estrategia encaja dentro de la gran estrategia. Las tácticas siempre tienen que ver con la lucha mientras que la estrategia

incluye consideraciones más amplias. Una táctica en particular solo puede ser comprendida como parte de la estrategia total de una batalla o de una campaña. Las tácticas se aplican por un período de tiempo más breve que las estrategias, en áreas más reducidas (geográficas, institucionales, etc.), por un número más limitado de personas, o para lograr objetivos más limitados. En la acción no violenta, la distinción entre un objetivo táctico y otro estratégico puede deberse parcialmente a que el objetivo de la acción sea más o menos importante.

Las alianzas tácticas ofensivas se escogen para apoyar la conquista de los objetivos estratégicos. Los compromisos tácticos son herramientas de las que se vale el estratega a fin de crear condiciones favorables para dirigir ataques decisivos contra un adversario. Es muy importante, por consiguiente, que aquellos a quienes se ha dado la responsabilidad de planificar y ejecutar las operaciones tácticas tengan la habilidad de discernir la problemática de la situación y escoger los procedimientos más apropiados para enfrentarla. Aquellos que se supone que han de participar deben estar entrenados en el uso de la táctica escogida y en los medios específicos.

El *método* o procedimiento se refiere a las armas específicas o medios de acción. Entre las técnicas de la lucha no violenta se incluyen docenas de formas particulares de acción (tales como los muchos tipos de huelga, el boicot, la resistencia pasiva política y otras parecidas), citadas en el Capítulo Cinco. (Ver también el Apéndice.)

El desarrollo de un plan estratégico responsable y efectivo para una lucha no violenta depende de la selección y formulación minuciosa de la gran estrategia, las estrategias de campaña, las tácticas y los métodos.

La lección principal de esta discusión es que para liberarse de una dictadura se requiere un uso calculado de nuestro propio intelecto para planificar cuidadosamente la estrategia. La incapacidad de planificar inteligentemente puede contribuir al desastre, mientras que el empleo efectivo de nuestras capacidades intelectuales puede

trazar el rumbo de un curso estratégico que juiciosamente utilice nuestros recursos disponibles para impulsar a la sociedad hacia los objetivos de la libertad y la democracia.

SIETE

PLANIFICANDO LA ESTRATEGIA

Para aumentar las posibilidades de éxito, los líderes de la resistencia necesitarán formular un plan de acción global, capaz de fortalecer a la gente que sufre, debilitar la dictadura, después destruirla, y construir una democracia duradera. Para poder llevar a cabo tal plan de acción, es necesario hacer un cálculo minucioso de la situación y de las opciones para una acción eficaz. En base a un análisis así de preciso se pueden desarrollar tanto la gran estrategia como las de campañas específicas para alcanzar la libertad. Aunque relacionados entre sí, el desarrollo de la gran estrategia y el de las estrategias de campaña son dos procesos separados. Las estrategias de campaña han de diseñarse para alcanzar y reforzar los objetivos de la gran estrategia.

El desarrollo de la estrategia de resistencia requiere que se preste atención a muchas interrogantes y tareas. Identificaremos aquí algunos de los factores importantes que han de considerarse, a nivel de gran estrategia así como en el de las estrategias de campaña. Toda la planificación estratégica, sin embargo, requiere que los planificadores de la resistencia tengan una profunda comprensión de toda la dinámica del conflicto, y que le presten atención a los factores históricos, gubernamentales, militares, culturales, sociales, políticos, psicológicos, económicos e internacionales inclusive. Las estrategias solo pueden desarrollarse en el contexto de la lucha particular y de sus antecedentes.

Como asunto de primera importancia, los líderes democráticos y planificadores estrategias querrán plantearse los objetivos y la importancia de la causa. ¿Vale la pena empeñarse en una lucha semejante por esos objetivos? Si es así, ¿por qué? Es crítico determinar el verdadero propósito de la lucha. Ya hemos dicho en

este trabajo que *no* basta con derribar la dictadura o quitar a los dictadores actuales. El objeto de estas luchas debe ser el establecimiento de una sociedad libre, con un sistema democrático de gobierno. La claridad sobre estos puntos influirá en el desarrollo de la gran estrategia y de las subsiguientes estrategias específicas.

En particular, los estrategas tienen que dar respuesta a muchas interrogantes fundamentales como estas:

- ¿Cuáles son los principales obstáculos para lograr la libertad?
- ¿Qué factores facilitarían el alcanzarla?
- ¿Cuáles son los puntos fuertes de la dictadura?
- ¿Cuáles son las diversas debilidades de la dictadura?
- ¿Hasta qué punto son vulnerables las fuentes de poder de la dictadura?
- ¿Cuáles son los puntos fuertes de las fuerzas democráticas y de la población en general?
- ¿Cuáles son los puntos débiles de las fuerzas democráticas y de la población en general, y cómo pueden corregirse?
- ¿Cuál es la posición de terceras personas no inmediatamente involucradas en el conflicto que están ayudando, o podrían ayudar, bien a la dictadura, bien al movimiento democrático, y cómo podrían hacerlo?

Escogiendo los medios

A nivel de gran estrategia, se necesitará que los estrategas escojan el medio de lucha idóneo que ha de emplearse en el conflicto venidero. Necesitan evaluar las ventajas y limitaciones de varias técnicas alternativas de lucha, tales como la beligerancia militar convencional, la guerra de guerrillas, el desafío político y otras.

Para llevar a cabo esta selección, los estrategas necesitan considerar interrogantes como los siguientes: ¿Estará el tipo de lucha que se escoja dentro del marco de las capacidades de los demócratas? ¿Utilizará la técnica escogida las fuerzas de la población

dominada? ¿Enfoca la técnica escogida las debilidades de la dictadura o busca golpearla donde está más fuerte? ¿Los medios que se usen ayudarán a los demócratas a cobrar más confianza en sí mismos, o dependerán de terceras personas o de proveedores externos? ¿Qué historial tienen los medios escogidos de haber servido para el derrocamiento de otras dictaduras? ¿Producirán un aumento o una disminución en la cantidad de víctimas y otras pérdidas que podrían ocurrir en el conflicto venidero? Asumiendo que se vaya a tener éxito en cuanto al derrocamiento de la dictadura, ¿qué efecto tendrían los medios escogidos en el tipo de gobierno que emerja después de la lucha? Es necesario excluir los tipos de acción que se consideren contraproducentes para el desarrollo de la gran estrategia.

En los capítulos anteriores hemos argumentado que el desafío político ofrece ventajas significativas en comparación con las otras técnicas de lucha. Los estrategas tendrán que analizar la dinámica de sus conflictos particulares, y determinar si el desafío político responde afirmativamente a las interrogantes anteriores.

Planificando para la democracia

Debemos recordar que el objetivo de la gran estrategia contra la dictadura no es simplemente la caída de los dictadores sino establecer un sistema democrático y hacer imposible el surgimiento de una nueva dictadura. Para alcanzar estos objetivos será necesario que los medios de lucha que se escojan contribuyan a cambiar la distribución del poder efectivo de la sociedad. Bajo la dictadura, la población y las instituciones civiles de la sociedad han sido demasiado débiles y el gobierno demasiado fuerte. Si no se corrige este desequilibrio, la nueva camarilla, si así lo quisiera, podría ser tan dictatorial como la anterior. Una «revolución palaciega» o un golpe de estado, por consiguiente, no es bienvenido.

El desafío político contribuye a una más equitativa distribución del poder efectivo, mediante la movilización de la sociedad contra la dictadura, tal como fue discutido en el Capítulo Cinco. Este proceso ocurre de diversas maneras. El desarrollo de una capacidad de lucha

no violenta significa que la capacidad de represión violenta de la dictadura ya no va a producir la intimidación ni la sumisión de la población tan fácilmente. Esta va a tener a su disposición poderosos medios de acción para contrarrestar y, a veces, hasta bloquear el ejercicio del poder de los dictadores. Además, la movilización del poder popular por medio del desafío político va a fortalecer las instituciones independientes de la sociedad. La experiencia de haber ejercido alguna vez un poder efectivo no se olvida fácilmente. El conocimiento y adiestramiento que se adquieren en la lucha harán que la población sea menos propensa a que los posibles dictadores la dominen en el futuro. Este cambio en las relaciones de poder hará mucho más probable el establecimiento de una sociedad democrática duradera.

Ayuda del exterior

Como parte de la preparación de la gran estrategia, se necesita calcular qué papel han de jugar la resistencia interna y las presiones externas en la desintegración de la dictadura. En este análisis, hemos insistido que la fuerza principal de la lucha debe provenir del interior mismo del país. El nivel que llegue a alcanzar la ayuda internacional dependerá de cuánto pueda esta ser estimulada por la lucha interna.

Como un complemento muy limitado, se pueden hacer esfuerzos por movilizar la opinión pública mundial contra la dictadura desde un punto de vista humanitario, moral o religioso. Se puede trabajar para lograr que los gobiernos y las organizaciones internacionales apliquen sanciones diplomáticas, políticas y económicas contra la dictadura. Estas podrán ser embargos económicos o de armamento, reducción de los niveles de reconocimiento diplomático, negación de asistencia económica y prohibición de inversiones en el país bajo una dictadura, expulsión del gobierno dictatorial de las diversas organizaciones internacionales y de los organismos de las Naciones Unidas. Además, asistencia internacional como ayuda financiera o de comunicaciones podrá suministrárseles directamente a las fuerzas democráticas.

Formulando una gran estrategia

Después de un estudio de la situación, la selección de los medios y la determinación de qué papel ha de jugar la ayuda del exterior, los planificadores de la gran estrategia tendrán que esbozar a grandes rasgos la mejor manera de desarrollar el conflicto. Este amplio plan se extendería desde el presente hasta la liberación e instauración de un sistema democrático en el futuro. Al formular una gran estrategia, estos planificadores tendrán que hacerse una serie de preguntas. Los siguientes interrogantes, de una manera mas específica que antes, plantearán los considerandos que han de tenerse en cuenta al diseñar una gran estrategia para una lucha mediante el desafío político.

¿Cuál es la mejor manera de empezar una lucha a largo plazo? ¿Cómo podría la población oprimida acumular suficientes fuerzas y confianza en sí misma para desafiar la dictadura, aunque inicialmente sea de manera limitada? ¿Cómo puede aumentarse con el tiempo y la experiencia la capacidad de la población de aplicar la no cooperación y el desafío político? ¿Cuáles deberán ser los objetivos a alcanzar en una serie de campañas limitadas, dirigidas a recuperar el control democrático de la sociedad y a limitar el de la dictadura?

¿Quedan aún instituciones independientes que hayan sobrevivido la dictadura y que pueden usarse en la lucha por establecer la libertad? ¿Qué instituciones de la sociedad pueden ser rescatadas del control de los dictadores, o cuáles instituciones han de ser creadas de nuevo por los demócratas para satisfacer las necesidades de estos y para establecer esferas de ejercicio democrático aun cuando la dictadura continúe?

¿Cómo puede desarrollarse la fuerza organizacional en la resistencia? ¿Cómo se puede adiestrar a los participantes? ¿Qué recursos (financieros, materiales, etc.) se requerirán a lo largo de la lucha? ¿Qué tipo de simbolismo será el más efectivo para movilizar a la población?

¿Por medio de qué tipo de acción y en qué etapas se verán progresivamente debilitados o eliminados los recursos del poder de los dictadores? ¿Cómo puede la población que resiste persistir en el desafío y a la vez mantener la necesaria disciplina no violenta? ¿Cómo podrá la población satisfacer sus necesidades básicas durante el curso de la lucha? ¿Cómo se podrá mantener el orden social en medio del conflicto? ¿Qué hará la resistencia democrática, a medida que se aproxime la victoria, para seguir construyendo las bases de la sociedad de la post-dictadura y lograr que la transición sea lo menos brusca posible?

Recuérdese que no hay un curso prescrito, ni se puede crear un modelo de estrategia para cada movimiento de liberación contra las dictaduras. Cada lucha por derribar un régimen de fuerza y establecer un sistema democrático tendrá que ser diferente. Nunca habrá dos situaciones exactamente iguales. Cada dictadura tiene algunas características individuales, y variarán las capacidades de la población que busca liberarse. Los planificadores de una gran estrategia para una lucha de desafío político requerirán de una profunda comprensión, no solo de su situación específica de conflicto sino también de los medios de lucha que hayan escogido. [\[84\]](#)

Cuando la gran estrategia para la lucha ha sido cuidadosamente planificada hay razones de peso para darla a conocer ampliamente. Las grandes cantidades de gente que hace falta que participen estarán más dispuestas y aptas para actuar si entienden la concepción general así como las instrucciones específicas. Es posible que el saber esto tenga un efecto muy positivo en la moral y en su voluntad de participar y actuar apropiadamente. En todos los casos, los lineamientos generales de la gran estrategia se darán a conocer a los dictadores y esto, potencialmente, puede llevar a aquellos a ser menos brutales en su represión, a sabiendas de que, políticamente, puede salirles el tiro por la culata. El haber sido alertados sobre las características especiales de la gran estrategia podría también contribuir a causar disensiones o descontento entre los partidarios del dictador.

Una vez que se ha adoptado un plan estratégico global para hacer caer la dictadura y establecer un sistema democrático, es importante que los grupos democráticos persistan en aplicarlo. En muy raras circunstancias deberá la lucha apartarse del plan inicial de la gran estrategia. Cuando haya abundante evidencia de que la gran estrategia escogida fue mal concebida, o cuando las circunstancias de la lucha hayan cambiado fundamentalmente, es posible que los planificadores tengan que alterar la gran estrategia. Aun entonces, deberá hacerse solamente después de que el cálculo fundamental se haya hecho de nuevo, y se haya desarrollado y adoptado una estrategia nueva más adecuada.

Planificando las estrategias de campaña

No importa cuán sabia y promisorio sea, una gran estrategia desarrollada para terminar con la dictadura no se ejecuta por sí sola. Hará falta que se desarrollen estrategias particulares para orientar las principales campañas enfocadas al socavamiento del poder de los dictadores. Estas estrategias, en su momento, van a incorporar y dirigir una serie de movimientos tácticos que aspiran a infligir golpes decisivos contra el régimen de los dictadores. Las tácticas y los métodos de acción específicos deben escogerse cuidadosamente para que contribuyan a alcanzar los objetivos de cada estrategia particular. La discusión aquí se enfoca exclusivamente a nivel de estrategia.

Hace falta que los estrategas que planifican las campañas mayores, así como los que planificaron la gran estrategia, tengan una comprensión minuciosa de la naturaleza y de los modos operacionales de la técnica que hayan escogido para la lucha. Así como los oficiales militares tienen que entender de estructuras de fuerza, táctica, logística, pertrechos, efectos geográficos y demás para urdir una estrategia militar, los planificadores del desafío político deben conocer bien la naturaleza y los principios estratégicos básicos de la lucha no violenta. Aunque así fuere, la atención a las recomendaciones de este ensayo y la respuesta a las preguntas que planteamos aquí, no producirán por sí mismos las estrategias. La formulación de las

estrategias para la lucha requiere además de una creatividad bien informada.

Al planificar las estrategias para las campañas específicas y selectivas de resistencia, y para el desarrollo a largo plazo de la lucha de liberación, los estrategas del desafío político tienen que considerar varios puntos y problemas, entre los cuales se encuentran los siguientes:

- Determinación de los objetivos específicos de la campaña y de cómo estos contribuyen a hacer efectiva la gran estrategia.
- Consideración de los métodos específicos o armas políticas que mejor se puedan emplear para implementar la estrategia escogida. Dentro del plan estratégico integral para una campaña en particular, será necesario determinar qué planes tácticos menores y qué métodos de acción específicos se deben emplear para imponer presiones y restricciones a las fuentes de poder de la dictadura. Recuérdesse que el alcanzarlos objetivos mayores vendrá como resultado de haber escogido cuidadosamente, e implementado específicamente, los pasos menores.
- Determinación de si los asuntos económicos deben relacionarse con la lucha total, que es esencialmente política, y de cómo. Si los asuntos económicos han de ser prominentes en la lucha, hay que cuidar que los malestares económicos de veras puedan remediarse luego de liquidada la dictadura. Si no, la desilusión y el descontento cundirán, a menos que se provean soluciones rápidas durante el período de transición a una sociedad democrática. Esa desilusión puede suscitar el ascenso de las fuerza dictatoriales que prometan poner fin a los malestares económicos.
- Determinación a priori de qué clase de estructura de liderazgo y sistema de comunicaciones funcionarán mejor al comienzo de la lucha de resistencia. ¿Qué medios de tomar decisiones y de comunicación serán posibles durante el curso de la lucha para orientar continuamente a los de la resistencia y a la población en general?

- Comunicación de las noticias de la resistencia a la población, las fuerzas del dictador y la prensa internacional. Las denuncias e informaciones deben ser rigurosamente veraces. Las exageraciones y las reclamaciones infundadas minan el prestigio de la resistencia.

- Planes sobre actividades constructivas independientes — económicas, sociales o educativas— que aumenten la confianza de las personas en sí mismas, para que sean capaces de responder a las necesidades de su propia gente durante el conflicto que va a producirse. Tales proyectos pueden ser administrados por personas que no estén directamente involucradas en las actividades de la resistencia.

- Determinación de qué clase de ayuda exterior es deseable para apoyar una campaña específica o la lucha de liberación en general. ¿Cómo puede la ayuda exterior mobilizarse de la mejor manera, y utilizarse, sin hacer depender la lucha interna de factores externos no confiables? Hará falta decidir cuáles de los grupos del exterior son los más apropiados y los más aptos para ayudar, por ejemplo las organizaciones no gubernamentales (movimientos sociales, grupos religiosos o políticos, sindicatos, etc.), los gobiernos y/o las Naciones Unidas y sus diversos cuerpos.

Es más, los planificadores de la resistencia tendrán que tomar medidas para preservar el orden y planear cómo puede responder la gente a sus propias necesidades durante los procesos de resistencia masiva contra los controles dictatoriales. Esta planificación se orienta no solo a crear estructuras alternativas independientes y democráticas y a responder a las verdaderas necesidades, sino también a reducir la credibilidad del régimen cuando este declare que es necesaria una represión más severa para poner fin al desorden y la delincuencia.

Difundiendo la idea de la no cooperación

Para un desafío político exitoso contra una dictadura, es esencial que la población capte la idea de la no cooperación. Como se ilustró en el cuento del «Amo de los Monos» (ver Capítulo Tres), la idea básica es

sencilla. Si un número suficiente de subordinados rehúsa a seguir cooperando por un tiempo suficiente a pesar de la represión, el sistema opresivo se debilitará y acabará por desplomarse.

Las personas que viven bajo una dictadura pueden ya estar familiarizadas con este concepto por diversas fuentes. Aun así, las fuerzas democráticas deben deliberadamente difundir y comunicar a todos los estratos sociales la idea de la no cooperación. La fábula del «Amo de los Monos» o una semejante podría difundirse por toda la sociedad. Un cuento así puede comprenderse fácilmente. Una vez que la población en general haya asimilado el concepto de la no cooperación, la gente podrá entender la relevancia que van a tener en el futuro los llamados a practicar la no cooperación contra la dictadura. De la misma manera podrán, por cuenta propia, improvisar miles de formas específicas de no cooperación en situaciones nuevas.

A pesar de las dificultades y peligros en los intentos de comunicar ideas, noticias e instrucciones de la resistencia cuando se está viviendo bajo una dictadura, los demócratas a menudo han demostrado que sí es posible hacerlo. Aun bajo los regímenes nazis o comunistas, fue posible que los de la resistencia se comunicaran, no solo con otros individuos, sino con grandes públicos, mediante la publicación de periódicos ilegales, folletos, libros y, más recientemente, por medio de casetes de audio y vídeo.

Ya con la ventaja de una planificación estratégica previa, se pueden preparar los lineamientos para la resistencia y diseminarlos. Estos pueden indicar los motivos por los cuales y las circunstancias en que la población debe protestar y suspender la colaboración, y cómo puede esto llevarse a cabo. Entonces, aun cuando las comunicaciones con la dirección democrática se cortaran y no se emitieran o recibieran instrucciones específicas, la población sabría cómo actuar en relación con ciertos asuntos importantes. Tales lineamientos también podrían usarse para comprobar si la policía ha emitido falsas «instrucciones a la resistencia» a fin de provocar una acción que desacredite el movimiento.

La represión y las contramedidas

Los planificadores de la estrategia tienen que calcular las posibles respuestas y la represión, especialmente el umbral de violencia de la dictadura de cara a las acciones de la resistencia democrática. Será preciso determinar cómo enfrentarlas y contraatacarlas, o evitar el posible incremento de la represión sin someterse. Tácticamente, en situaciones específicas, una advertencia apropiada sobre la represión que se espera servirá a los de la resistencia y a la población en general para que sepan los peligros que corren si participan. Si la represión se perfila muy seria, deben tomarse medidas para dar asistencia médica a los heridos de la resistencia.

Anticipándose a la represión, los estrategas harán bien en considerar por adelantado el empleo de tácticas y métodos que contribuyan a alcanzar el objetivo específico de la campaña, o la liberación misma, pero que hagan menos probable o posible una represión excesiva. Por ejemplo, las acciones callejeras y las manifestaciones contra las dictaduras extremas pueden ser muy dramáticas, pero pueden arriesgarse a dejar miles de muertos entre los manifestantes. De hecho, el alto coste que estos paguen puede no aumentar más la presión sobre la dictadura que si todo el mundo se hubiera quedado en su casa, hubiera habido una huelga, o si los funcionarios hubieran participado en un acto de no cooperación masiva.

Si se ha contemplado que la acción provocadora de la resistencia con un alto riesgo de víctimas va a hacer falta para un fin estratégico, entonces hay que calcular con mucho cuidado los posibles costes de la acción y sus ganancias. ¿Estarán los de la población y los de la resistencia listos para comportarse disciplinadamente y de una manera no violenta durante el curso de la lucha? ¿Podrán resistirse a las provocaciones de la violencia? Los planificadores han de considerar qué medidas han de tomarse para mantener la disciplina no violenta, y para sostener la resistencia a pesar de las brutalidades. ¿Serán posibles y a la vez efectivas algunas medidas como los compromisos, las declaraciones de política a seguir, los folletos sobre la disciplina, las convocatorias a las manifestaciones y el boicot aplicado a personas y grupos que

aboguen por la violencia? Los dirigentes tienen que estar siempre alerta ante la presencia de agentes provocadores cuya misión será incitar a los manifestantes a la violencia.

Adhiriéndose al plan estratégico

Una vez que un concienzudo plan estratégico se pone en marcha, las fuerzas democráticas no deben dejarse distraer por los movimientos menores que emprendan los dictadores y que pueden tentarlos a abandonar la gran estrategia o la de una campaña en particular, haciendo que muchas actividades enfoquen asuntos sin importancia. Tampoco deben permitir que la emoción del momento —quizá en reacción a las nuevas barbaridades efectuadas por la dictadura— permita desviar la resistencia democrática de su gran estrategia o de su estrategia de campaña. Las barbaridades pueden haber sido perpetradas precisamente para provocar que las fuerzas democráticas abandonen su plan bien fundado y hasta lleguen a cometer actos violentos, a fin de que los dictadores puedan derrotarlos más fácilmente.

En tanto el análisis básico se considere acertado, la tarea de las fuerzas pro-democráticas es la de llevarlo adelante paso a paso. Por supuesto que van a producirse cambios de táctica y de objetivos intermedios. Un buen líder siempre está dispuesto a explotar una oportunidad. Estos ajustes no deben confundirse con los objetivos de la gran estrategia o los de una campaña específica. La minuciosa implementación de la gran estrategia que se haya decidido y de las estrategias de las campañas particulares va a contribuir grandemente a la victoria.

OCHO

APLICANDO EL DESAFÍO POLÍTICO

En situaciones en que la población se siente impotente y asustada, es importante que las tareas iniciales para el público sean acciones de poco riesgo, que le desarrollen la confianza en sí mismo. Esta clase de acciones —tales como vestirse con atuendos diferentes— pueden interpretarse públicamente como una opinión disidente, y brindar una oportunidad para que el público participe significativamente en un acto de disensión. En otros casos, una cuestión no política de relativamente poca importancia (vista superficialmente) como, por ejemplo, la consecución de un suministro de agua seguro, puede convertirse en un centro de acción grupal. Los estrategas deben escoger un asunto cuyos méritos sean ampliamente reconocidos y difíciles de rechazar. El éxito en tales campañas limitadas puede ser no solo corregir malestares específicos sino convencer a la población de que en verdad tiene potencial para ejercer el poder.

En una lucha a largo plazo, la mayor parte de las estrategias de campaña no deben tratar de alcanzar la caída completa e inmediata de la dictadura, sino de lograr objetivos limitados. Cada campaña tampoco va a requerir la participación de todos los sectores de la población.

Al contemplar una serie de campañas específicas para implementar la gran estrategia, los estrategas del desafío tienen que considerar cómo las campañas del comienzo de la lucha, las de la mitad o las ya próximas a su conclusión se diferenciarán unas de otras.

Resistencia selectiva

En los momentos iniciales de la lucha, las campañas separadas con distintos objetivos específicos pueden ser muy útiles. Estas

campañas selectivas pueden hacerse una tras otra. Ocasionalmente, dos o tres pueden ocurrir al mismo tiempo.

Al planificar una estrategia para la «resistencia selectiva» es necesario identificar motivos limitados y específicos o malestares que simbolicen la opresión de la dictadura en general. Tales asuntos pueden ser los objetivos estratégicos intermedios dentro de la gran estrategia global.

Es necesario que estos objetivos estratégicos intermedios sean alcanzables para la capacidad de poder, actual o proyectada, de las fuerzas democráticas. Esto ayuda a asegurar una serie de victorias que son buenas para levantar la moral, y que también contribuyen a que se produzcan cambios incrementales en las relaciones de poder que resulten ventajosos para una lucha a largo plazo.

Las estrategias selectivas de la resistencia deberán concentrarse, en primer lugar, en cuestiones sociales, económicas o políticas. Estas se pueden escoger a fin de conservar alguna parte del sistema social y político fuera del control de los dictadores, para recuperar el control de alguna porción de este sistema actualmente bajo el control de los dictadores, o para negar a los dictadores algún objetivo en particular. Si es posible, la campaña de resistencia selectiva debe también atacar una o más de las debilidades de la dictadura, tal como lo hemos explicado. En consecuencia, los demócratas pueden producir el mayor impacto posible con la capacidad de poder que tengan a su alcance.

Muy al principio, los estrategas tienen que planificar por lo menos la estrategia para la primera campaña. ¿Cuáles han de ser sus objetivos limitados? ¿Cómo van estos a ayudar a la realización de la gran estrategia? Si es posible, sería prudente formular por lo menos los lineamientos generales para una segunda y acaso hasta una tercera campaña. Todas esas campañas han de llevar a cabo la gran estrategia escogida y operar dentro de los lineamientos generales de esta.

El reto simbólico

Al principio de una nueva campaña para minar la dictadura, las primeras y más específicas acciones pueden tener un campo limitado. Deben estar diseñadas en parte para probar el estado de ánimo de la población e influir en él, y prepararla para continuar la lucha a través de la no cooperación y del desafío político.

La acción inicial podría tomar la forma de una protesta simbólica o podría ser un acto simbólico de no cooperación limitada y temporal. Si el número de personas dispuestas a actuar es limitado, entonces la acción inicial podría consistir, por ejemplo, en depositar una ofrenda floral en algún lugar de importancia simbólica. Por otra parte, si el número de los dispuestos a actuar es muy grande, entonces podría hacerse un paro de cinco minutos en todas las actividades u observar algunos minutos de silencio. En otras situaciones, unos cuantos individuos pueden ponerse en huelga de hambre, reunirse para una vigilia en un lugar de importancia simbólica, practicar un breve boicot estudiantil a las clases, o entrar y sentarse en una oficina importante por un tiempo limitado. Una dictadura probablemente reprimiría con crueldad las acciones más agresivas.

Ciertas acciones simbólicas, como la ocupación física del territorio frente al palacio del dictador o de los cuarteles de la policía, pueden incurrir en un gran riesgo; por lo tanto, no son recomendables para iniciar una campaña.

Las primeras acciones de protesta simbólica a veces han suscitado una gran atención nacional e internacional, como las demostraciones masivas en Birmania en 1988 o la ocupación y huelga de hambre por los estudiantes de la plaza de Tiananmen en Pekín en 1989. El elevado número de víctimas entre los manifestantes en ambos casos subraya el gran cuidado que tienen que tener los estrategas cuando planifican las campañas. Aun cuando estas acciones tengan un tremendo impacto moral y psicológico, por sí mismas no es probable que hagan caer la dictadura, porque permanecen dentro de lo simbólico y no alteran la posición de poder de la dictadura.

Por lo general no es posible negarles por completo a los dictadores el acceso a los recursos de poder al principiar la lucha. Para eso

haría falta que prácticamente toda la población y casi todas las instituciones de la sociedad —las cuales desde antes les han estado muy sometidas— rechazaran absolutamente al régimen y que de pronto lo desafiaran mediante una fuerte y masiva no cooperación. Eso todavía no ha ocurrido, y alcanzarlo sería sumamente difícil. En la mayoría de los casos, por consiguiente, una rápida campaña de completa no cooperación y desafío no sería una estrategia realista para una campaña inicial contra la dictadura.

Distribuyendo las responsabilidades

Durante una campaña selectiva de resistencia, ciertos grupos de la población son los más castigados. En una campaña posterior con un objetivo diferente, el peso de la lucha se desplazará hacia otros grupos. Por ejemplo, los estudiantes pueden irse a la huelga por una cuestión referente a la educación, los dirigentes religiosos y los fieles pueden concentrarse en el tema de la libertad de cultos, los trabajadores de los ferrocarriles pueden observar tan meticulosamente las regulaciones de seguridad que lleguen a retardar en extremo todo el sistema ferroviario, los periodistas pueden desafiar la censura publicando un espacio en blanco en el periódico donde hubiera correspondido un artículo prohibido, la policía una y otra vez puede errar y no localizar ni detener a los miembros de la oposición democrática que buscan. El escalonar las campañas de resistencia según los motivos y el sector de la población que ha de actuar les permitirá a otros sectores descansar un poco mientras la resistencia prosigue.

La importancia de la resistencia selectiva consiste en defender la existencia y autonomía de los grupos políticos, económicos y sociales, así como a las instituciones fuera del control de la dictadura, como lo mencionamos antes. Estos centros de poder proporcionan las bases institucionales desde las cuales la población puede ejercer presión o resistirse a los controles dictatoriales. En la lucha, es probable que sean los primeros en ser golpeados por la dictadura.

Apuntando al poder del dictador

A medida que la lucha a largo plazo se desarrolla más allá de las estrategias iniciales hacia fases más ambiciosas y avanzadas, los estrategas han de calcular cómo limitar más las fuentes de poder del dictador. El objetivo será usar la no cooperación popular a fin de crear una nueva situación estratégica más ventajosa para las fuerzas democráticas.

A medida que las huestes democráticas cobran fuerza, los estrategas organizan formas de no cooperación y de desafío más ambiciosas para negarle a la dictadura los recursos del poder, para propiciar una parálisis política y por último el fin de la dictadura y su desintegración.

Será necesario planificar con cuidado cómo podrán las huestes democráticas debilitar el apoyo que personas y grupos hayan ofrecido a la dictadura previamente. ¿Se resquebrajará este apoyo cuando les revelen las brutalidades perpetradas por el régimen, cuando les expongan las desastrosas consecuencias económicas de las políticas del dictador, o cuando tengan nuevos elementos para comprender que se puede acabar con la dictadura? Hay que llevar a los defensores de la dictadura por lo menos a permanecer neutrales, a no tomar partido o, mejor, a convertirse en defensores activos del movimiento por la democracia.

Durante la planificación e implementación del desafío político y la no cooperación, es muy importante prestar atención a todos los defensores y auxiliares de los dictadores, inclusive a su camarilla interna, al partido político, la policía y la burocracia, pero especialmente al ejército.

Haría falta calcular bien el grado de lealtad a la dictadura de las fuerzas militares, tanto soldados como oficiales, y determinar si son susceptibles de ser influidas por las fuerzas democráticas. ¿Pudieran los soldados comunes y corrientes ser unos presos descontentos y asustados del régimen? ¿Se podría poner en contra del régimen a muchos de los soldados y oficiales por razones personales, familiares

o políticas? ¿Qué otros factores harían a los soldados y oficiales vulnerables a la subversión democrática?

Desde el inicio en la lucha de liberación debe desarrollarse una estrategia especial para comunicarse con las tropas y funcionarios del dictador. Mediante palabras, símbolos y acciones, las fuerzas democráticas pueden informar a las tropas que la lucha de liberación va a ser vigorosa, decidida y persistente. Las tropas han de saber que la lucha va a tener un carácter especial destinado a socavar la dictadura, pero que no amenaza su vida. Tales esfuerzos aspiran en última instancia a minar la moral de las tropas del dictador y finalmente a subvertir su lealtad y obediencia a favor del movimiento democrático. Se debe intentar llegar a la policía y a los funcionarios con estrategias similares.

El intento de ganar simpatías entre las fuerzas del dictador y eventualmente a inducirlas a la desobediencia no debe interpretarse, sin embargo, como una invitación a que las fuerzas militares produzcan una rápida interrupción de la dictadura mediante una acción militar. Una acción semejante no es posible que dé paso a una democracia que funcione, porque, como ya hemos explicado, un golpe de estado sirve de poco para cambiar el desequilibrio de las relaciones de poder entre el pueblo y los gobernantes. Por consiguiente, es necesario planear cómo puede hacerseles entender a los oficiales militares que simpatizan con los demócratas que ni un golpe militar ni una guerra civil son necesarios o deseables.

Los oficiales simpatizantes pueden jugar papeles vitales en la lucha democrática tales como difundir entre las fuerzas militares el descontento y la no cooperación, alentando las deficiencias deliberadas y calladamente hacer caso omiso de las órdenes, manteniéndose firmes en su decisión de no reprimir. El personal militar puede también brindar varias formas de asistencia no violenta y positiva al movimiento democrático, entre las que se incluye facilitar el paso seguro, información, comida, suministros médicos y otros.

El ejército es uno de los recursos de poder más importantes de los dictadores porque estos pueden usar las unidades militares

disciplinadas y su armamento para atacar directamente a la población desobediente y castigarla. *Los estrategas del desafío deben recordar que va ser extraordinariamente difícil, si no imposible, dismantelar la dictadura si la policía, la burocracia y las fuerzas armadas se mantienen plenamente leales y obedientes en el cumplimiento de sus órdenes.* Las estrategias orientadas a subvertir la lealtad de las huestes del dictador deben gozar de una prioridad especial de parte de los planificadores democráticos.

Las fuerzas democráticas deben recordar que el descontento y la desobediencia entre las fuerzas armadas y de la policía pueden resultar altamente peligrosas para los miembros de esos grupos. Pueden esperar penas muy severas por los actos de desobediencia, y la muerte por ejecución en caso de amotinamiento. Las fuerzas democráticas no deben pedirles a los soldados y oficiales que se amotinen inmediatamente; en lugar de eso, donde sea posible la comunicación, debe aclarárseles que hay múltiples formas de «desobediencia disimulada» que sí pueden ser practicadas desde el principio. Por ejemplo, los policías o los soldados de tropa pueden entorpecer el cumplimiento de las órdenes de distribución, no acertar a encontrar a las personas buscadas, advertir a los de la resistencia acerca de las órdenes de represión que se han dictado contra ellos así como de los arrestos y deportaciones, y pueden dejar de transmitir información importante para sus oficiales superiores. Por su parte, los oficiales descontentos con el régimen pueden no transmitir, o demorar la transmisión de las ordenes de represión a los mecanismos encargados de ejecutarlas. Pueden disparar por encima de las cabezas de los manifestantes. Los funcionarios del estado pueden perder o traspapelar las instrucciones, trabajar deficientemente o «enfermarse» para tener que permanecer en casa hasta «curarse».

Cambios en la estrategia

Los estrategas del desafío político tienen que estar constantemente evaluando cómo la gran estrategia y las estrategias de campañas específicas se están implementando. Es posible, por ejemplo, que la

lucha no marche tan bien como se hubiera esperado. En ese caso hay que pensar qué cambios se necesitan en la estrategia. ¿Qué podría hacerse para aumentar la fuerza del movimiento y retomar la iniciativa? En una situación así habrá que identificar el problema, volver a realizar el cálculo estratégico, si es posible, darle la responsabilidad de la lucha a un sector distinto de la población, movilizar recursos adicionales de poder y desarrollar acciones alternativas. Cuando esto se hubiere hecho, el nuevo plan se implementará inmediatamente.

Si, por el contrario, la lucha ha marchado mucho mejor de lo previsto y la dictadura está desmoronándose antes de lo que se había calculado, ¿cómo podrán las fuerzas democráticas capitalizar esas victorias inesperadas y avanzar hacia la paralización de la dictadura? Exploraremos esta problemática en el capítulo siguiente.

NUEVE

DESINTEGRANDO LA DICTADURA

El efecto acumulativo de estas exitosas campañas de desafío político bien dirigidas sería el fortalecimiento de la resistencia y el establecimiento y expansión de áreas de la sociedad donde la dictadura se encuentra con los límites de su control efectivo. Estas campañas también proporcionan una importante experiencia en cómo negar la cooperación a la dictadura, y cómo manifestar un desafío político. Esta experiencia será de gran ayuda cuando llegue el momento de una no cooperación y un desafío masivos.

Tal como se discutió en el Capítulo Tres, la obediencia, la cooperación y la sumisión son esenciales para que un dictador sea poderoso. Sin acceso a las fuentes de poder político, el poder del dictador se debilita y finalmente se esfuma. El retiro del respaldo es, por lo tanto, la principal acción que se requiere para desintegrar la dictadura. Sería útil repasar cómo se pueden afectar las fuentes del poder mediante el desafío político.

Los actos simbólicos de repudio y desafío se encuentran entre los medios disponibles para minar la moral del régimen y su *autoridad* política, es decir, su legitimidad. Mientras mayor sea la autoridad de un gobierno, mayor y más confiables serán la obediencia y cooperación que recibirá. La desaprobación moral necesita ser expresada mediante acciones para que la dictadura perciba que es una amenaza seria a su existencia. Es necesario retirarle la cooperación y la obediencia para negarle al régimen el acceso a las otras fuentes de poder.

La fuente de poder segunda en importancia son los *recursos humanos*, la cantidad e importancia de las personas y grupos que obedezcan o ayuden a los gobernantes y que cooperen con ellos. Si grandes sectores de la población practican la no cooperación, el régimen realmente se verá en un serio problema. Por ejemplo, si los

funcionarios gubernamentales ya no funcionan con su normal eficiencia, o inclusive se quedan en casa, el aparato administrativo se verá gravemente afectado.

De igual manera, si entre las personas o grupos no cooperantes se incluye a los que previamente le han estado aportando *tecnologías y conocimientos* especializados, entonces los dictadores verán cómo su capacidad de funcionamiento se debilita gravemente. Hasta su capacidad de tomar decisiones ante una información sólida y de desarrollar políticas efectivas se verá seriamente reducida.

Si las influencias psicológicas e ideológicas —llamadas *factores intangibles*— que por lo general inducen a las personas a obedecer y ayudar a los gobernantes, se debilitan o revierten, la población se inclinará más a desobedecer y no cooperar.

El acceso de los dictadores a los *recursos materiales* también afecta directamente su poder. Con el control de los recursos financieros del sistema económico, la propiedad, los recursos naturales, el transporte y los medios de comunicación en manos de los verdaderos opositores del régimen, o de otros en potencia, otro recurso de poder importantísimo se les ha vuelto vulnerable o se les ha negado. Las huelgas, el boicot y la creciente autonomía en algunos sectores de la economía, las comunicaciones y el transporte, debilitarán al régimen.

Como ya se discutió anteriormente, la capacidad del dictador para amenazar o aplicar sanciones —castigos contra los sectores no cooperantes, desobedientes o ingobernables de la población— es una fuente central del poder de los dictadores. Esta puede debilitarse en dos días. En primer lugar, si la población está preparada, como en la guerra, para arriesgarse a serias consecuencias como precio del desafío, la efectividad de las sanciones aplicables se verá drásticamente disminuida; es decir, la represión de los dictadores no logrará el sometimiento deseado. En segundo lugar, si la policía y hasta las mismas fuerza militares se manifiestan descontentas, puede ser que individualmente o en grupo evadan o francamente desacaten las órdenes de arrestar, golpear o disparar contra los de la

resistencia. Si los dictadores ya no pueden confiar en la policía y las fuerzas militares, la dictadura está seriamente amenazada.

En síntesis, el éxito contra una dictadura bien afianzada exige que la no cooperación y el desafío le reduzcan y le quiten al régimen las fuentes de poder. Sin la constante reposición de los recursos de poder necesarios, la dictadura se debilitará y finalmente se desintegrará. Una planificación estratégica competente del desafío político contra las dictaduras, por consiguiente, necesita tener como objetivo las más importantes fuentes de poder de los dictadores.

La escalada de la libertad

En combinación con el desafío político, durante la etapa de la resistencia selectiva, el crecimiento de las instituciones autónomas — sociales, económicas, culturales y políticas— expande progresivamente el «espacio democrático» de la sociedad y contrae el control de la dictadura. A medida que las instituciones civiles de la sociedad se fortalecen en relación con la dictadura, entonces, sin importar lo que quieran los dictadores, la población está construyendo de manera creciente una sociedad independiente fuera del control de aquella. Si la dictadura va a intervenir para frenar este «aumento de la libertad», cuando lo haga se puede aplicar la lucha no violenta en defensa de este espacio recientemente ganado, y la dictadura se verá confrontada por otro «frente» más en la lucha.

Con el tiempo, esta combinación de resistencia y construcción de instituciones puede conducir a una libertad *de facto*. El derrumbamiento de la dictadura y la instauración formal de un sistema democrático se hará innegable, porque se habrán alterado fundamentalmente las relaciones de poder dentro de la sociedad.

La Polonia de los setenta y los ochenta constituye un claro ejemplo de cómo la sociedad rescata progresivamente sus instituciones y funciones por medio de la resistencia. La Iglesia Católica ha sido perseguida, pero jamás puesta bajo el absoluto control comunista. En 1976, ciertos intelectuales y obreros formaron pequeños grupos tales como los KOR (Comités de Defensa de los

Trabajadores) para impulsar sus ideas políticas. La organización del sindicato de Solidaridad, con el poder que tuvo de organizar huelgas muy efectivas, obligó a su legalización en 1980. Campesinos, estudiantes y muchos otros grupos también formaron sus propias organizaciones independientes. Cuando los comunistas se dieron cuenta que estos grupos habían cambiado las realidades del poder, Solidaridad fue proscrita de nuevo y los comunistas recurrieron al régimen militar.

Inclusive bajo la ley marcial, con numerosos encarcelamientos y recia persecución, las nuevas instituciones independientes de la sociedad continuaron funcionando. Por ejemplo, docenas de periódicos y revistas ilegales siguieron publicándose. Casas editoriales ilegales publicaban anualmente cientos de libros, mientras que los más conocidos escritores polacos boicoteaban las editoriales del gobierno y sus publicaciones. Actividades similares continuaban en otros sectores de la sociedad.

Bajo el régimen militar de Jaruselski, el gobierno militar comunista alguna vez fue descrito como rebotando de un extremo a otro en la cresta de la sociedad. Los oficiales todavía ocupaban las oficinas y los edificios del gobierno. El régimen todavía podía golpear a la sociedad con castigos, arrestos, encarcelamientos, la ocupación de las imprentas y acciones por el estilo. Desde ese punto de vista, era solo cuestión de tiempo el que la sociedad acabara de echar abajo al régimen por completo.

Aun cuando una dictadura esté todavía ocupando posiciones gubernamentales, a veces es posible organizar un «gobierno democrático paralelo». Este funcionaría de manera creciente como un gobierno rival, al cual la población y las instituciones de la sociedad le prestarían lealtad, obediencia y cooperación. En consecuencia, a la dictadura se le negarían estas características del gobierno. Eventualmente, el gobierno democrático paralelo podría llegar a reemplazar plenamente al régimen dictatorial como parte de la transición a un sistema democrático. A su debido tiempo, entonces, se adoptaría una constitución y se celebrarían elecciones como parte de la transición.

Desintegrando la dictadura

Mientras se lleva a cabo la transformación institucional de la sociedad, el movimiento de desafío y no cooperación puede ir en escalada. Las estrategias de las fuerzas democráticas pueden moverse más allá de la resistencia selectiva y lanzar el desafío masivo. En la mayoría de los casos, hace falta tiempo para crear, construir o extender la capacidad de resistencia, y el desarrollo del desafío masivo podrá ocurrir solo después de algunos años. Durante este período intermedio se deberá impulsar una campaña de resistencia selectiva con objetivos políticos más importantes cada vez. Se debe involucrar a grandes sectores de la población a todos los niveles de la sociedad. Dado un desafío político bien definido y disciplinado durante esta escalada de actividades, es muy probable que la debilidad interna de la dictadura se haga cada vez más evidente.

Con el tiempo, la combinación de un desafío político vigoroso y la construcción de instituciones independientes es posible que atraiga una amplia atención internacional a favor de las fuerzas democráticas. Puede también producir condenas diplomáticas internacionales, boicot y embargos en apoyo a las fuerzas democráticas (como pasó en Polonia).

Las estrategias deben ser conscientes de que en algunas situaciones la caída de la dictadura puede ocurrir extremadamente pronto, como en Alemania del Este en 1989. Esto puede ocurrir cuando las fuentes de poder le son masivamente negadas como resultado de la repulsa de la población entera contra la dictadura. Este patrón conductual no es frecuente, y es mejor planificar para una lucha a largo plazo (aunque haya que estar preparado por si ocurre un cambio a corto plazo).

Durante el curso de la lucha de liberación, las victorias, aunque sean pequeñas, deben celebrarse. Los que han ganado una victoria deben ser reconocidos. La celebración, acompañada por la vigilancia,

también contribuye a mantener la moral en alto, y esto es muy necesario para las futuras etapas de lucha.

Manejando el triunfo responsablemente

Los planificadores de la gran estrategia deben calcular por adelantado los modos posibles y preferibles de cómo una lucha victoriosa puede concluirse de la mejor manera a fin de impedir el surgimiento de una nueva dictadura y de asegurar el establecimiento gradual de un sistema democrático duradero.

Los demócratas deben pensar cómo debe manejarse la transición de una dictadura a un gobierno interino al final de la contienda. Lo deseable en ese momento es establecer cuanto antes un nuevo gobierno que funcione. No obstante, no debe ser simplemente el viejo gobierno con un personal nuevo. Hace falta calcular qué sectores de la vieja estructura gubernamental (tales como la policía) tienen que ser abolidos completamente, por su intrínseco carácter antidemocrático, y qué sectores que se conserven han de ser sometidos más adelante a un esfuerzo democratizador. Un total vacío de poder podría abrirle paso al caos y a una nueva dictadura.

Con antelación se debe determinar cuál habrá de ser la política a seguir con los altos funcionarios de la dictadura cuando se desintegre su poder. Por ejemplo: ¿se va a presentar al dictador ante un tribunal? ¿Se les permitirá a él y a los suyos abandonar el país permanentemente? ¿Qué otras opciones habrá consistentes con el desafío político, la necesidad de reconstruir el país y de establecer una democracia después de la victoria? Se debe evitar a toda costa un baño de sangre que podría tener consecuencias drásticas sobre la posibilidad de un sistema democrático futuro.

Deberá haber planes específicos para la transición a la democracia que deberán ser aplicados cuando la dictadura esté debilitándose o se derrumbe. Estos planes ayudarán a impedir que otro grupo capture el poder mediante un golpe de estado. También se requerirán planes para la institución de un gobierno constitucional democrático, con plenas libertades políticas y personales. No deben

dejarse perder los cambios ganados a un precio tan alto por falta de planificación.

Cuando los dictadores tengan que enfrentarse a una población cuyo poder cada vez es mayor y al crecimiento de grupos democráticos e instituciones independientes —a ninguno de los cuales podrá ya controlar la dictadura— los dictadores se encontrarán con que su poder se está desbaratando. Los cierres masivos de la sociedad, las huelgas generales, las quedadas-en-casa masivas, las marchas desafiantes u otras actividades socavarán cada vez más la propia organización de los dictadores y la de las instituciones relacionadas con ellos. Como una consecuencia de tal desafío y no cooperación ejecutados inteligentemente y con participación masiva todo el tiempo, los dictadores se quedarán sin poder y los defensores de la democracia habrán triunfado sin violencia. La dictadura se habrá desmoronado ante la población desafiante.

No todos los esfuerzos en ese sentido triunfarán, y en especial, nunca lo harán fácilmente y rara vez pronto. Debemos recordar que tantas son las guerras militares ganadas como las perdidas. Sin embargo, el desafío político ofrece una verdadera posibilidad de victoria. Como apuntamos anteriormente, esa posibilidad puede ser enormemente fortalecida por medio del desarrollo de una gran estrategia, un arduo trabajo y una lucha tanto valiente como disciplinada.

DIEZ

TRABAJO PRELIMINAR

PARA UNA DEMOCRACIA DURADERA

La desintegración de la dictadura es, por supuesto, causa de gran celebración. La gente que por tanto tiempo ha sufrido y que ha pagado un precio tan alto, merece un tiempo de gozo, relajamiento y reconocimiento. Debe sentirse orgullosa de sí misma y de todos los que con ella lucharon para ganar la libertad política. No todos habrán vivido para celebrar este día. Vivos y muertos serán recordados como héroes que ayudaron a moldear la historia de la libertad en su país.

Desafortunadamente, esta no es una oportunidad para reducir la vigilancia. Aun en caso de que la dictadura hubiese sido desintegrada exitosamente por medio del desafío político, se deben tomar muchas precauciones para impedir que surja un nuevo régimen opresivo durante la confusión que acompaña el derrumbamiento del viejo. Los dirigentes de las fuerzas pro-democráticas deben tener preparada por adelantado una transición ordenada hacia la democracia. Es necesario establecer las bases constitucionales y legales así como las normas de comportamiento de una democracia duradera.

Nadie debe creer que con la caída de la dictadura inmediatamente va a aparecer una sociedad ideal. La desintegración de la dictadura simplemente facilita el punto de partida, en condiciones de una libertad revalorada, para realizar esfuerzos a largo plazo por mejorarla sociedad y responder más adecuadamente a las necesidades humanas. Los serios problemas políticos, económicos y sociales seguirán durante años, y hará falta la cooperación de muchas personas y grupos para buscarles solución. El nuevo sistema político debe dar una oportunidad para que las personas con puntos de vista diferentes y medidas que lo favorezcan continúen el trabajo

constructivo y el desarrollo de las políticas orientadas a encarar los problemas del futuro.

Amenazas de una nueva dictadura

Aristóteles advirtió hace tiempo «que la tiranía puede cambiar y convertirse en tiranía».[85] La historia nos da muchos ejemplos, en Francia (los jacobinos y Napoleón), en Rusia (los bolcheviques), en Irán (el Ayatollah), en Birmania (SLORC) y en otras partes en que algunas personas o grupos consideraron el derrumbamiento de un régimen opresivo meramente como la oportunidad de convertirse en los nuevos amos. Sus motivos podrán variar, pero los resultados son a menudo muy similares. La nueva dictadura puede ser aún más cruel que la anterior y ejercer un control más asfixiante.

Aun antes del desplome de la dictadura, miembros del pasado régimen pueden intentar acortar el proceso de la lucha desafiante por la democracia dando un golpe de estado a fin de escamotear la victoria que lograría la resistencia popular. Pueden proclamar que han expulsado a la dictadura, pero de hecho buscan solo imponer un modelo más o menos renovado de la anterior.

Cerrándoles el paso a los golpes de estado

Hay maneras de derrotar los golpes de estado que se intenten contra una sociedad recientemente liberada. A veces basta un conocimiento previo de esa capacidad de defenderse para impedir el intento. La preparación intelectual puede prevenirlos.[86]

Apenas el golpe haya sido puesto en marcha, los putschistas necesitan legitimarse, o sea, que se acepte que tienen derecho político y moral de gobernar. Por lo tanto, el primer principio básico que hay que esgrimir para defenderse contra el golpe es negarles la legitimidad a los putschistas.

Los putschistas también necesitan que los líderes civiles y la población los apoye, que estén confundidos o que sencillamente se mantengan pasivos. Los putschistas requieren la colaboración de

especialistas y consejeros, burócratas y funcionarios gubernamentales, administradores y jueces, a fin de consolidar su poder sobre la sociedad afectada. También requieren que la multitud de personas que manejan el sistema político, las instituciones sociales, la economía, la policía y las fuerzas militares se les sometan pasivamente y lleven a cabo sus funciones habituales tal como las hayan modificado las órdenes y políticas de los putschistas.

El segundo principio de la defensa contra el golpe de estado es el de resistir a los putschistas por medio de la no cooperación y el desafío político. Debe negárseles la cooperación y asistencia que necesitan. Esencialmente, los mismos medios de lucha que se usaron contra la dictadura se pueden emplear ante la nueva amenaza, siempre que se apliquen inmediatamente. Si se les niega tanto la legitimidad como la cooperación, el golpe puede morir de inanición política, y se habrá restaurado la oportunidad de construir una democracia.

Redactando una constitución

El nuevo sistema democrático va a requerir una constitución que establezca la estructura deseada del gobierno democrático. La constitución deberá fijar los propósitos del gobierno, limitar los poderes gubernamentales, establecer los procedimientos y las fechas de las elecciones mediante las cuales se elegirá a los funcionarios del gobierno y los legisladores, los derechos inherentes del pueblo, y las relaciones del gobierno nacional con los niveles inferiores de la estructura política.

Dentro del gobierno central, si este ha de seguir siendo democrático, debe establecerse una clara separación de la autoridad entre las ramas legislativa, ejecutiva y judicial. Se deben incluir fuertes restricciones a las actividades de la policía, los servicios de inteligencia y las fuerzas armadas prohibiéndoles cualquier interferencia política legal.

Para conservar el sistema democrático e impedir medidas y tendencias dictatoriales, la constitución debe ser preferentemente

una que establezca un sistema federal con prerrogativas importantes para los gobiernos a nivel regional, estatal y local. En algunos casos, se puede considerar la imitación del sistema suizo de cantones en el que áreas relativamente pequeñas retienen prerrogativas importantes sin dejar por eso de ser parte integral del país.

Si una constitución con muchos de estos rasgos hubiera existido antes en la historia del país recién liberado, sería deseable reimplantarla modificándola apenas en lo que fuere necesario y deseable. Si no existiera una constitución más antigua con los requerimientos del caso, quizá se podría trabajar con una constitución interina. Si no, habría que escribir una nueva constitución. Preparar una nueva constitución llevará tiempo y esfuerzo. Es deseable la participación popular en este proceso y se hace necesaria para la ratificación de un nuevo texto o de sus enmiendas. Se ha de ser muy cauto al incluir en la constitución promesas que luego se demuestre que es imposible cumplir, o estipulaciones que requieran un gobierno altamente centralizado, porque en ambos casos podría facilitarse una nueva dictadura.

La redacción de la constitución debe ser fácilmente comprendida por toda la población. No debe ser tan compleja ni tan ambigua como para que solo los abogados u otras élites puedan decir que la comprenden.

Una política democrática de defensa

El país liberado puede tener que enfrentarse a una amenaza extranjera, para lo cual se necesitaría una capacidad defensiva. El país puede también verse amenazado por un intento de imponerle una dominación militar, política o económica desde el extranjero.

A fin de mantener una democracia interna, habría que considerar seriamente si han de aplicarse los principios básicos del desafío político a las necesidades de la defensa nacional.[\[87\]](#) Al situar la capacidad de resistencia directamente en manos de la ciudadanía, los países recientemente liberados pueden evitar la necesidad de establecer una fuerte capacidad militar que podría, por su parte,

amenazar la democracia y demandar vastos recursos económicos que mucho se necesitan para otros propósitos.

Debemos recordar que algunos grupos van a ignorar cualquier disposición constitucional en su afán de establecerse como nuevos dictadores. Por consiguiente, la población necesita asumir la tarea permanente de aplicar el desafío político y la no cooperación contra cualquier dictador en potencia y de preservar las estructuras, los derechos y los procedimientos democráticos.

Una responsabilidad meritoria

Los efectos de la lucha no violenta no son solamente debilitar y quitar al dictador, sino también dotar de poder al oprimido. Esta técnica habilita a las personas que previamente sentían que no servían más que como víctimas para ejercer directamente el poder a lograr por su propio esfuerzo una mayor libertad y justicia. Esta experiencia de lucha tiene consecuencias psicológicas importantes que contribuyen a aumentar la autoestima y la confianza en sí mismos entre los que antes carecían de todo poder.

Una consecuencia beneficiosa a largo plazo del empleo de la lucha no violenta a fin de establecer un gobierno democrático es que la sociedad será más apta para manejar los problemas recurrentes y futuros. Aquí podrían incluirse los futuros abusos del gobierno y la corrupción, los maltratos a algún grupo, la injusticia económica y las limitaciones en la calidad democrática del sistema político. La población, experimentada en el uso del desafío político, probablemente será menos vulnerable a la acción de una dictadura en el futuro.

Después de la liberación, el haberse familiarizado con la lucha no violenta va a sugerir maneras de defender la democracia, las libertades civiles, los derechos de las minorías y las prerrogativas de los gobiernos regionales, estatales o locales, así como de las instituciones no gubernamentales. Tales medios también harán posible que personas o grupos expresen pacíficamente su disenso extremo sobre asuntos que los grupos de oposición

perciben como tan importantes que a veces los han llevado al terrorismo o a la guerra de guerrillas.

Los pensamientos expresados en este examen del desafío político o la lucha no violenta tienen como fin tratar de ayudar a todas las personas y grupos que buscan liberar a sus pueblos de la opresión dictatorial y establecer un sistema democrático duradero que respete las libertades humanas y la acción popular para mejorar la sociedad.

Tres conclusiones principales se derivan de las ideas bosquejadas aquí:

- Es posible liberarse de las dictaduras.
- Una reflexión cuidadosa y una planificación estratégica muy meticulosa son indispensables para lograr la liberación.
- Se necesitará vigilancia, mucho trabajo arduo y una lucha disciplinada a veces a un precio muy alto.

Es cierta la multicitada frase: «La libertad no es gratis». Ninguna fuerza externa vendrá a darle al pueblo oprimido la libertad que tanto anhela. La gente tendrá que aprender cómo conseguir esa libertad por sí misma. No será fácil.

Si la gente puede darse cuenta de lo que necesita para su liberación, podrá trazarse líneas de acción que, después de muchos trabajos, han de traerle su libertad. Entonces, con ahínco, podrá construir un nuevo orden democrático y prepararse para defenderlo. La libertad que se gana por medio de una lucha de este tipo puede ser duradera siendo mantenida por un pueblo tenaz comprometido a conservarla y enriquecerla.

APÉNDICE

Los MÉTODOS

DE LA ACCIÓN NO VIOLENTA[\[88\]](#)

MÉTODOS DE PROTESTA Y PERSUASIÓN NO VIOLENTAS

Declaraciones formales

1. Discursos públicos
2. Cartas de oposición o de apoyo
3. Declaraciones de organizaciones e instituciones
4. Declaraciones públicas firmadas
5. Declaraciones de acusación e intención
6. Peticiones de grupo o masivas

Comunicaciones con un público más amplio

7. Lemas, caricaturas y símbolos
8. Banderas, carteles y pancartas
9. Volantes, folletos y libros
10. Periódicos y otras publicaciones
11. Discos, radio y televisión
12. Escritura en el cielo y en la tierra

Representaciones de grupo

13. Diputaciones
14. Premiaciones burlescas
15. Cabildeo de grupo
16. Piqueteo
17. Elecciones burlescas

Actos públicos simbólicos

18. Despliegue de banderas y colores simbólicos
19. Usar símbolos en el vestido/vestir atuendos simbólicos
20. Oración y culto
21. Entrega de objetos simbólicos
22. Desvestirse en público
23. Destrucción de las propias pertenencias
24. Luces simbólicas
25. Exposición de retratos
26. Pintura como protesta
27. Nuevos letreros y nombres
28. Sonidos simbólicos
29. Reclamaciones simbólicas
30. Gestos groseros

Presión sobre los individuos

31. Acoso a funcionarios
32. Mofa de funcionarios
33. Fraternización
34. Vigilias

Drama y música

35. Sátira y burlas
36. Interpretaciones teatrales y musicales
37. Canto

Procesiones

38. Marchas
39. Desfiles
40. Procesiones religiosas
41. Peregrinaciones
42. Desfile de vehículos

Tributo a los muertos

- 43. Duelo político
- 44. Funerales burlescos
- 45. Funerales-manifestaciones
- 46. Homenajes en tumbas/cementerios

Asambleas públicas

- 47. Asambleas de protesta o de apoyo
- 48. Mítines de protesta
- 49. Mítines de protesta encubiertos
- 50. Tomar un lugar usándolo para enseñar

Separación y renuncia

- 51. Abandonar un lugar (irse caminando)
- 52. Guardar silencio
- 53. Renunciar a un premio
- 54. Volver la espalda

MÉTODOS DE NO COOPERACIÓN SOCIAL

Ostracismo de personas

- 55. Boicot social
- 56. Boicot social selectivo
- 57. No acción a lo Lisístrata
- 58. Excomuni3n
- 59. Interdicto

La no cooperaci3n en eventos sociales, costumbres e instituciones

- 60. Suspensi3n de actividades sociales o deportivas
- 61. Boicot a eventos sociales
- 62. Huelga estudiantil

- 63. Desobediencia social
- 64. Retirarse de instituciones sociales

Retirarse del sistema social

- 65. Quedarse en casa
- 66. No cooperación personal (completa)
- 67. Abandono por parte de los trabajadores
- 68. Santuario
- 69. Desaparición colectiva
- 70. Protesta de emigración (*hijrat*)

MÉTODOS DE NO COOPERACIÓN ECONÓMICA (1) BOICOT ECONÓMICO

Acción de los consumidores

- 71. Boicot por consumidores
- 72. No consumo de bienes boicoteados
- 73. Política de austeridad
- 74. Retención de alquileres
- 75. Negarse a pagar el alquiler
- 76. Boicot nacional de consumidores
- 77. Boicot internacional de consumidores

Acción de trabajadores y productores

- 78. Boicot de trabajadores
- 79. Boicot de productores

Acción de intermediarios

- 80. Boicot de suministradores y de los que trasiegan con esos bienes

Acción de dueños y administradores

- 81. Boicot de comerciantes

82. Negarse a dejar o a vender su propiedad

83. Cierre patronal (*Lockout*)

84. Negarse a recibir ayuda industrial

85. «Huelga general» de comerciantes

Acción de dueños de recursos financieros

86. Retirar depósitos del banco

87. Negarse a pagar estipendios, deudas y asignaciones

88. Negarse a pagar deudas o intereses

89. Recortar fondos y créditos

90. Negarse a pagar impuestos

91. Negarse a aceptar dinero del gobierno

Acción por parte de los gobiernos

92. Embargo doméstico

93. Lista negra de comerciantes

94. Embargo de vendedores internacionales

95. Embargo de compradores

96. Embargo del comercio internacional

MÉTODOS DE NO COOPERACIÓN ECONÓMICA (2) LA HUELGA

Huelgas simbólicas

97. Huelga de protesta

98. Abandono rápido del trabajo (huelga relámpago)

Huelga agrícola

99. Huelga de campesinos

100. Huelga de trabajadores agrícolas

Huelga de grupos especiales

101. Huelga de jornaleros reclutados

- 102. Huelga de presos
- 103. Huelga de artesanos
- 104. Huelga de profesionistas

Huelgas industriales ordinarias

- 105. Huelga de un establecimiento
- 106. Huelga de la industria
- 107. Huelga de solidaridad

Huelgas restringidas

- 108. Huelga de algunos de los obreros a un tiempo
- 109. Huelga de trabajadores en una sola planta por tiempo definido
- 110. Huelga de manos caídas
- 111. Huelga de estricto apego al reglamento
- 112. Reportarse «enfermo»
- 113. Huelga por renuncia
- 114. Huelga limitada
- 115. Huelga selectiva

Huelgas de varias industrias

- 116. Huelga generalizada
- 117. Huelga general

Combinación de huelga con cierre económico

- 118. Hartal (paro colectivo)
- 119. Cierre económico

MÉTODOS DE NO COOPERACIÓN POLÍTICA

Rechazo de la autoridad

- 120. Negar o retirar la obediencia
- 121. Negarse a dar apoyo público

122. Literatura y discursos que aboguen por la resistencia

No cooperación de los ciudadanos con el gobierno

123. Boicot de los cuerpos legislativos

124. Boicot de elecciones

125. Boicot de funcionarios y empleados del gobierno

126. Boicot de los departamentos, agencias y otras oficinas del gobierno

127. Retirarse de las instituciones educativas de gobierno

128. Boicot de las organizaciones dependientes del gobierno

129. Negarse a ayudar a los agentes de coacción del gobierno

130. Quitar señales y marcadores de su lugar

131. Negarse a aceptar a los funcionarios designados

132. Negarse a disolver instituciones existentes

Alternativas a la obediencia de parte de los ciudadanos

133. Cumplimiento lento y de mala gana

134. No obediencia cuando no hay una supervisión directa

135. No obediencia popular

136. Desobediencia encubierta

137. En una asamblea o en un mítin, negarse a dispersarse

138. Ocupar un lugar sentándose

139. No cooperación con el reclutamiento o la deportación

140. Escondarse, escaparse, usar identificaciones falsas

141. Desobediencia civil a leyes «ilegítimas»

Acción del personal del gobierno

142. Negarse selectivamente a ser asistido por auxiliares gubernamentales

143. Bloqueo de las líneas de mando o de información

144. Buscar evasivas y obstruir

- 145. No cooperación administrativa general
- 146. No cooperación judicial
- 147. Ineficiencia deliberada y no cooperación selectiva por parte de los agentes de coacción
- 148. Amotinamiento

Acción gubernamental nacional

- 149. Evasiones y demoras casi legales
- 150. No cooperación por parte de unidades gubernamentales constitutivas

Acción gubernamental internacional

- 151. Cambios en la representación diplomática y otros
- 152. Demora y cancelación de eventos diplomáticos
- 153. Retención del reconocimiento diplomático
- 154. Romper las relaciones diplomáticas
- 155. Retirarse de las organizaciones internacionales
- 156. Negarse a pertenecer a organizaciones internacionales
- 157. Expulsión de organizaciones internacionales

MÉTODOS DE INTERVENCIÓN NO VIOLENTA

Intervención psicológica

- 158. Quedarse a la intemperie
- 159. Ayunar
 - a) Ayunar para presionar moralmente
 - b) Huelga de hambre
 - c) Ayuno de *satiagraha*
- 160. Juicio al revés
- 161. Acoso no violento

Intervención física

- 162. Entrar y sentarse
- 163. Entrar y quedarse de pie
- 164. Entrar montado
- 165. Meterse a tropel
- 166. Meterse golpeando o empujando
- 167. Entrar rezando
- 168. Incursión no violenta
- 169. Incursión aérea no violenta
- 170. Invasión no violenta
- 171. Inserción o intervención no violenta
- 172. Obstrucción no violenta
- 173. Ocupación no violenta

Intervención social

- 174. Establecer nuevos patrones sociales
- 175. Sobrecargar las instalaciones
- 176. Tardarse a propósito para completar un trámite
- 177. Entrar y hablar
- 178. Teatro de guerrilla
- 179. Instituciones sociales alternativas
- 180. Sistema alternativo de comunicaciones

Intervención económica

- 181. Huelga al revés
- 182. Huelga de quedarse en el sitio
- 183. Ocupación no violenta de tierras
- 184. Desafiar cercas, rejas, etc.
- 185. Falsificación políticamente motivada
- 186. Operación comercial excluyente
- 187. Apropiación de fondos

- 188. Provocar una baja o caída económica
- 189. Auspicio selectivo
- 190. Mercado alternativo
- 191. Sistema alternativo de transporte
- 192. Instituciones económicas alternativas

Intervención política

- 193. Sobrecargar el sistema administrativo
- 194. Revelar la identidad de los agentes secretos
- 195. Buscar el encarcelamiento
- 196. Desobediencia civil de las leyes «neutrales»
- 197. Seguir en el trabajo pero sin colaborar
- 198. Soberanía dual y gobierno paralelo

Unas palabras acerca de traducciones y reimpresiones de esta publicación

Para facilitar su difusión, esta publicación se ha hecho del dominio público. Esto significa que cualquier persona puede reproducirla y difundirla.

Sin embargo, el autor solicita que si el texto se reproduce, se mantenga íntegro, sin quitarle ni ponerle nada.

El autor les ruega a las personas que piensan reproducir este documento que se lo hagan saber. Pueden comunicarse por medio de la Institución Albert Einstein cuya dirección aparece en el párrafo siguiente.

El autor pide que si este documento se va a traducir, se traduzca de la versión original en inglés y no de la traducción al español. Esto es muy importante para preservar el sentido e intenciones originales del texto. Se pueden solicitar versiones de este texto en inglés a

The Albert Einstein Institution
36 Cottage Street
East Boston, MA 02128, USA

Tel: USA+617-247-4882

Fax: USA+617-247-4035

E-mail: einstein@igc.org

También se pueden imprimir de nuestra página web cuya dirección es:

www.aeinstein.org

[1] Este trabajo no es el ámbito donde se deba plantear la discusión respecto de si un gobierno con poderes limitados es realmente posible y sustentable en el tiempo, o si la amenaza de autoritarismo estará siempre latente y se terminará imponiendo. Tampoco la

discusión consecuente respecto de si se debe sostener la viabilidad de gobiernos limitados con poderes mínimos o directamente buscar alternativas que descarten definitivamente el monopolio de la legalidad en manos de un Estado.

Intentaré demostrar, en cambio, que ya sea que se opte por un gobierno limitado con tal monopolio o por la transición hasta lograr deshacerse de ese monopolio, será una cuestión esencial a la legítima defensa no perder nunca de vista cómo avanza cada gobierno en la pretensión de acumular poder, y con qué herramientas se cuenta para enfrentar dicho avance.

[2] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta. Criterios y Métodos*, Albert Einstein Institution, <<http://www.aeinstein.org/wp-content/uploads/2013/10/La-Lucha-Politica-Nonviolenta.pdf>>, p. 37.

[3] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, Albert Einstein Institution, publicado como anexo en este volumen, p. 175.

[4] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 176.

[5] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 180.

[6] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta. Criterios y métodos*, op. cit., p. 36.

[7] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta*, op. cit., p. 24.

[8] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 196.

[9] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta*, op. cit., p. 25.

[10] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta*, op. cit., p. 34.

[11] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 198.

[12] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 204.

[13] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 199.

[14] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta*, op. cit., p. 36.

[15] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 207.

[16] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 211.

[17] Sharp utilizó como ejemplo de falta de planificación y conducción los episodios de la Plaza Tiananmen en 1989. Señaló que en aquella ocasión faltó planificación, no se tomaron decisiones estratégicas tales como cuánto tiempo había que permanecer en la plaza o cuándo abandonarla. Los estudiantes no tenían un plan e improvisaron constantemente. La consecuencia fue que el intento fracasó y varios de esos jóvenes fueron asesinados por el régimen. Su conclusión es contundente: «La idea de que la improvisación te dará un gran éxito es absurda. Es exactamente lo contrario. Si no sabes lo que haces es probable que te metas en serios problemas».

[18] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 232.

[19] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 237.

[20] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 242.

[21] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 247.

[22] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 186.

[23] Gene Sharp, *La Lucha Política no Violenta*, op. cit., p. 68.

[24] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 188.

[25] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 189.

[26] Gene Sharp, *De la Dictadura a la Democracia*, op. cit., p. 251.

[27] Jacques Necker, «Du Pouvoir Exécutif dans les grands États» (1792), citado por Bertrand de Jouvenel, en *Sobre el poder. Historia natural de su crecimiento*, Unión Editorial, Madrid, 1998, p. 67.

[28] Gene Sharp, *La Lucha Política no Violenta*, op. cit., pp. 28-31.

[29] Véase, en este sentido: Ricardo Manuel Rojas, *Análisis económico e institucional del orden jurídico*, Editorial Abaco, Buenos Aires, 2004, pp. 37 y ss.

[30] Existe una fuerte tendencia a evaluar los fenómenos sociales a partir del estudio de la sociedad como un todo. Por eso se afirma que existen «intereses de la sociedad», «beneficios o perjuicios para la sociedad», que son superiores a los de los individuos. Se habla de «Pueblo», «Nación», «País», «Sociedad» como entes independientes, con personalidad propia, y sus propios intereses y fines.

Esta visión (colectivismo metodológico) choca contra aquella que evalúa los hechos sociales a partir de las conductas individuales (individualismo metodológico), según se verá en el punto siguiente.

[31] Una curiosidad en este sentido puede advertirse en la reforma constitucional producida en Argentina en 1994. La Constitución original de 1853-60 sostenía que el presidente duraría en su «empleo» determinado período, y la reforma de 1994 sustituyó dicha palabra por «funciones», entendiendo que un presidente no es un «empleado» —lo que desdibujaba su autoridad—, sino un «funcionario».

[32] Véase, en este sentido: Ludwig von Mises, *La acción humana. Tratado de economía*, Unión Editorial, Madrid, 2007, p. 117; Murray N. Rothbard, *El hombre, la economía y el Estado. Tratado sobre principios de economía*, Unión Editorial, Madrid, 2011, vol. 1, p. 19.

[33] Esta dispersión del conocimiento no depende de cuán inteligente, preparado o estudioso sea cada uno. Juan, un pescador pobre y analfabeto que vive y trabaja en el puerto de Guayaquil, seguramente sabe mucho más respecto de qué pescado y a qué precio comprar en ese puerto que el Nobel de Economía Paul Krugman. Si Krugman quisiera comprar pescado en Guayaquil, seguramente le consultaría a Juan.

[34] Friedrich Hayek, «Economics and Knowledge», en *Individualism and Economic Order*, The University of Chicago Press, 1948, p. 50.

[35] Ludwig von Mises, *La acción humana*, op. cit., p. 174.

[36] Ayn Rand, *Filosofía, ¿quien la necesita?*, Grito Sagrado, Buenos Aires, 2003, p. 39.

[37] Tales consecuencias no buscadas ni previstas, fueron muy bien estudiadas en el siglo XVIII por Bernard de Mandeville y los autores morales escoceses, especialmente Adam Smith, Adam Ferguson y David Hume (véase, en este sentido, Lorenzo Infantino, *El orden sin plan. Las razones del individualismo metodológico*, Unión Editorial, Madrid, 2000).

[38] Friedrich Hayek, *Estudios de Filosofía, Política y Economía*, Unión Editorial, Madrid, 2007, pp. 73-74.

[39] Friedrich Hayek, *Estudios...*, op. cit., p. 84.

[40] Ricardo Manuel Rojas, *Elementos de teoría constitucional. Una propuesta para Cuba*, Fundación Friedrich A. von Hayek, CADAL, Unión Editorial, Buenos Aires, 2008, p. 129.

[41] Los preámbulos, siguiendo esta ficción, reconocen habitualmente que es el «Pueblo» el que se reúne para sancionar la Constitución que da vida al gobierno. Así lo dice el de la constitución norteamericana («We the People of the United States»), la Argentina («Nos los representantes del pueblo de la Nación Argentina...»), o la original de Cuba («Nosotros, los Delegados del pueblo de Cuba...»), por citar solo tres ejemplos.

[42] James Buchanan, *The Limits of Liberty: Between Anarchy and Leviathan*, The University of Chicago Press, Cambridge, 1975, p. 24.

[43] Véase Ricardo Manuel Rojas, *Análisis económico e institucional del orden jurídico*, op. cit., pp. 228 y ss.

[44] Anthony de Jassay, «La antinomia del contractualismo», en *Revista Libertas*, n.º 23, octubre de 1985, p. 12.

[45] James Buchanan y Gordon Tullock, *The Calculus of Consent*, University of Michigan, 1965, p. 81.

[46] Kenneth J. Arrow, *Social Choice and Individual Value*, Willey, Nueva York, 1963.

[47] Ludwig von Mises, *La acción humana*, op. cit., p. 53.

[48] Ricardo Manuel Rojas, *Análisis económico e institucional del orden jurídico*, op. cit., pp. 159 y ss.

[49] Ricardo Manuel Rojas, *Elementos de teoría constitucional. Una propuesta para Cuba*, op. cit., pp. 122-124.

[50] Entre los muchos ejemplos ilustrativos de este fenómeno, se puede mencionar al régimen autoritario de Alfredo Stroessner en Paraguay. Stroessner fue elegido presidente del Paraguay desde 1954 hasta 1989. Durante esos treinta y cinco años renovó su mandato

en elecciones producidas puntualmente cada cinco años de acuerdo con la Constitución vigente, que tuvieron lugar en 1958, 1963, 1968, 1973, 1978, 1983 y 1988. El Partido Colorado, al que manejaba férreamente y que a su vez ostentaba el control absoluto del país, prácticamente no tenía oposición en cada comicio. Incluso los principales disidentes políticos se autoexiliaban en países vecinos poco antes de las elecciones, para evitar ser detenidos por el gobierno durante dicho período. En todos los casos, Stroessner se impuso por mayorías aplastantes.

En este contexto, la democracia, entendida como el ejercicio de los derechos políticos por parte de los ciudadanos de votar en comicios, y elegir por mayoría a los mandatarios, fue solo una fachada formal que el régimen utilizó para legitimar su permanencia en el ejercicio del poder absoluto (conf. Ricardo Manuel Rojas, *Elementos de teoría constitucional. Una propuesta para Cuba, op. cit.*, p. 125).

[51] Ricardo Manuel Rojas, *Elementos de teoría constitucional. Una propuesta para Cuba, op. cit.*, pp. 91 y ss.

[52] Ricardo Manuel Rojas, *Elementos de teoría constitucional. Una propuesta para Cuba, op. cit.*, pp. 127-128.

[53] Gene Sharp, *The Role of Power in Nonviolent Struggle*, The Albert Einstein Institution, 1990, p. 13.

[54] Por ejemplo, el Artículo I, Sección 9, Cláusula 5, de la Constitución de los Estados Unidos dispone que no se impondrán contribuciones o derechos a los artículos exportados de cualquier estado. Dicha cláusula fue exigida por los estados agrícolas para asegurarse de que el gobierno nacional no interfiriese en la exportación de sus productos excedentes, lo que podría atentar contra su autonomía (conf. C. Herman Pritchett, *La Constitución Americana*, T.E.A., Buenos Aires, 1965, p. 283).

[55] Por ejemplo, según la Constitución argentina de 1853-60, el presidente «es jefe supremo de la Nación y tiene a su cargo la administración del país» (Artículo 86, Inciso 1.º). José Manuel Estrada se quejaba de que «por la palabra "supremo" se entiende en todas partes un jefe cuya autoridad no es compartible, revisable, ni sujeta a responsabilidad. La autoridad del presidente no tiene esas cualidades. Es la primera autoridad en la rama del Poder Ejecutivo; pero los otros poderes son independientes. Aún más, un acto del Poder Ejecutivo puede ser enervado por la Corte Suprema, y él es responsable de sus actos ante las Cámaras; luego no se puede decir que sea la autoridad *suprema* del país, palabra que solo conviene al zar o a otro soberano absoluto. La palabra supremo, pues, está fuera de su lugar. Jefes supremos se han llamado todos los caudillos, y el vicio estaba tan arraigado que pasó al lenguaje constitucional. Pero el Poder Ejecutivo es inferior al legislativo y al judicial en las materias propias de estos» (José Manuel Estrada,

Curso de derecho constitucional, Buenos Aires, 1902, Tomo III, pp. 299 y ss.). No obstante esa crítica certera, la reforma constitucional de 1994 mantuvo la denominación de «jefe supremo».

[56] Ricardo Manuel Rojas, *Análisis económico e institucional del orden jurídico*, op. cit., pp. 274 y ss.

[57] Al explicar los principios económicos de la Constitución Argentina de 1853, Juan Bautista Alberdi consideraba a la ley de presupuesto como la ley más importante, la que expresa el completo programa del gobierno y que «no hay barómetro más exacto para estimar el grado de sensatez y civilización de cada país que su ley de presupuesto, o la cuenta de sus gastos públicos». Y agregaba: «Esa ley... es una garantía de orden y de economía en las entradas, de pureza en el manejo del Tesoro y de buen juicio en sus aplicaciones, por la intervención inmediata que el país toma en esas funciones decisivas del fruto de su sudor y por la inmensa garantía de la publicidad que acompaña a la discusión y sanción de la ley que fija la carga o sacrificio anual del bolsillo del pueblo y los objetos y destinos con que lo hace. Dada esa ley, el Poder Ejecutivo no puede percibir recursos ni efectuar gastos que no estén mencionados o autorizados en ella. Esta sola consideración deja presumir la importancia inmensa que tiene en la suerte del país la formación de la ley de presupuestos. Esta se toca por un lado con la libertad y con riqueza públicas y por el otro con el orden general y la estabilidad del gobierno» (Juan Bautista Alberdi, *Sistema Económico y Rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*, EUDEBA, Buenos Aires, 1979 [1855], p. 351).

[58] Sobre este punto, véase: Ricardo Manuel Rojas, *Análisis económico e institucional del orden jurídico*, Editorial Abaco, Buenos Aires, 2004, pp. 235 y ss.

[59] Douglass North indica que la institución es un ordenamiento entre unidades económicas que determina y especifica la forma en que estas unidades pueden cooperar o competir (Douglass North y Robert P. Thomas, «Una teoría económica del crecimiento del mundo occidental», en *Revista Libertas*, n.º 10, mayo de 1989, p. 10). «Son regularidades en las interacciones repetitivas entre individuos que proveen un marco dentro del cual las personas tienen cierta confianza acerca de la determinación de los resultados. No solo limitan el alcance de las opciones en la interacción individual, sino que amortiguan las consecuencias de cambios en los precios relativos. Las instituciones no son personas, son costumbres y reglas que proveen un conjunto de incentivos o desincentivos para los individuos. Implican un mecanismo para hacer cumplir los contratos» (Douglass North, «La nueva economía institucional», en *Revista Libertas*, n.º 12, mayo de 1990, pp. 94-95).

[60] Douglass North, *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge University Press, 1990, p. 3.

[61] Friedrich Hayek, *La contrarrevolución de la ciencia*, Unión Editorial, Madrid, 2003, p. 134. Es bueno recordar, en este sentido, la famosa frase de Adam Ferguson según la cual «las naciones tropiezan con instituciones que ciertamente son el resultado de la acción humana, pero no la ejecución del designio humano» (*An Essay on Civil Society*, 1767). La moneda, la moral, el derecho, el mercado y el lenguaje fueron algunos ejemplos brindados por Ferguson de estas instituciones surgidas a partir de ciertas conductas, pero sin constituir el diseño de nadie. Por supuesto que sin personas actuando no habría lenguaje, ni moneda, ni derecho, ni mercado, pero ninguna persona o grupo en particular diseñaron estas instituciones. Son el producto no buscado de un intercambio sostenido en el tiempo.

[62] En este sentido, se pueden recordar algunas frases famosas pronunciadas en discursos por Fidel Castro, intentando justificar la estatización de todos los medios de comunicación, lo que fue un elemento fundamental para la construcción de su dictadura: «... hay que tener presente que antes que el periódico están los intereses de la Revolución. Primero la Revolución y después el periódico. Los intereses del periódico deben estar subordinados a los intereses de la Revolución...» (Discurso en homenaje al periódico *Revolución*, La Habana, 25 de marzo de 1961, *Obra Revolucionaria*, La Habana, 1961, pp. 36-37). «Mi concepto de prensa libre es que los medios masivos de divulgación, la prensa, la radio y la televisión deben ser propiedad del pueblo, y no propiedad de individuos particulares [...] Si un individuo es dueño de un periódico, publica lo que quiere o no publica lo que no quiere, nombra a un director de cualquier tipo y sigue la línea que le da la gana, pero muy bien puede ser la línea que no le interesa al pueblo...» (Conferencia de prensa ofrecida en el hotel Pegasus, Kingston, Jamaica, el 21 de octubre de 1977, *Obra Revolucionaria*, La Habana, octubre-diciembre de 1977, p. 157). «Los periodistas son un destacamento de la Revolución, y tratan de servir a la Revolución de la forma en que ellos creen que la sirven mejor y en las condiciones en que desenvuelven su trabajo; y nuestro problema es saber cómo utilizar ese destacamento de la Revolución de la manera más eficiente...» (Intervenciones durante los debates y sus conclusiones en el II Plenario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, Ciudad de La Habana, 17-19 de julio de 1986, en *Cuba-Socialista*, n.º 6, septiembre-octubre de 1986, p. 164) (citados en Ricardo Manuel Rojas, *Los derechos fundamentales y el orden jurídico e institucional de Cuba*, op. cit., pp. 135 y ss.).

[63] Es interesante recordar que la propia Declaración de Independencia de los Estados Unidos, al momento de justificar el rompimiento armado contra el gobierno inglés, explica que este tipo de soluciones deben ser adoptadas con cautela. En efecto, tras señalar que «para garantizar estos derechos se instituyen entre los hombres gobiernos cuyos poderes descansan en el consentimiento de los gobernados», sostiene que «cuando una

forma cualquiera de gobierno pone en peligro esos fines, el pueblo tiene derecho a alterarla o abolirla...». Pero inmediatamente aclara: «la prudencia, ciertamente, aconseja no cambiar por razones pasajeras y baladíes un gobierno de antiguo establecido, y la experiencia demuestra que los hombres están más dispuestos a padecer, si el mal es tolerable, que a hacerse justicia aboliendo formas a las que están acostumbrados» (véase Ricardo Manuel Rojas, *Análisis económico e institucional del orden jurídico*, Editorial Abaco, 2004, pp. 221 y ss.).

[64] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta...*, *op. cit.*, p. 85.

[65] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta...*, *op. cit.*, p. 65.

[66] «La hora de actuar es también la hora de la confianza en sí mismo y del fortalecimiento interior. Hay que organizarse, actuar, movilizar, etc. Para ganar hay que aguantar. “¡Alto a la sumisión!”, puede ser el grito de los activistas. Luchar es dejar de ser sumiso y entrar en acción» (Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta*, *op. cit.*, p. 82).

[67] Ludwig von Mises, *Burocracia*, Unión Editorial, Madrid, 2005, p. 69.

[68] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta...*, *op. cit.*, p. 102.

[69] Gene Sharp, *La Lucha Política No Violenta*, *op. cit.*, p. 36.

[70] Richard A. Posner, *Cómo deciden los jueces*, Marcial Pons, Madrid, 2011, p. 41.

[71] Jacques Vergès, *Estrategia judicial en los procesos políticos*, Anagrama, Barcelona, 2009.

[72] El término «desafío político masivo», que se usa en este contexto, lo introdujo Roberto Helvey. El «desafío político» es una confrontación no violenta (protesta, no colaboración e intervención) que se lleva a cabo de manera desafiante y activa, con fines políticos. El término se originó en respuesta a la confusión y distorsión creadas cuando se daban por iguales la «lucha no violenta» con el «pacifismo» o la «no violencia religiosa». La palabra «desafío» denota una deliberada provocación a la autoridad mediante la desobediencia, y no deja lugar para la sumisión. El término «desafío político» describe el entorno en el cual se emplea la acción (político), así como el objetivo (el poder político). Se usa principalmente para describir la acción realizada por la población para retomar de manos de la dictadura el control de las instituciones gubernamentales mediante el constante ataque a las fuentes de poder y el uso deliberado de la planificación estratégica y de las operaciones para alcanzarlo. En este sentido, «desafío político», «resistencia no violenta» y «lucha no violenta» se usarán aquí como sinónimos intercambiables, aunque los dos últimos términos, por lo general, se refieren a las luchas que persiguen una gama más amplia de objetivos (sociales, económicos, psicológicos, etcétera).

[73] Freedom House, *Freedom in the World: The Annual Survey of Political Rights and Civil Liberties, 1992-1993*, <www.freedomhouse.org> (*La Libertad en el Mundo: un informe*

anual sobre los derechos políticos y las libertades civiles, 1992-1993), p. 66 (las cifras de 1993 son hasta enero del mismo). Ver páginas 79-80 para una descripción de las categorías «libre», «parcialmente libre» y «no libre» de Freedom House.

[74] Freedom House, *Freedom in the World, (La Libertad en el Mundo)*, p. 4.

[75] Patrick Sarsfield O'Hegarty, *A History of Ireland Under the Union, 1880-1922 (Una Historia de Irlanda Bajo la Unión, 1880-1922*, Londres: Methuen, 1952), pp. 490-491.

[76] Krishnalal Shridharani, *War Without Violence: A Study of Gandhi's Method and Its Accomplishments* (Guerra sin Violencia: Un Estudio de los Métodos de Gandhi y sus Logros, Nueva York: Harcourt, Brace, 1939; reimpresso en Nueva York y Londres: Garland Publishing, 1972), p. 260.

[77] Aristóteles, *The Politics*, traducción de T.A. Sinclair (Harmondsworth, Middlesex, Inglaterra; y Baltimore, Maryland: Penguin Books, 1976 [1962]), libro V, capítulo 12, pp. 231 y 232.

[78] Esta historieta, originalmente titulada «Rule by Tricks» («Gobernar por Tretas»), es del *Yu-Li-Zi*, de Liu Ji (1311-1375). La traducción original se publicó en *Nonviolent Sanctions: News from the Albert Einstein Institution (Sanciones no violentas: Noticias de la Institución Albert Einstein*, Cambridge, Mass) vol. IV, n.º 3, invierno de 1992-1993, p. 3.

[79] Karl W. Deutsch, «Cracks in the Monolith» («Grietas en el Monolito»), en la edición de Carl J. Friedrich de *Totalitarianism (El Totalitarismo*, Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1954), pp. 313-314.

[80] John Austin, *Lectures on Jurisprudence or the Philosophy of Positive Law (Conferencias sobre Jurisprudencia o Filosofía del Derecho Positivo*, 5.ª edición, revisada y editada por Robert Campbell, vol. 2, Londres: John Murray, 1911 [1861], vol. 1), p. 296.

[81] Niccolo Machiavelli, «The Discourses of the First Ten Books of Livy» («Comentarios a las Décadas de Tito Livio»), en *The Discourses of Niccolo Machiavelli (Los Comentarios de Nicolás Machiavelli*, Londres: Routledge y Kegan Paul, 1950, vol. 1), p. 254.

[82] Ver Gene Sharp, *The Politics of Nonviolent Action (La Política de la Acción No Violenta*, Boston: Porter Sargent, 1973), p. 75. Y aquí y allá se encontrarán otros ejemplos históricos.

[83] Robert Helvey, comunicación personal, 15 de agosto de 1993.

[84] Se recomienda el estudio completo de Gene Sharp, *The Politics of Nonviolent Action (La Política de la Acción No Violenta)*, y de Peter Ackerman y Christopher Kruegler, *Strategic Nonviolent Conflict (El Conflicto Estratégico no Violento*, Westport, Connecticut: Praeger, 1994). También ver Gene Sharp, *Waging Nonviolent Struggle: Twentieth Century Practice and Twenty-First Century Potential*.

[85] Aristóteles, *The Politics (Política)*, libro V, capítulo 12, p. 233.

[86] Ver Gene Sharp, *The Anti-Coup (El Antigolpe)*, Boston, MA: The Albert Einstein Institution, 2003).

[87] Ver Gene Sharp, *Civilian-Based Defense: A Post-Military Weapons System (La Defensa con Base Civil: Un Sistema de Armas Post-Militares)*, Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1990).

[88] Esta lista, con definiciones y ejemplos históricos, está tomada de Gene Sharp, *The Politics of Nonviolent Action, Part Two, The Methods of Nonviolent Action (La Política de la Acción No Violenta, Parte Dos, «Los Métodos de la Acción no Violenta»)*.